Seix Barral

Mieko Kawakami

Heaven

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
1
2
3
4
5
6
7
8
9
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

El narrador sin nombre de esta novela es un chico de catorce años que sufre constantes burlas por tener su estrabismo. Incapaz de enfrentarse a los matones del instituto, intenta, sin éxito, pasar desapercibido. La única persona que entiende lo que está viviendo es una compañera de clase, Kojima, víctima también de todo tipo de humillaciones a manos del resto. Dándose mutuamente consuelo en el momento de sus vidas que más lo necesitan, los dos jóvenes se acercan más que nunca. Pero, ¿cuál es, en última instancia, la naturaleza de una amistad cuando el vínculo que comparten es el miedo?

Tan dura como tierna, escrita con la sensibilidad necesaria como para ofrecer un agudo retrato de la vida en el instituto y una mirada íntima a la adolescencia, *Heaven* es una novela de múltiples capas que se erige como otro testimonio deslumbrante del talento de Mieko Kawakami, considerada una de las autoras jóvenes más importantes de la actualidad, apadrinada por Haruki Murakami.

Heaven

Mieko Kawakami

Traducción del japonés por Lourdes Porta

Y, además, que todo el mundo puede hacer igual. Basta con cerrar los ojos.
Está del otro lado de la vida.

CÉLINE,
Viaje al fin de la noche

1

Un día de finales de abril, al abrir el plumier, encontré un papel doblado muy pequeño, metido en vertical entre los lápices.

Lo desplegué. Habían escrito con un portaminas:

«Somos iguales».

Los trazos eran finos, menudos como espinitas de pescado. No ponía nada más.

Lo guardé corriendo en el plumier, cogí aire y miré a mi alrededor como si no pasara nada. Todo era igual que siempre: bromas y risas, voces chillonas, charlas a gritos. La hora del recreo, como siempre. Para tranquilizarme, coloqué el libro de texto y el cuaderno alineando las esquinas una y otra vez; luego afilé los lápices despacio, tomándome mi tiempo. En esto, sonó la campana de la tercera hora, luego un arrastrar de sillas y, cuando entró el profesor, empezó la clase.

La carta era una trampa, ¿qué otra cosa podía ser? Sí, pero ¿por qué, a aquellas alturas, salían con algo tan retorcido? No podía entenderlo. Suspiré para mis adentros y me deprimí aún más, como de costumbre.

Aquella fue la única vez que metieron la carta en el plumier; a partir de entonces las fijaron con cinta adhesiva dentro del pupitre, en un sitio donde pudiera descubrirlas con solo meter la mano. Fueron llegando una tras otra, poco a poco. Cada vez que encontraba una, sentía escalofríos por todo el cuerpo y miraba a mi alrededor, alerta, pero me daba la sensación de que no había nadie pendiente de mis reacciones. No sabía cómo debía comportarme y eso me producía una ansiedad horrorosa.

«¿Qué hacías ayer mientras llovía?», «¿A qué país te gustaría

ir?»: solo frases cortas, preguntas de este tipo, escritas en un papel del tamaño de una tarjeta postal. Yo las leía en los lavabos y, como no sabía si debía tirarlas, ni dónde, no me quedaba más remedio que esconderlas bajo la cubierta azul marino de mi carnet escolar.

Las cartas no trajeron ningún cambio.

Ninomiya y los suyos seguían, como siempre, obligándome a llevarles la cartera como siempre, continuaban dándome patadas como si fuera lo más natural, me golpeaban con la flauta, me hacían correr. Mientras tanto, las cartas fueron llegando, el texto fue alargándose poco a poco. Seguían sin aparecer ni mi nombre ni el del remitente, pero lo cierto era que, al mirar la letra, a veces se me pasaba por la cabeza que quizá las cartas no tuvieran nada que ver con los de Ninomiya. Aquella idea, sin embargo, parecía totalmente ridícula y, mientras iba dándole vueltas y vueltas, acababa dejándola correr y eso me deprimía aún más.

Pese a todo, ir al colegio temprano por las mañanas y comprobar si había llegado alguna carta se convirtió en mi pequeña costumbre. El aula, todavía desierta a esas horas, silenciosa, olía ligeramente a aceite y yo me sentía feliz al leer allí dentro aquellas líneas escritas con letra diminuta. Aunque tenía muy claro que podía ser una trampa, en las notas había algo que me daba, no sé por qué razón, algo de confianza en medio de la incertidumbre.

En la carta que llegó justo al empezar mayo ponía: «Quiero verte. Te esperaré aquí al salir de clase, de cinco a siete». También estaba la fecha. Me puse tan nervioso que pude oír cómo los latidos del corazón resonaban con violencia en mis oídos. Leí la carta tantas veces que, al cerrar los ojos, las letras se me representaban claramente en la cabeza. También había, dibujado a mano, un plano sencillo. Me pasé la mayor parte del día pensando qué debía hacer; durante el puente de principios de mayo le di tantas vueltas que acabé con dolor de cabeza y sin ganas de comer. Pero algo tenía claro: si acudía como un pardillo al lugar de la cita, allí me estarían esperando los de Ninomiya y me las harían pasar canutas,

aún peor que de costumbre. Cuando yo apareciera, con la cabeza llena de expectativas por lo de las cartas, ellos me atraparían y me harían alguna jugarreta nueva. Lo único que conseguiría sería empeorar todavía más las cosas, seguro. Eso era lo que pensaba.

Pero no podía dejarlo correr.

Cuando llegó el día, no conseguía tranquilizarme de ninguna de las maneras.

En clase, estuve todo el rato vigilante, observando cómo actuaban Ninomiya y los suyos, pero no noté ningún cambio. En cierto momento, uno de sus esbirros me arrojó una zapatilla diciendo: «¿Y tú qué miras?». La zapatilla me dio en la cara y cayó al suelo. Me ordenó que la recogiera y se la llevase. Hice lo que me mandaba.

A medida que se acercaba el final de la clase, fui sintiéndome más y más nervioso. Tanto, que empecé a encontrarme mal. Logré aguantar hasta el final de la última hora y, luego, volví a casa casi a galope. Mientras corría me preguntaba si iba a ir allí de verdad, qué debía hacer. Por más vueltas que le daba, no encontraba una respuesta. Estaba convencido de que, hiciera lo que hiciese, me equivocaría.

Cuando llegué a casa, mi madre levantó los ojos, me dijo hola y siguió sentada en el sofá viendo la televisión. Yo también le dije hola. Se oía la voz del locutor leyendo las noticias. Nada más. El interior de la casa estaba tan silencioso como de costumbre.

—¡Uf! No he parado quieta desde mediodía —dijo mi madre.

Saqué un tetrabrik de zumo de pomelo de la nevera, me serví un vaso, me lo tomé de pie. Mi madre me miró y me dijo que me lo bebiera sentado. Poco después oí cómo se cortaba las uñas de las manos o de los pies.

—¿Es por la cena? —dije.

—Claro. Huele bien, ¿no? Es la primera vez que hago un asado de carne atada con un hilo.

Pensé que —cosa rara— mi padre hoy debía de venir a cenar, pero no pregunté nada.

—¿Quieres comer algo?

—No. Ahora me pasaré un rato por la biblioteca. Puedo esperar.

En mi barrio había una gran alameda que se extendía varios cientos de metros.

Yo la atravesaba siempre para ir a la escuela. Si torcías a la izquierda a media alameda, algo más allá había un pequeño descampado que a duras penas podía llamarse «parque». Aquel era el lugar de la cita.

Como había salido de casa a las cuatro, cuando llegué aún no había nadie. Por lo pronto, solté un suspiro de alivio. Había un banco, hecho de neumáticos tumbados, y una ballena de cemento; entre ambos, un arenero cuadrado de unos tres *jô*[1]lleno de envoltorios de golosinas y bolsas de plástico.

El arenero estaba cubierto de cagarrutas secas de perro o de gato, rebozadas con arena, como si fueran tempura. Había tantas que, si te ponías a contar, no acababas. Parecía que iban aumentando hasta llegar a cubrir todo el arenero. Mientras mantenía los ojos clavados en la caca, se me pasó por la cabeza que quizá ellos me la hicieran tragar un rato después y, al imaginarlo, sentí ardor en el fondo de la garganta. Solté una gran bocanada de aire para ahuyentar la imagen de la mierda, pero lo único que conseguí fue notar el cuerpo más pesado.

En la boca de la ballena había un hueco donde cabían justo dos personas de mi tamaño; la pintura estaba tan desconchada que casi no se adivinaba el color original; por el lomo y la cabeza había grafitis escritos con rotulador negro. El descampado estaba detrás de unas viejas viviendas sociales y la tierra estaba húmeda, teñida de un fastidioso color negro.

Volví a la alameda para matar el tiempo.

Me senté en un banco de hierro, suspiré hondo; después tomé aire despacio. Pensé muchas veces que era una equivocación haber ido. Pero me dije a mí mismo que, si no aparecía —en definitiva, si iba en contra de los deseos de Ninomiya y los suyos—, me las

harían pasar canutas de igual forma. Total, que tanto daba hacer una cosa como otra.

Suspiré y levanté distraídamente la cabeza. En los árboles, que hasta entonces solo habían sido troncos negros, habían brotado hojas verdes que se mecían con un susurro a cada soplo de viento. Me quité las gafas, me froté los ojos y miré hacia la alameda. El panorama monótono, sin profundidad, de siempre. Como era habitual, recorté el paisaje en láminas cuadradas, igual que en el *kamishibai*,[2]y cada vez que parpadeaba, iba cayendo una hoja a mis pies.

Poco después, cuando volví al lugar de la cita, casi sin pensar en nada, vi que en los neumáticos había alguien sentado dándome la espalda. Era una chica con uniforme. Al principio me quedé tan desconcertado que miré automáticamente alrededor, pero no había nadie más.

Me acerqué con timidez. Cuando me detuve frente a la ballena, la chica oyó mis pasos y se volvió de repente. Era una chica de mi clase que se llamaba Kojima. Se levantó, me miró e inclinó un poco la cabeza. En un gesto reflejo, yo también bajé la cabeza.

—Las cartas...

Kojima era bajita, de piel morena, muy callada. Siempre llevaba la blusa llena de arrugas; su uniforme se veía muy raído y siempre daba la impresión de que inclinaba el cuerpo hacia un lado. Tenía una espesa mata de pelo negrísimo, tan duro que las puntas le salían disparadas en todas direcciones. Bajo la nariz le crecía una pelusa que parecía suciedad: siempre le tomaban el pelo a causa de eso y las niñas de clase se metían con ella por pobre y por sucia.

—Pensaba que no vendrías —dijo Kojima sonriendo con inseguridad—. ¿Te he molestado?

Como no me salían las palabras, me limité a negar con la cabeza. Durante unos instantes permanecimos los dos plantados allí en silencio.

—¿Y si nos sentamos? —propuso Kojima, y yo dije que sí, aunque no logré sentarme bien del todo—. No tengo nada especial que decirte, ¿sabes? Pero me apetecía que hablásemos de muchas cosas, tú y yo. Hace tiempo que pienso que quizá nos hace falta, tanto a ti como a mí.

Kojima lo dijo tropezando en alguna ocasión con las palabras. Me daba la impresión de que aquella era la primera vez que oía su voz, que la veía hablar. También era la primera vez que la miraba de frente. Y también era la primera vez que hablaba así con una niña. Me empezaron a sudar las manos, todo el cuerpo, no sabía dónde mirar.

—Gracias por venir.

La voz de Kojima no era ni alta ni baja, pero sí compacta, como si una línea gruesa acompañase la difusión del sonido. Asentí varias veces con la cabeza. Al verlo, ella pareció sentir alivio.

—¿Sabes cómo se llama este parque?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—El parque de la ballena. Porque, mira, esto es una ballena, ¿ves? Pero me parece que soy la única que le pone un nombre. Vaya, al menos eso creo —dijo Kojima riéndose.

«El parque de la ballena», repetí dentro de mi cabeza.

—Como te he dicho, hace tiempo que tengo ganas de hablar contigo, ¿sabes? Por eso te he escrito las cartas. Aunque estaba segura de que no vendrías. La verdad es que me ha sorprendido —dijo Kojima mientras se tocaba la nariz, hablando más rápido que al principio.

Volví a asentir.

—Quiero que seamos amigos —dijo Kojima mirándome de frente—. Si tú quieres, claro.

Yo iba asintiendo maquinalmente aunque no acababa de entender qué me estaba diciendo. Con todo, me surgieron varias dudas de golpe: ¿qué significaba eso de hacernos amigos? Y, para empezar, ¿qué significaba ser amigo de alguien? Pero no pregunté nada. Notaba cómo el sudor, que había empezado a manar un poco antes, iba deslizándoseme todo junto por la espalda. Sin embargo, al oír mi respuesta, Kojima sonrió alegremente, suspiró y dijo:

—¡Qué bien!

Se levantó de los neumáticos y se sacudió la parte trasera de la falda con las dos manos. En la falda tenía un montón de arrugas grandes que no coincidían para nada con los pliegues. Los bolsillos de la chaqueta estaban abultados de forma muy rara, como si estuvieran llenos hasta los topes de algo, y se veían sobresalir las puntas de un pañuelo de papel.

—¡Estoy contempamina! —dijo Kojima, sonriendo de oreja a oreja. Suspiró y miró hacia el suelo.

«Contem...», repetí en mi cabeza. Me habría gustado preguntarle qué había dicho, pero no sabía ni cómo preguntárselo ni en qué momento, así que al final no abrí la boca.

—Oye, lo de las cartas..., ¿puedo seguir escribiéndote?

—Claro —respondí. Me salió una voz ronca, muy rara, y me puse rojo como un tomate.

—Entonces, ¿puedo enviarte más?

—Sí —contesté.

—¿Vas a responderme?

—Sí —dije, aliviado al ver que aquella vez había podido hablar en un tono normal.

Luego nos quedamos un rato inmóviles sin decir nada. Se oyó graznar un cuervo, en alguna parte, a lo lejos.

—Bueno...

Después de decirlo, Kojima curvó los labios en una pequeña sonrisa; se quedó un instante mirándome de frente, levantó un poco la mano, se dio la vuelta con ímpetu y se marchó a paso rápido, casi al galope, por el camino que conducía a la alameda.

No se giró ni una sola vez. Dentro de mis ojos, su figura de espaldas, desdoblada, fue empequeñeciéndose deprisa. No sabía hasta cuándo debía estar mirando a alguien que se alejaba, como entonces, pero al final continué siguiendo con los ojos a Kojima hasta que desapareció. La imagen del dobladillo cuadrado de su falda, que colgaba pesadamente mientras le golpeaba las piernas a media pantorrilla, se quedó clavada en mi retina para siempre. Incluso después de que Kojima desapareciera por completo, solo permaneció la rigidez del movimiento de su falda cuadrada.

*

—¡Eh, bizco!

Aquel día, al salir de clase, en cuanto me giré con resignación, uno de los del grupo de Ninomiya me agarró por el cuello y me arrastró de vuelta al aula. Lo de siempre. Y, como siempre, en el centro estaba Ninomiya, sentado en una mesa. En cuanto me vio, me dijo: «¡Vaya! ¿Ya estás aquí otra vez?», y se rio. Luego me ordenó que me metiera tiza en la nariz y que dibujara en la pizarra algo tan divertido que los hiciera partirse de risa. Al oír su ocurrencia, su pandilla soltó una carcajada; uno de ellos me llevó a rastras hasta la pizarra y, después, se acercaron todos en masa.

Ninomiya había ido a la misma escuela primaria que yo.

Ya entonces era la figura central de la clase. Era el mejor en deportes, sacaba sobresalientes en todo y su cara, de facciones regulares, era bonita a los ojos de cualquiera. Era el único que llevaba el jersey de un color distinto al del uniforme y que se había dejado crecer el pelo hasta los hombros. Además, tenía un hermano tres años mayor que destacaba en muchas cosas, y tanto el uno como el otro eran populares en la escuela. Todo eso le daba un aire especial y siempre había un montón de alumnos que querían ser amigos suyos. Al entrar en secundaria empezó a recogerse el pelo largo en una coleta y a hacer bromas para divertir a las chicas de la clase, y lo cierto era que no eran las únicas que se reían: todo el mundo se reía siempre con las ocurrencias de Ninomiya. Era el mejor en los estudios y, desde primero, iba a una academia preparatoria para acceder a un grado superior. Daba la sensación de que no solo los compañeros de clase reconocían su superioridad —ellos, claro, por supuesto—, también los profesores lo respetaban.

—Vamos. Dibuja de una vez.

Yo estaba clavado en el suelo, sin abrir la boca.

—Tú no has hecho un solo avance en tu vida, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto? Es que alucino... —Ninomiya levantó las palmas de las manos en señal de pasmo y los que lo

rodeaban volvieron a desternillarse de risa. Algo por detrás del muro de pelotas estaba Momose, de pie, con los brazos cruzados.

Momose había aparecido en secundaria. Iba a nuestra clase desde primero. Era tan buen estudiante como Ninomiya y, según decían, también asistía a una academia preparatoria. Yo nunca había hablado con él. Aunque siempre estaba con Ninomiya, Momose era un chico de pocas palabras y jamás lo había visto armando follón con los demás. Yo no sabía por qué, pero siempre iba a observar las clases de educación física. Aunque no llegaba al grado de Ninomiya, también pertenecía al grupo de los guapos y, tanto el uno como el otro, medían unos buenos diez centímetros más que yo. Momose tenía siempre una expresión impenetrable: era imposible adivinar qué estaba pensando. Cuando los demás se metían conmigo, él nunca me hacía nada directamente; siempre permanecía algo alejado, mirando, de pie, con los brazos cruzados.

—En fin, que nosotros tenemos otras cosas que hacer. No podemos perder más tiempo contigo —dijo Ninomiya—. Por hoy te dejaremos en paz si te tragas enteras estas tres tizas.

Primero me ordenó que me metiera dos trozos en la nariz, uno en cada agujero, hasta el fondo. Luego agitó el tercero delante de mis ojos y me dijo: «Eh, bizco. Da las gracias y trágatelo. ¡Ya!». Acto seguido me dio un puntapié en la rodilla.

Por más patadas o golpes que me dieran, por más que me arrojasen al suelo, Ninomiya y los suyos siempre iban con cuidado de no sobrepasar un límite, de no dejar señales. Alguna vez, de vuelta a casa, al ver que no tenía ninguna marca encima, me había preguntado dónde habrían aprendido aquella técnica.

Me dieron patadas en las rodillas y los muslos, fueron desplazando poco a poco los pies, pisándome la barriga como si quisieran comprobar su blandura con las suelas de sus zapatillas, y al final me patearon todo el cuerpo. Me arrojaron contra la pared, me hicieron caer dando tumbos sobre las mesas. Cada golpe iba acompañado de un ruido infernal. Dentro de mi cabeza me repetía que era lo de siempre, que no era para tanto, mientras esperaba que todo aquello pasase lo antes posible.

Me levantaron agarrándome por el pelo, me clavaron dos

trozos de tiza en los orificios de la nariz, trajeron el tercero y me lo metieron entre los dientes delanteros.

Mirándome, Ninomiya y los suyos soltaban una risotada tras otra.

Hasta entonces me habían hecho tragar agua del estanque, agua del váter, peces de colores, restos de verduras de la jaula de los conejos, pero lo de la tiza era nuevo. No tenía ni olor ni sabor. Oí a Ninomiya que me decía: «¡Trágatela rápido!», y yo cerré los ojos y fui triturando la tiza con los dientes entre pequeños crujidos. Solo pensaba en reducir a trozos cada vez más pequeños lo que tenía metido en la boca. La tiza se fue desmenuzando con ruiditos, un canto afilado se me clavó en el interior de la mejilla. Moviendo la barbilla de arriba abajo, fui tragando los pedazos, del más pequeño al más grande, sin pensar en nada.

Cuando acabé de tragarme los tres trozos, uno empezó a gritar: «¡Calpis! ¡Calpis!»,[3]se acercó con un vaso de plástico con pegotes de pintura lleno de agua sucia de color blanquecino y me lo dio. Era polvo de tiza disuelto en agua. Me aplastaron contra la pared y me lo hicieron beber, pegándome el vaso a la cara. Mientras me lo tragaba, me entraron arcadas; un minuto después lo había vomitado todo. Por la nariz y los ojos se me salía el líquido mezclado con lágrimas, tosí con las dos manos en el suelo, a gatas. Ninomiya y los suyos se apartaron de un salto, diciendo: «¡Eh, bizco! ¿Qué diablos estás haciendo?», pero, mirándome, aplaudían contentos y se reían. «¡Lámelo!», me dijeron empujando mi cabeza hacia los vómitos. Un muro de caras riendo, una junto a otra.

*

A partir de aquel día, Kojima y yo empezamos a escribirnos.

Era la primera vez en mi vida que mandaba una carta a alguien y no tenía la menor idea de qué era lo que tenía que poner, ni de cómo hacerlo, pero cogí un lápiz recién afilado y, a base de ir apuntando y borrando una vez tras otra lo que se me pasaba por la cabeza, logré escribir algo parecido a una carta. Con todo, nunca conseguí pasar de una página. Aunque solo escribíamos sobre cosas

impersonales, gracias a las cartas nos fuimos conociendo poco a poco. Para que nadie me descubriera, llegaba por las mañanas el primero a la escuela y pegaba la carta dentro del escritorio de Kojima; a la mañana siguiente recibía la respuesta y la leía en los lavabos. Aunque no lo habíamos acordado, ninguno de los dos escribía nada sobre la escuela o sobre cómo nos maltrataban los demás.

Cuando terminaba de escribir una carta me quitaba las gafas, acercaba el ojo izquierdo al papel y releía muchas veces las letras que se alineaban una junto a la otra. Al cabo de un rato empezaba a notar un dolor agudo en el ojo y en un lado de la cabeza.

Yo tenía estrabismo.

A los contornos que distinguía el ojo izquierdo, se sobreponían las formas vagas e imprecisas del ojo derecho, y el resultado era que todo se me aparecía borroso y doble. Mirara lo que mirase, todo lo veía plano, sin profundidad; no tenía sentido de las distancias ni siquiera para tocar algo que se encontraba justo delante de mí. Cada vez que tocaba algo con las puntas de los dedos o con la mano, no sabía si lo estaba tocando bien, si había sido correcta mi percepción o no.

> Hola. Hoy también he leído tu carta varias veces. Escribes con portaminas, ¿verdad? Yo escribo con lápiz.
>
> Voy a responder a la pregunta que me hiciste en la carta anterior. No hay ningún libro o género que me guste en especial, pero mi hobby es leer. Hasta pronto.

> ¡Hola! Gracias por tu respuesta. ¡Uf! Qué manera de llover hoy, ¿verdad? Debajo del paraguas el ruido era horroroso. Creía que iba a romperse, ¿sabes? De vuelta a casa, ha pasado por mi lado un camión a toda pastilla y me ha remojado de pies a cabeza con el agua de un charco. Como en un manga. Oye, ¿qué bocadillo le pondrías tú a una viñeta así? No sé si tengo buena letra o si el texto está bien, pero me gusta escribir cartas. Espero tu respuesta.

Hola. Te estoy escribiendo de noche. Hace mucho viento.

Siempre lo pienso, ¿sabes? Lo difícil que es escribir. Quizá sea más difícil todavía que hablar. ¿Crees que si practico mucho mejoraré? Lo voy a intentar. Solo para escribir estas líneas me he pasado más de una hora delante de la mesa. Hasta pronto.

¡Hola! *Thank you* por tu respuesta. Cuando nos han devuelto los parciales, por poco me ha dado un patatús. ¡Un 360! Por los pelos, vaya. No voy a preguntarte cómo te ha ido a ti, porque seguro que mucho mejor que a mí. Ah, por cierto, el bocadillo de la viñeta que me dijiste está superbién. La próxima vez que llueva y me remoje un camión, voy a decir eso. Decidido.

¿Sabes? Esta carta es la segunda intentona de hoy. He escrito otra antes y, como no ha salido demasiado bien, me he puesto a bordar un rato. Tengo una labor sencilla, algo que se llama «punto de cruz», y yo voy clavando la aguja. La verdad es que querría hacer la funda de un cojín, pero me falta lo principal, que es el relleno. Tengo una tela para hacer punto de cruz y voy haciendo un montón de florecitas. Bordar también es muy divertido, ¿sabes? Lo que más me gusta ahora mismo son las cartas y los bordados. Espero tu respuesta.

Hola. ¿Cómo estás? Hay algo sobre tu voz que en la carta anterior no pude explicar bien, pero ya lo sé. Es como un lápiz.

Yo utilizo mucho el 6B porque la mina es difícil de romper y, mientras estaba escribiendo, me di cuenta. Tu voz y la mina del 6B se parecen mucho. Tampoco estoy muy seguro de ser capaz de decirlo bien ahora, pero creo que se parecen porque las dos son blandas pero intensas, son compactas. Perdona si es difícil de entender. Al menos lo he intentado.

Ahora son las ocho y media de la noche. Voy a rellenar el mapa mudo de los deberes. Hasta pronto.

¡Hola! ¡Hola! ¡Buenas noches! Aunque cuando tú leas esto ya será por la mañana. ¿Qué tiempo hace? Ahora, mientras escribo, está lloviendo. Es una noche muy húmeda y eso que aún no ha llegado la estación de las lluvias. Está lloviendo.

Te lo he preguntado un montón de veces, pero aún no me has dicho qué libros te gustan. ¿No será una especie de secretismo o algo? Es simple curiosidad, porque leer un libro bien, a fondo, yo eso no lo he hecho jamás. Libros que haya leído hasta ahora..., la verdad es que apenas me acuerdo. Uno de leyendas chinas que había en la librería de clase, en primaria, y para de contar. Y me he acordado ahora. Si no hubiera escrito esta carta, no me habría acordado de él en la vida.

Por cierto, ¿es divertido leer? Eso para empezar. Porque me había olvidado de preguntarte eso, que es lo primero. ¿Es divertido? Yo, solo con los de la clase de lengua, ya voy a tope, pero si hay algún otro libro interesante, dímelo. Tú también decías que te pasaba lo mismo, pero aunque siempre esté en casa, nunca hago nada. Y ya sé que es raro, pero cuando estoy así, en casa, sin hacer nada, me da la sensación de que estoy luchando con algo. Como si estuviera luchando quieta, sin moverme. Estoy luchando, metida dentro del futón, y me pregunto: «¿Hasta cuándo va a durar esto?». Mientras voy andando también lucho y me pregunto lo mismo. Aún falta un año y medio para acabar secundaria y, después, si todo sigue normal, todavía quedarán tres años de instituto. Es decir, que durante un montón de tiempo va a continuar siendo parecido a ahora. ¿No te parece horroroso? Yo lo encuentro horroroso.

¿Cómo será todo entonces? También pienso mucho en eso, ¿sabes? Aunque quizá en el año 1999 se acabe el mundo, como dice la gente. Pero, si no termina, seguro que no habrán cambiado mucho las cosas.

Por cierto, hoy tengo una propuesta. Si no te gusta, dímelo, ¿eh?

Estoy emocionadísima. Ahí va: ¿nos vemos otra vez el segundo miércoles del mes que viene? La vez anterior, cuando quedamos en el parque de la ballena, también era miércoles. ¿Nos vemos otra vez para celebrarlo? Aunque no te guste la idea, no me digas que no. Es broma. Puedes decírmelo, claro. Espero tu respuesta.

Hola. Hoy ha hecho tanto calor como si estuviéramos en pleno verano, ¿verdad? Mayo está a punto de acabarse.

Ante todo, gracias por el papel de cartas. Me ha encantado. Cuando se me termine el que tengo ahora, usaré el tuyo.

Me alegro de que te haya gustado la idea de quedar en la escalera de incendios. No sé decirte bien por qué, pero me da la sensación de que allí podremos vernos con más calma. Nunca va nadie, es un lugar tranquilo, corre el aire y es agradable. Si subes en ascensor hasta arriba del todo y abres una puerta que hay a mano derecha, allí están las escaleras. Enseguida las encontrarás. Te esperaré arriba del todo. Faltan dos semanas para entonces. Me hace mucha ilusión. Hasta pronto.

Ahora, como era natural, veía a Kojima de un modo muy distinto a como la veía antes.

Sabía lo que pasaba desde hacía tiempo, pero se me fue haciendo cada vez más difícil ver u oír cómo las otras chicas la maltrataban. También sufría al pensar que ella veía cómo me maltrataban a mí. Porque, aunque no quisieras escucharlo, estando en la misma clase, acababas oyéndolo; aunque no quisieras mirarlo, lo acababas viendo.

A mí seguían llamándome «bizco» y obligándome a hacer cosas estúpidas, tirándome al suelo, haciéndome correr a toda velocidad por la pista de atletismo durante los recreos. Mientras tanto, Ninomiya y los suyos me miraban desde el interior de la escuela, partiéndose de risa. Había visto muchas veces cómo insultaban a Kojima de todas las formas posibles, llamándola sucia

y asquerosa, había visto cómo la enviaban a comprarles algo. También había visto cómo le daban patadas y la golpeaban, igual que me hacían a mí. También había visto cómo le gritaban: «¡A ver si te bañas de una vez!», e incluso cómo le metían la cabeza dentro de un acuario.

La Kojima de las cartas era alegre y llena de vida, parecía una persona completamente distinta a la Kojima de la escuela. Cada vez que la veía allí me dolía el corazón, pero no podía hacer nada, solo sufrir. Solo intentar que no se diera cuenta de que yo lo estaba viendo todo. Solo apartar la vista y fingir que no veía nada.

*

En aquella época, la escuela preparaba el concurso de coros y otros eventos, igual que el año anterior.

Debido a los preparativos no se daban algunas clases, con lo que Ninomiya y los suyos tenían aún más tiempo para meterse conmigo. El ambiente era muy animado, tanto después de clase como en los pasillos o en el patio, pero eso no me afectaba a mí, que tenía que hacer lo que me mandaban Ninomiya y los suyos y que seguía recibiendo golpes y patadas como de costumbre. Durante el recreo me mandaban a comprarles bollos; a mediodía, siempre comía solo. Kojima también estaba sola.

—Tus ojos dan tanto asco que te voy a castigar.

Ninomiya me lo dijo un sábado, después de clase y de las tutorías, golpeándome la cabeza con una regla. Los sábados normales, los alumnos que no pertenecían a ningún club escolar tenían que salir de la escuela enseguida, pero aquel día, como por la tarde había ensayo para el concurso de corales y preparativos con el vestuario, podía quedarse quien quisiera. Ninomiya me ordenó: «Métete en la taquilla de los trastos de limpieza y no salgas hasta que yo te lo diga».

—Es que da grima solo con verlo —dijo mientras se recogía el pelo con una goma entre los dientes. Se había dirigido a un grupo de chicas de clase que no solían llamar la atención—: ¿O no?

Solo con decirles eso, las chicas se pusieron coloradas,

sonrieron y asintieron con vergüenza.

—¿Ves? Solo con verte, todo el mundo se deprime. ¿Oyes, bizco?

Me ató las manos con una cuerda de saltar a la comba, me hizo morder una bayeta y me dijo que me metiera en la taquilla.

—Y no la dejes caer, ¡eh! Si se te cae, vas a quedarte así una semana.

Cuando hubo dicho eso, uno de sus esbirros me dio un empujón y oí cómo la taquilla de hierro se cerraba con un sonido metálico.

No era la primera vez que me encerraban en una taquilla. Casi podía decir que me eran familiares aquellas tinieblas que olían a humedad. En esos momentos intentaba no pensar en nada, solo contaba. Cuando llegaba al cien, volvía al uno y repetía lo mismo otra vez. No pensaba en cuántos cienes había llegado a contar ni en el tiempo que llevaba dentro de la taquilla. Hacía todo lo posible por no pensar en absolutamente nada, por no sentir nada, por no acordarme de nada: solo iba pasando números dentro de mi cabeza, uno tras otro. Nada más. Mezcladas con los números, oía todo el rato las voces de mis compañeros que charlaban y las canciones que iban ensayando.

No sé cuánto tiempo llevaba allí dentro, pero de pronto me di cuenta de que el aula estaba silenciosa. Yo me moría de ganas de ir al váter, hasta el punto de que se me ponía la carne de gallina de tanto aguantarme. Decidí ver qué ocurría: agucé el oído mientras contenía la respiración. No se oía a nadie. Me daba la sensación de que llevaba metido en la taquilla una hora larga, pero podían haber pasado dos horas o incluso más. No tenía ni idea.

Me dolía el bajo vientre por las ganas de orinar. Al pensar en lo que podría hacerme Ninomiya si le desobedecía, incluso me planteé si no sería mejor hacerme pis encima, pero al final me armé de valor y, con un pie, di un pequeño empujón a la puerta de la taquilla. Volví a empujar con algo más de fuerza: la puerta de la taquilla se abrió con un sonido metálico y yo entrecerré los ojos deslumbrado por la luz del sol. El aula estaba desierta. Salí al pasillo muerto de miedo y, al mirar abajo, hacia la pista deportiva,

vi a los mismos chicos y chicas que habían estado armando follón en el aula hasta poco antes jugando con una pelota mientras lanzaban gritos extraños. Intenté averiguar si Ninomiya era uno de ellos, pero no lo conseguí.

Me quité la cuerda de las muñecas, crucé el pasillo desierto para ir al baño. Entré en uno de los cubículos y me quedé un rato inmóvil para que se me fuera el dolor de barriga. ¿Qué pasaría cuando se dieran cuenta de que había salido sin su permiso? ¿Qué me harían? Estos pensamientos me venían a la cabeza y, luego, desaparecían. Me sentía agobiado hasta el fondo del corazón. No podía acostumbrarme a la angustia que acompañaba a este tipo de pensamientos. Pero no paraba de darme vueltas por la cabeza que quizá entenderían que quisiera ir al lavabo o que tal vez Ninomiya se había olvidado de mí y se había ido ya a su casa.

Para pensar en algo un poco distinto, intenté imaginar cómo sería mi cita con Kojima. La esperaba con impaciencia. «En cuanto pasen diez días, llegará el segundo miércoles del mes», me dije. Saqué la carta de Kojima y la releí. No podía llevarlas todas, por supuesto. Pero las que me gustaban más las llevaba siempre encima, metidas bajo la cubierta de mi carnet escolar, como al principio. Las otras las tenía escondidas en la estantería de mi habitación, dentro del estuche del diccionario. Y también en casa releía las cartas a menudo.

No había visto a Kojima cuando me metieron en la taquilla, ¿habría conseguido aquel día volver tranquila a casa? Me vino a la mente su pelo duro. Esto me hizo recordar que, durante los ensayos del concurso, tenía una cinta pegada sobre la boca porque decían que le apestaba el aliento y me dolió el corazón. También me acordé de cómo una alumna grandota se la había arrancado de un tirón, riendo. Incluso recordaba sus palabras: «¡Al menos hemos quitado la porquería de ahí!». Suspiré y guardé las cartas. Luego pensé que Kojima se debía de sentir igual al ver cómo me maltrataban a mí. Eso me hacía sufrir mucho.

Entonces oí unas voces que se acercaban. Alguien entró en los lavabos. Sin pensar, contuve la respiración y me quedé rígido. Dudé solo un instante: descorrí el cerrojo para que no se dieran

cuenta de que el váter estaba ocupado, aguanté la puerta con la mano para que no se abriera y permanecí inmóvil detrás, casi sin respirar.

Eran voces de chico.

Al principio no sabía quiénes eran, pero, por la manera de hablar, enseguida me di cuenta de que uno era Ninomiya. El corazón me latía con tanta fuerza que llegué a pensar que lo oirían y apreté los dientes todo lo que pude para tranquilizarme. Un montón de imágenes cruzaban a gran velocidad por mi cabeza, no podía respirar bien.

Por lo visto, al otro lado de la puerta estaba Ninomiya con otro chico.

El otro hablaba flojito y, aunque pude distinguir que era una voz de chico, no reconocí quién era. Ninomiya soltó una risita burlona, distinguí algunas palabras: «¿No crees?», «Quiero que lo hagas más en serio, ¿vale?», «No, qué va». Solo charlaban, no hicieron sus necesidades. Oí: «Y mira que no tienes ni idea». No sé explicarlo bien, pero era una forma de hablar muy rara, como si Ninomiya fuera meloso o condescendiente con el chico, o como si le estuviera tomando el pelo. El otro replicó algo, pero no entendí qué; no podía ni adivinar de qué diablos estaban hablando. Oí cómo abrían el grifo y se lavaban las manos, volví a distinguir la risa de Ninomiya. Luego, de golpe, todo quedó en silencio. Agucé el oído para ver qué había pasado y oí de nuevo la risa de Ninomiya. Dentro de aquel váter no tenía la sensación de estar vivo. Cerré los ojos con fuerza y me repetí, tratando de convencerme a mí mismo: «No estoy aquí», «Aquí no hay nadie». Poco después, las dos voces se alejaron y comprendí que se habían marchado. Me quedé un rato más allí, quieto; cuando me pareció que ya no había peligro de que aparecieran otra vez, volví corriendo al aula y, tras comprobar que Ninomiya no estaba, cogí la cartera y salí de la escuela.

*

Pasó la primera semana de junio, llegó el segundo miércoles

del mes y yo me encontré con Kojima en la escalera de incendios, tal como habíamos quedado por carta. Al verme, ella levantó un poco la mano. Yo hice lo mismo.

Había estado dándole vueltas a lo nervioso que estaría. Cosa rara, no lo estuve en absoluto. Me daba la sensación de que nos acabábamos de ver poco antes. No sabía si era por habernos escrito o qué, pero me dije que si las cartas tenían aquel efecto, eran algo increíble.

—¿Vienes mucho aquí?

—Sí. A veces.

Cuando soplaba el viento parecía que se nos iba a llevar volando a los dos, y Kojima, al sentirlo, se reía contenta. Tenía una ligera sombra de suciedad en las mejillas y el uniforme lo llevaba lleno de arrugas. Por fuera, no era nada diferente a la Kojima que veía siempre en clase, con sus pelos tiesos como si fueran seres vivos. Bajo unas cejas de puntas caídas, me miraban un par de ojos brillantes; esbozaba una sonrisa. Nos asomamos por la barandilla y contemplamos la ciudad, muy abajo, a nuestros pies. Sopló otra ráfaga de viento y Kojima volvió a reírse alegremente. El silbido del viento, mezclado con la risa de Kojima, resonó en mis oídos durante un rato.

Sentados en diferentes peldaños de la escalera de hormigón, fuimos capaces de charlar de un modo muy natural. Podríamos haber seguido horas y horas. Fuimos entretejiendo una pequeña anécdota con otra: ahora ella, ahora yo. Yo me sentía muy tranquilo. Y Kojima también parecía estar muy relajada.

Le había llevado mi cuaderno de lengua. Me lo había pedido ella.

—No está muy bien, no creas.

—No pasa nada. Quiero verlo —dijo Kojima alargando la mano.

—No es interesante. Además, si es por la letra, ya la has visto en las cartas, ¿no?

Kojima, al oírlo, dijo que quería ver mi letra en escritura vertical.

En cuanto saqué el cuaderno se apoderó de él con un gesto

rápido mientras, con la otra mano, sacaba su libreta de la cartera y, ¡pum!, me la ponía de golpe sobre las rodillas.

—¡Intercambio!

Las letras de Kojima estaban escritas con lápiz portaminas, como en las cartas. Unos caracteres finos y menudos. Escribía sobre muchas cosas, y con gran detalle. Kojima cogió mi libreta con las dos manos, la abrió, se la puso sobre el regazo y acercó la cara como si tuviera mucho interés. Luego, después de estar un rato mirándola con gran atención, asintió levantando exageradamente las cejas y dijo: «Vale. Ya me hago una idea», y sonrió. Cuando le pregunté sobre qué se había hecho una idea, me respondió: «¡Es un secreto!», se levantó y bostezó abriendo una boca enorme. Me dio la impresión de haberle visto toda la parte roja del interior de la boca y, sin pensar, aparté los ojos.

A lo lejos, en alguna parte del cielo, muy al fondo, se oyó retumbar ligeramente un trueno. Fue como si empujara el silencio hacia arriba.

—Un trueno —dijo Kojima en voz baja y, todavía con el mentón apoyado en la barandilla, fue girando despacio la cara hacia mí. Fue un gesto terriblemente lento.

—Sí, ha sido un trueno, ¿verdad? —repetí.

—Oye, hace poco pasó algo, ¿no? Aparecieron un montón de cosas cortadas, ¿te acuerdas? Cortinas, libros de bolsillo, la cinta del borrador de la pizarra...

—Sí, me acuerdo —respondí casi automáticamente.

Hacia finales de abril se habían empezado a descubrir pequeños cortes en el mobiliario de la clase o en el material escolar de algunos alumnos y eso había producido cierto revuelo. Parecía que hacía siglos de aquello, pero abril era solo dos meses atrás. Había sido una larga serie de cosas. Primero habían aparecido unos cortes en el dobladillo de la cortina; luego, en el borde de la bolsa de gimnasia de una alumna; después, en la cubierta de un libro de bolsillo y en el cordón del borrador de la pizarra; también habían cortado el palo de la escoba y lo habían dejado unos dos centímetros más corto.

Cada vez que aparecía un nuevo caso, toda la clase se

excitaba a más no poder. No cortaban los objetos del todo: solo unos pocos centímetros con la punta de las tijeras. El corte era siempre igual. Esto se había repetido varias veces y, durante un tiempo, toda la clase se había enfrascado en la búsqueda del culpable, pero, como no había pruebas y tampoco manera de saber quién había sido, al final todo el mundo había acabado hartándose del tema y, dos semanas más tarde, el asunto ya había quedado completamente olvidado. Me acordaba de haber estado muy angustiado durante aquellos días porque tenía miedo de que alguien mintiera y me acabara echando la culpa a mí. Con todo, no había vuelto a pensar en aquello hasta que Kojima lo mencionó.

—Fui yo.

—¿Ah, sí? —dije, sorprendido—. No te pilló nadie, ¿verdad?

—No —respondió Kojima. Algo después añadió, mirándose la punta de las zapatillas—: ¿No me preguntas por qué lo hice?

—¿Por qué lo hiciste?

—Oye, que tampoco te he pedido que me lo preguntes —dijo, y soltó una risita—. La verdad es que no puedo darte ninguna buena razón. Es que, no sé..., cuando estoy con las tijeras en la mano, cortando algo, tris, tras... Algo, pero no cualquier cosa, no creas... No sé explicarlo bien, pero en esos momentos siento que por fin consigo estar normal.

—¿Estar normal?

—Sí.

—¿Quieres decir que eso te tranquiliza? —pregunté.

—¿Tranquilizarme? Más bien lo contrario.

—¿Lo contrario? ¿Te hace sentir insegura? ¿Eso es lo que tú llamas «normal»?

—No.

Kojima hizo entrechocar los talones de sus zapatillas.

—Yo..., ¿cómo te lo diría? Yo siempre me siento insegura, siempre tengo miedo. En casa y en la escuela. Pero también hay momentos buenos, aunque sean pocos, ¿sabes? Por ejemplo, cuando estoy hablando así contigo o cuando estoy escribiendo las cartas. Eso, para mí, es muy bueno. Eso me da algo de seguridad. Y esta seguridad me hace sentir feliz. Pero yo quiero pensar que

tanto esta seguridad como la ansiedad que siento normalmente son algo que no es natural, ¿sabes? Que las dos son algo extraordinario... Más o menos viene a ser eso. Porque, ¿sabes?, no quiero aceptar que el tiempo en que puedo sentirme segura sea tan tan poco y que casi toda mi vida esté llena de angustia..., que lo normal para mí sea esa situación. Así que he buscado algo que no sea ni la seguridad ni la angustia, algo distinto, y lo he convertido en mi norma —dijo Kojima apretando los labios.

—¿Tu norma?

—Sí. Por eso sigo esta norma a rajatabla y me digo: «Esto es lo normal». Porque tengo la sensación de que, si no me meto eso en la cabeza, todo irá de mal en peor.

—¿Y esta norma la encuentras cuando cortas cosas con las tijeras?

—Sí. Voy diciéndome: «Es la norma, es la norma», mientras, tris, tras, voy cortando con las tijeras. Y, ¿sabes?, mientras lo hago, no hay ni inseguridad ni seguridad por ninguna parte. No existen aunque solo sea durante ese momento. La norma me la trae la punta de las tijeras.

Al decirlo, Kojima se rio.

—Pero ya no lo haces, ¿verdad? —pregunté. El revuelo que se había producido al aparecer los objetos cortados había durado solo unos días y, después, todo se había calmado y olvidado por completo.

—Es que estuvo fuera de lugar hacerlo en la escuela —dijo Kojima suspirando—. Hacer una cosa tan personal, tan difícil de explicar... Y con objetos de los demás, en un sitio donde podían verme... Fue una equivocación.

Asentí.

—Suelo hacerlo en casa, ¿sabes? El papel, por ejemplo, no es que sea muy satisfactorio, la verdad. Pero a nadie le importa que lo corte y, además, después puedo tirarlo enseguida. Pero lo que realmente vale la pena cortar..., y con eso quiero decir que es una buena norma..., no es algo que se puede tirar sin más, como el papel, son cosas..., ¿cómo te diría? Son cosas más absolutas, más importantes. Al menos, esa es la impresión que tengo. Pero no lo

sé.

Pensé unos instantes en lo que acababa de oír.

—Cosas más absolutas, más valiosas, dices. ¿Como qué, por ejemplo?

Kojima movió la cabeza en señal afirmativa.

—Ya. Ese es el problema. No sé qué cosas, la verdad —contestó pasándose un dedo por el entrecejo. Realmente se oía cómo se frotaba.

—¿Y las uñas? Uñas tienes muchas —sugerí.

—¿Uñas? Las uñas no tienen ningún interés —dijo Kojima con cara de aburrimiento—. Es que lo importante no es cortarlo todo, ¿sabes? Solo una pequeña parte, un poquito. Tú lo viste, ¿no? Las cosas de la escuela no estaban cortadas del todo. Y todos los cortes tenían exactamente la misma longitud. No vale cortar las cosas en plan bestia y que no puedan usarse más. Mi objetivo no es entorpecer su funcionamiento.

—Entorpecer su funcionamiento... —repetí.

—Exacto. Piensa en las cortinas, por ejemplo. ¿Cómo te diría? Solo vale un corte que no perjudique la esencia, como cortina, de la cortina... La verdad es que las uñas cumplen esta condición porque, aunque las cortes, las uñas, en sí mismas, no dejan de existir, pero es que, si las dejas a medio cortar, se te van enganchando por todas partes y eso es peligroso. Mis abuelos se hicieron una pequeña herida en una uña y no se la cuidaron, ¿sabes? Entonces les entraron microbios por ahí, el tétanos; la cosa fue yendo de mal en peor, cada vez más grave, los microbios se les fueron extendiendo por todo el cuerpo, al final les llegaron a la cabeza y, entonces, tuvieron un colapso cerebral y empezaron a revolcarse mientras babeaban y, al final, murieron.

—¿Un colapso cerebral? ¿Y eso qué es? —pregunté.

—Un colapso cerebral —respondió Kojima— es algo muy conocido. ¿No lo sabes? Está relacionado con la rabia en los seres humanos, con el moquillo, con los coágulos por contusiones cerebrales. Con todo este tipo de enfermedades.

—¿De verdad se murieron de eso? —dije medio riendo.

—Sí. Pero si está clarísimo. Pero si todo el mundo se muere

de eso —dijo Kojima clavando los ojos en mi entrecejo—. Así que lo siento mucho, pero las uñas no podrán ser. Tengo que encontrar algo mejor.

Después hablamos de muchísimas otras cosas. De los puntitos de las alas de las mariquitas. De la altura del sillín de las bicicletas y de las bolas de nieve. De por qué, si faltaba dinero, fíjate, no se podían imprimir billetes y ponerlos en circulación. También del fin del mundo. Me daba la sensación de que podríamos seguir hablando horas y horas, pero el tiempo pasó volando. Miramos el cielo en silencio. Empezaba a teñirse de rojo hacia el oeste: el día estaba a punto de acabar. Los graznidos de los cuervos se sucedían como si persiguieran algo. No quería separarme de Kojima. Me habría gustado preguntarle si volveríamos a quedar, pero no sabía cómo hacerlo. Después de decirme: «¡Hasta luego!», se asomó muchas veces por el extremo de la escalera, bromeando. Yo me reí cada una de las veces. Al final, agitó la mano con fuerza y desapareció.

*

A mi madre de ahora la vi por primera vez el invierno de cuando yo tenía seis años.

Hasta entonces, había vivido con mi abuela paterna; mi madre llegó a casa poco después de que ella muriera. Mi padre no me dijo nada: ni que aquella sería mi nueva madre, ni que, a partir de entonces, viviríamos juntos. Desde aquel día, su presencia en la casa se convirtió en algo natural: ella empezó a hacer la comida y la comíamos juntos.

—Voy a quedarme aquí, ¿sabes?

Me lo dijo un día, de pronto, con cara de apuro, cuando ya hacía más de un año que vivía en casa. Estábamos sentados frente a frente comiendo pescado blanco. Veíamos la televisión: en la pantalla se proyectaba la imagen de una manada de canguros que se dirigían veloces hacia el sol del ocaso. Algo después, sin saber qué tenía que responder, le dije: «Vale», y continué comiendo en silencio.

Mi madre no había cambiado nada desde entonces. Seguía llevando el mismo peinado de siete años atrás, las faldas tenían la misma forma y los calcetines le hacían pliegues del mismo grosor en los tobillos.

—¿Qué pasa? —dijo mirando en mi dirección mientras enrollaba el cable de la aspiradora.

—Nada —respondí. Y le conté que ya iba a la piscina, que habían empezado los exámenes.

—¿Y qué tal? —me preguntó con poco interés.

—¿La piscina? ¿O los exámenes?

—Pues... los exámenes.

—No van mal. Como siempre, creo.

—¿Son difíciles?

—Algunos sí.

—Vaya —dijo haciendo rodar los hombros. Luego, sin mirarme, añadió riendo—: Pero un veinte, o algo parecido, queda fatal, ¿eh? Para eso, me da la sensación de que es mejor un cero. Es más elegante.

—Un cero no puedes sacarlo así como así. Bueno, sí. Por lo visto, a veces te lo ponen si te olvidas de escribir el nombre —expliqué.

—Ah, vaya. Estudia mucho, ¿eh? —dijo mi madre, y se levantó con la aspiradora en la mano—. Y cuando terminen los exámenes, vacaciones, ¿no?

—Sí.

Luego me miró como si se acordara de algo de pronto.

—Esto del cable de las aspiradoras... Fíjate. Hay una marca roja que quiere decir que lo has sacado todo, ¿no? Pues, entonces, esa amarilla de ahí, ¿ves?, ¿qué sentido tiene esa? —me preguntó, intrigada—. A mí me parece que con la roja ya bastaba.

—Es verdad —le dije.

Mi madre se dirigió a la cocina con aire de estar poco convencida.

Durante la segunda mitad de junio llovió a mares. Hacía mucho

bochorno y, al abrir la ventana para ventilar, se colaban ríos de humedad. La sensación de agobio era continua, no solo en la escuela, sino por todas partes. En la clase de arte, Ninomiya me dijo: «Te voy a montar unas vías de tren», hizo que sus esbirros me sujetaran, me obligó a extender la palma de la mano y, con la grapadora abierta, me fue clavando, cric, crac, una grapa tras otra. Los agujeritos redondos me hacían sentir punzadas, dolían mucho. Día tras día, colgaban del cielo unas nubes bajas, oscuras y plomizas, y el olor a lluvia lo llenaba todo.

Kojima y yo seguimos escribiéndonos.

Sus cartas eran, de verdad, mi única alegría. Yo le respondía con grandes esfuerzos, invirtiendo mucho tiempo, en el papel que ella me había regalado.

El estuche del diccionario de mi habitación estaba lleno de cartas suyas. Las noches en que me asolaba una vaga inquietud y no podía dormir bien, cuando me sentía acorralado al pensar en el futuro o en la escuela, tendido tal como estaba en el futón, me volvía hacia la estantería y clavaba los ojos en el lomo del estuche del diccionario repleto de cartas. El estuche contenía todas las palabras que Kojima había escrito para mí. Y me daba la sensación de que aquel pequeño rectángulo desenfocado, desdoblado en dos, emitía una luz cálida y difusa. Una luz que podría incluso tocar si alargaba la mano. Y pensaba que ojalá las cartas que yo escribía la ayudasen a ella en los momentos amargos, que ojalá le hicieran sentir lo mismo que a mí.

> ¡Hola! ¿Cómo va? Ya es julio. Hace cuatro días que hemos acabado los exámenes trimestrales y ya estamos a final de curso. ¡Es increíble!
>
> El otro día conté las cartas que nos hemos escrito durante estos dos meses. ¡¿Cuántas crees que son?! Sería raro que tú no tuvieras las mismas, así que, si quieres saberlo, cuéntalas. ¡Seguro que te sorprendes un montón!
>
> Pero la verdad es que las cartas tienen algo muy raro. Ya sé que si te lo pidiera, tú me dejarías. Pero es que, a menos que te lo pida, yo no podré volver a leer nunca más las que te

he escrito. Y, no sé, eso me da una sensación muy extraña. Por eso guardo tus cartas con mucho cuidado, por si acaso, en el futuro, algún día te entran ganas de releer las cartas de cuando tenías catorce años. Vaya, se me acaba de ocurrir algo. ¿Por qué no nos vemos el segundo miércoles del mes de julio del año 1999? Estemos donde estemos y hagamos lo que hagamos. ¿Nos vemos los dos con todas las cartas que hemos escrito? Me parece que he tenido una buenísima idea. ¿Dónde crees que nos podríamos encontrar? Espero tu respuesta.

Hola. El otro día, en la librería, vi el libro de las profecías de Nostradamus. Había una foto del sol en un cuadrado y otra de la estatua de María derramando lágrimas de sangre tal como me habías contado. Pero no pude comprender qué relación tiene eso con el fin del mundo. Aunque sí da una impresión muy siniestra, la verdad. No sé qué pasará. Pero, por lo visto, a finales de siglo siempre hay un alboroto parecido. En todo caso, no te preocupes demasiado. Si el mundo se acaba, el día de la cita no nos podremos ver. Hasta luego.

¡Hola! ¿Cómo serás a los veintidós años? Últimamente pienso mucho en eso. Sería fantástico que siguiéramos escribiéndonos hasta entonces, ¿verdad?

Hoy tengo un favor que pedirte o, mejor dicho, una propuesta que hacerte.

Es para cuando acabe el curso. Es que quiero llevarte a un sitio. Y me parece que, si lo dejo pasar estas vacaciones de verano, ya no podré hacerlo nunca.

¿Sabes adónde? Pues a Heaven.

Piénsatelo bien, ¿vale? Creo que será fantástico. ¡Espero que me digas que sí!

Hola.

Parece que quieres mantenerlo en secreto hasta que vayamos. A mí también me hace mucha ilusión. ¿Dónde será?

Tengo muchas ganas de ir. ¿Estás estudiando para los exámenes? En mates entraban menos cosas de las que esperaba, lo que ha sido una suerte, pero en ciencias no sé por dónde empezar. Tenemos que ir con cuidado, porque si suspendemos, nos tocará ir a clases de repaso. Hasta pronto.

¡Holahola! Uf, ya solo queda el examen de inglés. La verdad es que no tengo ni idea de cómo me han ido todos los demás.

Por cierto, ¿qué te parece si vamos a Heaven el primer día de vacaciones? Así será lo primero que hagamos por vacaciones, ¿vale? Te espero el primer día, a las nueve de la mañana, en la taquilla de la estación.

Tras quedar con Kojima el primer día de vacaciones, no conseguía tranquilizarme de ninguna de las maneras.

¿Qué sería aquello de *Heaven*? ¿Adónde iba a llevarme? Eso me daba mucho que pensar, pero lo fundamental era que vería a Kojima y que iríamos juntos a alguna parte. Ni idea de qué debía llevar, de qué ropa tenía que ponerme o de cuánto dinero iba a necesitar. La ropa, en especial, fue un quebradero de cabeza. Hasta entonces jamás me había preocupado por eso: me vestía con lo que me compraba mi madre y listo. Tras darle muchas vueltas, decidí no ponerme nada con dibujos. A pesar de que tenía contadas prendas de vestir, estuve horas y horas haciendo todas las combinaciones posibles entre la parte de arriba y la de abajo. Al final me decidí por una camiseta azul marino, los vaqueros que llevaba desde el año anterior y unas Converse altas que no me ponía nunca para ir a la escuela. De todos modos, pese a las vueltas que le di, no me quedé tranquilo. No tenía absolutamente nadie a quien consultar. Y, tras haber solucionado, entre dudas y más dudas, lo de la ropa, tuve que pensar en la cuestión del dinero. Entre el aguinaldo de Año Nuevo y la paga mensual, tenía ahorrados casi diez mil yenes. Al acabar de contarlos, solté un suspiro de alivio y, cuando me metí el monedero en el bolsillo del pantalón para ver el efecto, me sentí invencible, diciéndome que,

con tantísimo dinero, podía salir sin problemas de cualquier apuro. Luego empecé a darle vueltas otra vez al asunto de la ropa.

El día de la ceremonia de final de curso, releí las cartas de Kojima en los lavabos y las guardé bajo la cubierta de mi carnet escolar como hacía siempre. Después, al volver al aula pegado a la pared, vi a Ninomiya y a los suyos sentados juntos en las mesas del centro de la clase hablando y riendo a voz en grito. Me pareció oír que la conversación iba sobre un curso de verano de una academia. Intenté no dirigir la mirada hacia las risas y, conteniendo el aliento para no llamar la atención, me senté, puse las palmas de las manos en el interior del pupitre, que estaba fresco, y me quedé inmóvil.

Sonó el timbre y, al acabar la última hora, se alzó un rugido como si el aula se descosiera y todo el mundo salió armando bulla, igual que en la hora del recreo. Vi como una niña, al salir, daba una patada al respaldo de la silla de Kojima, que todavía no se había levantado. Kojima pegó un salto y se quedó rígida en su sitio. Poco después de que se marchara el grupo de chicas de siempre, ella salió despacio del aula llevando un montón de libros y bultos en la espalda y en la mano.

Seguí la escena con la mirada y, cuando empezaba a embutir en la cartera un fajo de fotocopias, uno de los esbirros de Ninomiya me pegó de repente un golpe bestial en la nuca. Con el rebote, me mordí la lengua. Me clavé las muelas con tanta fuerza que se oyó un crujido y me paralizó por completo. La base del cráneo se me quedó rígida por el dolor, ni siquiera podía cerrar la boca. Mezclado con la saliva, el sabor a sangre empezó a extendérseme por la boca, y el entumecimiento de la lengua no daba señales de disminuir. Sentía punzadas de dolor en la cabeza, como si me palpitara; lo único que podía hacer era ir tragando la sangre que me llenaba la boca.

Las voces se fueron alejando. Incapaz de moverme, me quedé solo en el aula desierta. Entonces oí un débil silbido y comprendí que alguien se acercaba por el pasillo. En un acto reflejo, traté de esconderme debajo del pupitre, pero no tuve tiempo.

Era Momose. Me quedé petrificado, aparté la vista sin pensar. Luego levanté la cabeza despacio y lo miré, pero Momose ni

siquiera parecía advertir mi presencia. Silbaba como si estuviera solo y se dirigió a su asiento con las manos en los bolsillos, a un paso que incluso podía llamarse elegante.

Momose se sentó dándome la espalda. Iba siguiendo el ritmo de su propio silbido con un movimiento lento de los pies. Después se inclinó, sacó una libreta de la cartera y empezó a apuntar algo. Desde donde yo estaba no podía ver el qué. De vez en cuando levantaba la vista, sacudía la cabeza y continuaba deslizando la mano sobre el papel entre gestos de asentimiento.

Yo observaba cómo se movían la espalda y el codo de Momose mientras oía, sin prestar atención, su silbido. No conocía aquella melodía, pero era un silbido perfecto, sin fallos ni estridencias. Habría podido levantarme y salir del aula, pero no lo hice, no sé por qué.

Entonces oí una voz que pronunciaba su nombre y miré hacia la puerta. Era una alumna. Llevaba el flequillo cortado recto a la altura de las cejas y, debajo, un par de ojos negrísimos estaban fijos en Momose. Tanto la estatura como la cara de la alumna eran pequeñas, daba la impresión de ser una niña. Por el uniforme era evidente que iba a aquella escuela, pero era muy diferente a cualquier alumna de mi clase. La chica tenía una cara tan bonita que costaba dejar de mirarla. Era completamente distinta a todas las chicas que había visto hasta entonces. Y lo más extraño era que su cara era idéntica a la de Momose. Él debía de haberla visto, pero seguía escribiendo en su libreta mientras silbaba. Tampoco la chica me prestó la menor atención. Era como si yo no existiera. Se acercó a Momose, puso las manos sobre el pupitre, echó una ojeada a la libreta y se quedó mirándola fijamente mientras balanceaba despacio la cabeza al ritmo del silbido. Su pelo largo y liso caía sobre el brazo de Momose. La chica se puso en cuclillas y clavó sus ojos en él. Al cabo de poco, cuando Momose acabó lo que estaba haciendo, los dos se pusieron en pie sin pronunciar palabra, ella apoyó la mano en el brazo de él, echaron a andar y se fueron. Momose no había parado de silbar desde el principio hasta el fin.

Aturdido, me quedé un rato tal como estaba sin entender nada. Empezaba a dudar de que Momose hubiera estado realmente

allí, de que hubiera aparecido una alumna que yo no conocía y de que, luego, se hubiesen marchado los dos juntos. ¿Había ocurrido aquello de verdad? Dominado por esa extraña sensación de irrealidad, acabé olvidando del todo la perfecta melodía que silbaba Momose y la cara de la alumna.

Un rato más tarde, cuando me disponía a irme a casa, entró Ninomiya. Me puse rígido, pero él parecía tener mucha prisa y, al ver que no había nadie, se fue inmediatamente, aunque volvió un momento después. Me preguntó si había visto a Momose. Hice un gesto negativo con la cabeza.

2

A la mañana siguiente salí de casa con el tiempo suficiente para llegar quince minutos antes. A mi madre le dije que iba a una gran biblioteca del barrio de al lado.

Estuve esperando, nervioso, junto a la máquina de los billetes hasta que, a las nueve en punto, apareció Kojima. Llevaba el mismo peinado de siempre, las mismas zapatillas de siempre, pero también una falda de color beige que le llegaba a media pantorrilla y una camisa hawaiana.

La camisa era tan llamativa que parecía como si no hubiese querido quedarse atrás frente a la enorme cabeza de Kojima y su abultada falda tiesa. El dibujo tenía una gran profusión de hojas puntiagudas y frutas rojas, parecidas al mango, y se había atado los faldones a la altura del ombligo con un estrecho nudo. Era la primera vez en mi vida que veía en directo una camisa hawaiana, así como a alguien que llevara una puesta, pero enseguida supe que aquello era una camisa hawaiana. Al verme, Kojima agitó un poco una mano y se acercó a pasitos rápidos. En la otra mano sujetaba un bolsito con la cara de un gato estampada en un estilo a medio camino entre la fotografía y el dibujo.

—¿Qué? ¿Vamos? —dijo al llegar a mi lado, y sonrió con timidez.

Yo también sentía algo de vergüenza, pero puse cara de «aquí no pasa nada» y le dije:

—Buenos días.

Al mirar a Kojima de cerca, me di cuenta de que llevaba el flequillo recogido con un pasador adornado en la punta con piedrecitas de cristal.

—Hoy me he levantado supertemprano —dijo Kojima rascándose el entrecejo.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—¡Ostras! —dije—. ¿No tienes sueño?

—Hace un rato, alrededor de las siete, sí lo tenía —dijo—. Hablas un poco raro, ¿verdad? ¿Qué te pasa? —Kojima me miró fijamente con expresión de extrañeza—. Parece que te cueste hablar.

—Es que me mordí la lengua —expliqué.

—¿Cuándo? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Ayer.

—¿Muy fuerte?

—Sí, me mordí muy fuerte —contesté.

—¿Te dolió? —Kojima frunció aún más el ceño.

Le dije que sí, que me había dolido.

—¿Y lloraste?

—No, no lloré —le respondí.

Entonces ella me preguntó que, si me había dolido, por qué no había llorado, por qué me había aguantado, y yo le dije que creía que una cosa era doler y otra cosa, algo distinta, llorar.

—No sé. Puede que tengas razón.

Kojima inclinó la cabeza con aire de duda y, algo después, como si se acordara de repente, retrocedió un poco y, estudiándome de arriba abajo, dijo:

—Es la primera vez que te veo sin uniforme. Estás increíble.

—Bah, no es nada especial. Venga, no me mires así —repliqué —. La que está increíble eres tú.

—¿Por esto? —dijo Kojima doblando el cuello y mirándose la ropa—. Esto, ¿sabes?, es un poco estilo selva tropical.

—Ya.

—Es que quería ponerme algo con la punta blanca.

—¿Con la punta blanca? —pregunté—. ¿Y eso qué es?

—¿Que qué es? ¿No se dice «punta blanca»? —repitió Kojima abriendo mucho los ojos.

—Pues no sé... —dije tras reflexionar unos instantes.

—Mira, se le llama «punta blanca»..., ¿cómo te lo diría?..., sí, eso, a la ropa buena, a la ropa especial.

—¡Ah! —reí—. Quieres decir «de punta en blanco».

—¿De punta en blanco? ¿Y significa lo mismo? —preguntó Kojima.

—Creo que sí.

—Vaya. —Kojima se miró la camisa hawaiana. Yo también me la quedé mirando.

—Es muy veraniega —le dije.

Y, al oírlo, ella alzó los ojos, contenta, y dijo que sí.

—Aún estaba oscuro, pero, en cuanto he abierto los ojos, lo he visto muy claro: «¡Ha llegado el verano!». Y es que, este año, el verano empieza hoy.

Esperamos a que el tren llegara sentados en un banco del andén. Un poco más tarde asomó la cabeza de un vagón color verde oscuro, el tren llegó, abrió todas sus puertas de golpe con un ruido que recordaba al bufido de un animal gigantesco y, después de engullirnos, se puso en marcha despacio.

Nuestro vagón estaba casi vacío. Solo había un matrimonio mayor, algunos oficinistas con traje y una chica con el pelo largo. El tren traqueteaba y se balanceaba de izquierda a derecha; Kojima y yo estuvimos un rato en silencio mirando el paisaje al otro lado de la ventanilla, pero mi corazón latía con fuerza al pensar en nuestra escapada en secreto.

Poco después, Kojima también empezó a mostrar excitación a ojos vistas y la expresión de su rostro era mucho más alegre, no ya que la de cuando la veía por la escuela, sino que la de cuando nos habíamos encontrado aquel día en la escalera de incendios. Al verla así, tan contenta, la inseguridad que había sentido antes quedó borrada por la alegría de ese momento y mi corazón se fue llenando de felicidad.

Kojima estaba sentada a mi lado: tenía su cara mucho más cerca de la mía que otras veces y, a ratos, esto me daba tanto corte que no sabía dónde mirar. Pero a ella parecía traerla sin cuidado y me clavaba los ojos en el entrecejo como siempre que nos veíamos y hablaba con gran profusión de gestos. Cuando se emocionaba,

subía la voz, lo cual a mí no me importaba en absoluto, pero ella, al darse cuenta, ponía cara de vergüenza y empezaba a hablar en voz baja, aunque al cabo de un rato volvía a gritar y entonces nos reíamos los dos.

—¡Estoy contempamina! —dijo Kojima.

—¿Contempamina? ¿Y eso qué es? —pregunté.

—Contempamina —dijo Kojima—, es porque, cuando estás contento, te sale dopamina.

—Ah, pues no lo sabía.

—Y lo que te pasa cuando sufres se llama sufropamina —me explicó.

—¿Y cuando te sientes solo? —le pregunté.

—Tristopamina —me respondió al instante, y se rio.

Cuando la conversación se interrumpía, Kojima se giraba hacia la ventanilla y miraba fuera; mantenía las manos juntas encima del bolsito que tenía en el regazo. Iba pasando la yema del dedo índice por el bolsito, como si lo acariciara, como si estuviera comprobando el tacto.

El tren corría entre hileras de casas, cruzaba campos de cultivo, atravesaba en línea recta el corazón del verano que acababa de llegar.

Kojima me habló de lo negrísimo que era un gato que había tenido una vez, y de lo suave que era, y de lo inteligente y manso que era un perro mestizo que había tenido al mismo tiempo que el gato, y me contó en detalle muchas anécdotas relacionadas con ellos.

Me explicó que había habido una época, cuando era muy pequeña, en que había vivido con un montón de animales.

—A mi verdadero padre le volvían loco los animales, ¿sabes? —me dijo—. Teníamos perros y gatos, pero los bichos que realmente le gustaban eran los pequeños y resbaladizos: los peces de colores, las tortugas verdes, las lochas de río, las carpas... Teníamos muchos de esos.

—¡Ostras!

—Pero los acuarios..., ¿sabes?, es que los acuarios son carísimos. Y como entonces no teníamos dinero, mi padre sacó, no

sé de dónde, una caja grande de espuma de poliestireno, con tapa, y solo podíamos mirarlos desde arriba, pero en un pispás él montó un acuario completo. Los dos fuimos comprando poco a poco, en las tiendas del barrio, un chisme de esos de las burbujas, un puente para los peces de colores, una rueda giratoria y un montón de cosas más. Y yo hacía nadar a una tortuga verde allí dentro. ¿Y tú? ¿Has tenido tú alguna vez animales en casa?

—No —respondí—. Diría que a mi familia jamás se le ha pasado por la cabeza tener un animal en casa.

—¿Y en tu casa no hay nadie a quien le gusten los animales? —me preguntó Kojima abriendo mucho los ojos. Al mismo tiempo, sus cejas se movieron como si fueran seres vivos.

—No es eso... Bueno, hablo por mí... Es solo que nunca los he tenido cerca. No es que me gusten o dejen de gustarme.

—Vaya. En ese caso... —dijo Kojima.

—Pero algo de interés sí tengo, no creas. Me da la impresión de que convivir con animales que no pueden hablar debe de ser algo distinto a vivir con personas —comenté.

—¿En qué sentido?

—Pues no sé. Por ejemplo, que debe de ser mucho más tranquilo, supongo —expliqué.

—¿Quieres decir que las personas, aunque estén calladas, son ruidosas?

—No sé, pero las personas siempre están pensando algo. En este sentido, me da la impresión de que los animales son básicamente más tranquilos.

—Pero ladran, por ejemplo.

—Sí, pero solo son ladridos.

—Vamos, que el problema no es el ruido, ¿no?

—Exacto —asentí.

—Ya. Los seres humanos, incluso cuando están durmiendo, sueñan, y, al despertar, se quedan dándole vueltas y vueltas al contenido de los sueños; son muy pesados. ¿Crees que los humanos pueden estar sin pensar nada? —preguntó Kojima.

—Bueno, durante un momento quizá sí. Pero solo un momento —contesté.

—Vamos, que no pueden —dijo Kojima ahogando un pequeño bostezo.

Los rayos del sol nos producían un calorcito muy agradable en la nuca. Eché un vistazo rápido a Kojima y pensé que tenía cara de sueño. El tren corría entre campos de arroz traqueteando a un ritmo constante.

—A veces me pregunto cómo sería si no existieran las palabras, ¿sabes? —solté sin más.

—Ya. Es que solo somos nosotros, ¿no?, los seres humanos somos los únicos que utilizamos palabras. No hablan ni los perros, ni los uniformes, ni las mesas, ni los jarrones... —dijo Kojima mirándome de frente.

—Es verdad. Con todas las cosas que hay, ¿no? Una minoría total.

—Pues sí. Los humanos somos los únicos del mundo que vamos diciendo esto y lo otro con las palabras, con todo eso creamos un montón de problemas y vamos haciendo la tira de cosas... Pensándolo bien, es algo estúpido, ¿no te parece? —Al decirlo, Kojima soltó un pequeño resoplido y se rio.

—Tienes razón —contesté.

El tren avanzaba con un traqueteo regular y, de vez en cuando, se detenía en estaciones situadas a una distancia casi idéntica la una de la otra. En todas las ocasiones, la voz del revisor, que anunciaba las estaciones, resonaba por el interior del vagón. Al apagar el micrófono, se oía un chisporroteo eléctrico: Kojima dijo que le hacía cosquillas y que era muy divertido, y soltó una risita. Fuera iban sucediéndose los campos de arroz verdes; alguna casita saltaba a la vista de repente; los agudos destellos de las puntas afiladas de la hierba parpadeaban y fluían a nuestra velocidad formando una línea continua de luz.

—Oye, Kojima —dije como si me acordara de repente—. Ese paraíso al que vamos...

Kojima entornó los ojos y sacudió la cabeza.

—No. No es un paraíso. Es *Heaven*.

—*Heaven*.

—Sí. *Heaven*.

—*Heaven* —repetí de nuevo.

Kojima sonrió.

—Exacto, pero todavía no puedo decirte nada. Ya lo verás cuando lleguemos. Un poco de paciencia.

Afirmé con un movimiento de cabeza; Kojima, al verlo, asintió satisfecha. Luego enmudecimos los dos y nos dejamos mecer por los vaivenes del tren mientras contemplábamos el paisaje que discurría al otro lado de la ventanilla.

—Eso que has dicho antes, no es que no lo entienda, ¿sabes? —dijo de pronto, un poco después—. Las mesas, o los jarrones, aunque les hagan daño de forma palpable, parece que no se lo hagan, ¿verdad?

—Quizá sea porque las mesas o los jarrones, aunque les hagas daño, no pueden decírselo a nadie y, por eso, da la impresión de que no les pase nada, ¿no?

—No sé. Tal vez —dijo Kojima. Y añadió, como si susurrara —: A lo mejor a las mesas o a los jarrones, aunque les hagan daño, en realidad no les ocurre nada.

—Sí —asentí.

—Pero, en cambio, las personas, aunque aparentemente no tengan ninguna herida, puede que estén muy lastimadas. Quizá — dijo Kojima en voz mucho más baja que antes, y luego enmudeció.

Su dedo índice no había dejado de acariciar la cara del gato del bolsito. Yo también callé mientras la miraba. El tren se detuvo en la siguiente estación, se abrieron las puertas, bajaron algunos pasajeros y entraron otros como si tomaran el relevo; luego el tren se puso en marcha lentamente. Un poco más tarde, Kojima me dijo sopesando, una a una, las palabras:

—Y nosotros, si seguimos tal como ahora, sin decir nada a nadie, nos hagan lo que nos hagan, si continuamos así todo el tiempo, sin hablar, ¿crees que algún día podremos de verdad convertirnos en una cosa?

Como no sabía qué responder a eso, clavé los ojos en el suelo sin decir nada. Dentro de aquel vagón lleno a rebosar de la luz que entraba a través de los cristales, las zapatillas de Kojima se veían sucias, oscurecidas. No había un trozo blanco por ninguna parte.

—En fin… —dije—, no podremos convertirnos nunca, literalmente, en una mesa o en un jarrón, pero sí podremos fingir que lo somos. En fin…

—En fin —dijo también Kojima.

—Nosotros… —empecé a decir.

Kojima me interrumpió.

—Nosotros, ahora mismo, ya nos parecemos mucho a una cosa —dijo, se mordisqueó el labio inferior y sonrió—. Aunque no podamos ser una cosa de verdad, ya nos parecemos mucho a una cosa, ¿no crees?

Después de decirlo, se llevó la mano derecha a la cabeza y empezó a revolverse el pelo despacio, sin decir nada. Se quedó mirando fijamente la cabeza de gato del bolsito. Yo también mantuve la vista clavada en el mismo sitio.

—Todos somos cosas —dije sin más.

—Pues sí —convino Kojima.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamé, y Kojima, al oírlo, se rio en voz baja y yo también me reí.

El tren tomó una curva suave y la hilera de casas del otro lado de la ventanilla fue inclinándose y alejándose repetidamente.

—El problema —dijo un rato después con un profundo suspiro— es que, aunque seamos cosas, no nos dejan en paz como a un reloj que esté colgado en la pared. —Y, dirigiendo los ojos hacia fuera, añadió—: ¿No te parece? —Luego me miró y sonrió—. ¡Mira! Ya llegamos.

Salimos del andén, caminamos un rato siguiendo las indicaciones de unos carteles de madera plantados en la calle, giramos a la izquierda, continuamos un poco más en línea recta y, al final, llegamos ante un gran edificio blanco.

Era un museo de arte.

En el interior del museo, las paredes y el suelo eran blancos y el techo era muy alto. Aunque aún era temprano, ya se veía un montón de gente moviéndose a paso lento. Sus voces animadas, parecidas a un frufrú, eran absorbidas por la blancura del interior

del edificio y, en las paredes que se extendían hasta el fondo, destacaban un sinfín de cuadros iluminados por pequeñas luces cálidas. Al llegar ante el primer cuadro, Kojima me dirigió una mirada rápida. Después adoptó, de pronto, una expresión grave, se quedó contemplando un rato el cuadro sin decir nada y, a continuación, pasó rápidamente al siguiente.

Yo la seguía unos pasos por detrás, iba mirando los cuadros por orden y, luego, miraba cómo ella los miraba.

Kojima primero los observaba desde cierta distancia; después se aproximaba uno o dos pasos, despacio, con los labios apretados con fuerza, y, tras analizarlos durante un rato, volvía a mirarme a mí a la cara. Tenía el ceño fruncido y no parecía divertirse en absoluto: al contrario, escrutaba los cuadros con cara de sufrimiento. Leía con gran atención las explicaciones que había al lado y, de pronto, se apartaba de un salto, como si se le hubiera ocurrido algo de repente, suspiraba y se dirigía hacia el siguiente cuadro igual que si tiraran de ella.

Allí solo había cuadros raros.

En lienzos pintados de rojo y verde, novias y animales bailaban con las manos entrelazadas mientras un ser parecido a una cabra los acompañaba tocando el violín; bajo un gigantesco ramo de flores ardiendo, una mujer y un hombre se abrazaban.

Eran como mundos salidos de un sueño, un conjunto de imágenes inconexas puestas una junto a otra. Pero no era un sueño plácido. Incluso la alegría que expresaban era una alegría horrenda, y la tristeza, algo horriblemente frío. Un color azul pintado a brochazos contrastaba con violencia con una cosa amarilla que parecía un remolino que se aproximara; había un circo muy animado rodeado de un montón de gente con la boca abierta. Encima de un pueblo cubierto de nieve, un hombre envuelto en una tela blanca rezaba con los ojos cerrados. Pese a la destrucción, todos los cuadros recogían el instante de celebración del nacimiento de algo. En todos ellos había muchos mundos abigarrados. Personas atrapadas por un sol que parecía un molino

de viento. Peces arrojados a la orilla. Un caballo silencioso con los ojos más humanos que los propios seres humanos. Una novia muy pálida.

—¿Los estás mirando?

Estaba abstraído delante de un cuadro cuando oí la voz de Kojima. Le respondí que sí, que los estaba mirando.

—¿Y qué? ¿Hay alguno que te haya gustado en particular? —me preguntó en voz baja.

—Pues no tengo ni idea —le dije. Me tranquilicé un poco al ver que tenía una expresión más distendida—. *Heaven* es el nombre del museo, ¿verdad? —quise saber.

—No, qué va. *Heaven* es un cuadro. —Kojima me miró resoplando un poco por la nariz—. Mi cuadro preferido.

—¿*Heaven* es el título del cuadro?

—No —dijo Kojima sacudiendo la cabeza—. Los cuadros de este pintor son increíbles, pero los títulos son tan insípidos que te deprimen. Mira, ¿qué te parece este?

El título que ponía en la placa que me señalaba Kojima, comparado con el cuadro, era realmente aburrido.

—Es malísimo, ¿verdad?

—¡Uy, sí! —reí yo.

—Sí, ¿no? Por eso les he cambiado el nombre.

—¿Tú?

—Sí, yo. —Kojima sonrió con orgullo—. En el cuadro salen unos novios que comen tarta en una habitación. Hay una alfombra roja y una mesa, preciosas las dos, ¿sabes? Y como aquellos novios pueden alargar el cuello tanto como quieran, pueden ir adonde les parezca y hacer lo que sea y luego volver a juntarse enseguida. Es práctico, ¿no?

—Muy práctico.

—Sí, ¿verdad? —sonrió Kojima alegremente—. Y aquella habitación, ¿sabes?, a primera vista, dirías que es una habitación normal de una casa normal, pero, ¿sabes?, en realidad, es *Heaven*.

—¿El paraíso?

—¡No! *Heaven!* —dijo Kojima con la cabeza algo ladeada, remarcando bien las palabras.

—¿Y lo de *Heaven* es porque los novios están muertos? —pregunté de nuevo.

—A esos novios les ha pasado algo horrible, ¿sabes? Algo muy triste, tristísimo —dijo Kojima con una voz muy profunda que le venía del fondo de la garganta—. Pero los dos han podido superarlo. Y, por eso, ahora pueden vivir lo que para ellos es la máxima felicidad, que es eso. Aquella habitación que parece tan normal, adonde han llegado después de vencer todas las dificultades, en realidad es *Heaven*. —Al decirlo, soltó un suspiro y se frotó los ojos—. *Heaven*... Siempre miraba este cuadro en los libros de arte. Siempre, siempre lo miraba.

—Ya.

—Pero, ¿sabes?, y eso no solo pasa con *Heaven*, si miras mucho los libros de arte, luego los de aquí te parecen todos de mentira. Fíjate —dijo Kojima—. Están ordeñando en la cara de un caballo. Y el caballo lleva un collar de mujer.

—¡Qué colores tan bonitos! —dije. Era muy cálido, pero sí, realmente era un cuadro extraño. Caras muy grandes, grandes superficies de color. Nos quedamos un rato contemplándolo.

—Además, fíjate —dijo Kojima en voz baja—. Los dos ojos, el del caballo y el del hombre verde, están unidos por una línea blanca.

En el instante en que la palabra *ojos* salía de sus labios, a mí me dio un vuelco el corazón.

Kojima se quedó mirando el cuadro en silencio.

Algo detrás de nosotros, un niño pequeño que justo empezaba a andar se soltó de repente de la mano de su madre, echó a correr, chocó con las piernas de Kojima, que estaba de pie, se cayó y rompió a llorar a gritos. Al oír el llanto del niño, Kojima se asustó y se quedó rígida. La madre lo levantó del suelo tirándole de la mano y pidió disculpas a Kojima. Ella, con aire de no saber qué hacer, inclinó también la cabeza. Cuando madre e hijo se alejaron, Kojima los siguió con la vista, suspiró y, luego, se volvió hacia mí y me miró, todavía con ojos asustados.

Me preocupaba su expresión amarga, triste, pero ella volvió al cuadro enseguida sin darme tiempo a decir nada, así que la seguí

sin abrir la boca.

—¿Y dónde está *Heaven*? ¿Falta mucho? —le pregunté algo después.

Kojima se giró hacia mí y, por un segundo, me dio la impresión de que era mi propia cara la que tenía delante.

—Sí. *Heaven* está al fondo de todo. —Lo dijo en voz muy baja. Y luego añadió—: Pero estoy un poco cansada. Quiero descansar un rato.

Al salir, Kojima se sentó en un banco y se quedó inmóvil, callada.

—Voy a comprar algo de beber, ¿qué te traigo? —le pregunté, pero ella me dijo que no tenía sed y que no quería nada, así que fui hasta la máquina de las bebidas y me compré algo para mí.

El sol estaba ya muy alto y, solo con estar sentado allí, notaba cómo el sudor me corría por la nuca y los costados. Unas gotas de sudor brillaban bajo la nariz de Kojima. Desde el banco donde estábamos se veía una gran explanada que se elevaba un poco en el césped, y muchas familias o parejas habían extendido mantas de pícnic y estaban comiendo encima. También los había que jugaban a la pelota y otros, tumbados, se habían quitado algo de ropa para tomar el sol. Además había unos árboles enormes y se veía a algunas personas leyendo apoyadas en sus troncos. «El pico del verano», pensé. Desde lo alto, el cielo vertía generosamente sobre la gente su color azul. Kojima estaba inmóvil, agarrando con las dos manos el bolsito del gato que tenía en el regazo. Tomé un sorbo de refresco y me di cuenta de que apenas tenía sed.

—¿Te encuentras mal? —le pregunté tras dudarlo mucho.

Kojima hizo varios gestos negativos con la cabeza. Luego, como si de pronto se acordara de algo, negó otra vez. Asentí y dirigí los ojos de nuevo hacia la gente del césped. Pensé que todo aquello parecía un cuadro. Por delante de nosotros iban pasando personas de todo tipo. Yo me iba enjugando el sudor de la frente con la base del dedo pulgar.

Al rato le pregunté a Kojima si no sería mejor volver a casa. Ella sacudió la cabeza sin responder.

—¿Tristopamina? —me atreví a preguntarle.

Pero tampoco contestó nada a esto. Arrepentido de haberlo dicho, no me quedó otra que quedarme sentado, inmóvil.

Al cabo de un rato me di cuenta de que Kojima estaba llorando. Lloraba sin hacer ruido, con la cara vuelta ligeramente hacia el otro lado, y se frotaba los ojos con fuerza, esparciéndose las lágrimas por las mejillas con la palma de la mano. Yo me quedé mirando hacia el suelo mientras agarraba con las dos manos el refresco ya tibio. Me habría gustado decirle algo a Kojima, que, en silencio, sollozaba a mi lado, pero como no fui capaz de encontrar las palabras, todo quedó en la intención.

—Es que son tantas cosas... —me dijo ella un poco después y, tras frotarse la cara con la palma de la mano, se volvió hacia mí y añadió en voz tan baja que apenas se oía—: Perdona, ¿eh? Justo un día como hoy, yo... —Kojima me miró sonriendo con aire incómodo como si quisiera disimular su cara llorosa, pero a mí me dio la impresión de que aún estaba llorando.

Tenía los ojos rojos y, por un agujero de la nariz, le asomaba una bola de mocos que avanzaba y retrocedía al compás de su respiración. Incluso el pasador que le sujetaba el duro y abultado flequillo parecía ir a caerse de un momento a otro. Mirándolo bien, en la mejilla derecha tenía una mancha ovalada sin color, como si se le hubiese levantado la piel. Nunca había observado a Kojima de tan cerca y la noté mucho más vulnerable de lo que la había visto jamás. Hacía pensar en un animalito débil e indefenso, a merced del primero que quisiera llevárselo. En realidad, los dos éramos frágiles, pero la Kojima que estaba sentada conmigo en el banco me parecía más pequeña que cualquier niño que hubiera visto antes. Mucho más débil e impotente que la Kojima que veía siempre en la escuela. Me sentí terriblemente triste. Y yo, que lo único que podía hacer era quedarme mirando sin hacer nada, era tan débil e impotente como ella.

No sabía por qué lloraba, pero ambos nos quedamos callados, solos los dos. Kojima iba pasando el dedo índice por encima de la cara del gato, como en el tren. Me dije que debía de ser un tic nervioso. Algo después, como si la tensión hubiera desaparecido,

levantó de pronto la cabeza, clavó los ojos en el cielo y dijo:

—Con tanto sol, no dan ganas de moverse, ¿verdad?

El cielo azul de julio absorbía el verano; no avanzaba ni un milímetro por encima de nuestras cabezas.

—Es como si estuviéramos encerrados —comentó Kojima sonriendo un poco.

—Parece una tapa —dije.

Luego metió la mano en el bolsito, sacó un pañuelo de papel y me preguntó si podía sonarse. Le respondí que no me importaba y se sonó con todas sus fuerzas, ruidosamente.

—Qué suerte que hoy tenga pañuelos de papel a mano —me dijo mientras sorbía—. Después de sonarme tan fuerte me siento mejor.

—¡Qué bien! —dije.

—Es que nunca llevo pañuelos de papel encima.

—Ya.

—Pero es una suerte que hoy sí.

—Claro —asentí.

—¿Quieres sonarte tú también? —preguntó Kojima.

—Ahora no tengo ganas —contesté. Me miré a mí mismo—. Ahora que lo dices, yo no llevo nada encima. Solo el monedero.

—¿Y tu lápiz favorito? ¿No lo llevas?

—No iba a traer solo el lápiz. Sin nada para escribir.

—Ya. Por eso todo el mundo lleva encima una agenda —dijo Kojima.

—Es que no me cabe en los bolsillos del pantalón, son demasiado pequeños —me excusé posando los ojos en la parte de la cadera de mis vaqueros.

—Yo, aquí dentro, tampoco llevo casi nada. —Kojima abrió el bolsito y me mostró el interior—. El monedero, ¿ves? Y los pañuelos. Y también unas tijeras, ¿ves? Nada más.

—¿Llevas unas tijeras? —Lo dije un poco sorprendido.

Kojima asintió con cara de apuro. Luego añadió precipitadamente:

—¡Ah, no! No pienses mal. Ya no corto nada.

—Que no, que no pasa nada. Por mí, puedes cortar lo que

quieras —le aseguré—. Es que no esperaba que fueras con unas tijeras al museo. Me ha sorprendido un poco, nada más.

—No es que las haya traído al museo —se avergonzó Kojima.

—Ya, claro —dije en tono de disculpa.

—Es que siempre las llevo encima, excepto para ir a la escuela... Pero no hago nada, no vayas a pensar... Solo las llevo y ya está. No es que me sienta más segura con las tijeras encima, pero, de todos modos... —dijo, cerró el bolsito, enrolló la correa y se lo volvió a poner en el regazo—. Ya sé que es un poco raro. Lo siento. —Kojima se cubrió la cara con las manos y soltó una risita, avergonzada.

Desde el césped llegaban gritos de alegría de hombres y mujeres; pasaron varias bicicletas por delante de nosotros. De pronto, me cegaron unos fuertes destellos de luz y, al mirar en aquella dirección con los ojos entornados, vi que alguien estaba desplegando una esterilla de pícnic de color plateado al otro lado del césped.

Tras pensármelo un momento, le dije:

—Kojima, saca las tijeras.

Kojima, que mantenía el bolsito asido con las dos manos, alzó las cejas y me miró con cara estupefacta.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¡¿Por qué?!

—¡Por nada! —reí.

—¿Por qué te ríes? —me dijo mirándome con cara desconcertada—. No te rías, ¿vale?

—Perdona. No me estoy riendo de ti —reí.

—¿Y de qué te ríes? —preguntó severamente, aún con cara de desconcierto.

—No me estoy riendo.

—¡Y tanto que te ríes!

—Eso es porque no escuchas lo que te estoy diciendo —dije riendo.

—Pero ¿qué dices?... Si te estoy escuchando desde hace rato —me soltó con brusquedad y, luego, enmudeció.

Los dos estuvimos un rato en silencio, mirándonos las puntas de los zapatos. Los míos eran casi el doble de grandes que los suyos. Pensé que los pies tenían una forma muy extraña. Estaba absorto mirándolos y pensando en esto, cuando Kojima me dio una patadita en un lado del zapato y yo se la devolví. Tras repetir lo mismo varias veces, ella pegó su zapato al mío y me dijo:

—¡Qué grande es!

Le respondí sonriendo que claro, que yo era un chico.

—Claro —asintió Kojima.

Luego volvimos a quedarnos los dos en silencio.

—Oye, una cosa, Kojima. Mi pelo... puedes cortarlo si quieres. —Se lo dije un rato después—. Una vez hablamos de eso, ¿no? Es por lo que decías de la norma... Pues mira, cuando te haga falta, puedes cortarme el pelo a mí, ¿vale?

Kojima se me quedó mirando fijamente con la boca abierta.

—¿El pelo?... ¿Y por qué?

—No sé, he pensado que el pelo podría servir.

—¿El pelo? ¿De qué parte?

—Pues de cualquier sitio. Bueno, si me lo cortas a lo bruto, tendré un problema. No, tampoco es que vaya a tener un problema, solo que no me importará en absoluto que lo cortes si lo haces de manera que no pierda la esencia de pelo, tal como tú me explicaste una vez.

Al oírme, ella intentó decir algo mientras se frotaba el dorso de la mano izquierda con la derecha, pero, al parecer, no encontró las palabras.

—Cuando te sientas insegura o demasiado segura... Era eso, ¿no? Entonces puedes cortarme el pelo. Así no hará falta que cortes folletos ni cosas así, a escondidas, en tu casa. Puedes cortarme el pelo a mí cuando quieras —dije.

Kojima se me quedó mirando fijamente. Minúsculas gotas de sudor le brotaban de todos los poros del rostro; en algunos trozos, la piel parecía hinchada. Ya se acercaba el mediodía y la temperatura había ido subiendo deprisa. En el cielo no se veía ni una sola nube y, en el lugar donde estábamos, no había ningún tipo de sombra. De vez en cuando, soplaba de repente una ligera

ráfaga de viento que acariciaba nuestras siluetas. Poco después, sin haber apartado los ojos de mí, Kojima asintió como si se hubiese quedado sin fuerzas.

Mirando hacia el suelo, abrió muy despacio el bolsito que tenía en el regazo, metió la mano derecha más despacio todavía y sacó las tijeras. Su pelo abundante le tapaba la cara, de modo que yo no podía ver su expresión. Por lo visto, tras sacarlas del bolsito, se quedó un momento observándolas. Eran unas tijeras para trabajos manuales, con los anillos y el mango de plástico amarillo y las puntas redondeadas. Había trozos manchados de pintura y otros que habían perdido el color: a primera vista, eran unas tijeras bastante viejas.

—Las tengo desde primero —me dijo algo después con voz opaca, mirando las tijeras que tenía en la mano.

—¿Desde primero? ¿Desde el año pasado?

—No. Desde primero de primaria.

—¡Desde hace ocho años! —me sorprendí.

—¿De verdad no te importa? —me preguntó en voz baja—. ¿De verdad puedo cortarte el pelo?

—Sí, en serio. No pasa nada —contesté.

Kojima cogió las tijeras con la mano derecha mientras, con la palma de la izquierda, envolvía las hojas plateadas, y se quedó un rato mirándolas fijamente. Por lo visto, todavía estaba pensando algo.

—¡Venga! ¡Adelante! —dije bromeando. Enderecé la espalda, me puse la mano sobre los ojos a modo de visera y me senté dándole la espalda.

Kojima permaneció un rato inmóvil, pero pronto noté cómo me tocaba la cabeza con la mano.

Introdujo los dedos entre los mechones de pelo de detrás de la oreja, agarró uno, hizo que los cabellos se le deslizaran entre los dedos, soltó los que sobraban. Puso la mano con la que sostenía las tijeras algo por encima de mi coronilla, pinzó el mechón entre las hojas y, enseguida, se oyó un tris tras. Se me puso la piel de gallina; al mismo tiempo, oí como a Kojima se le escapaba un pequeño suspiro de los labios.

Cuando me volví, estaba quieta, con los ojos bajos, agarrando con la mano izquierda el mechón de pelo que acababa de cortar y con la derecha las tijeras entreabiertas. Por lo visto, me había cortado, cerca del nacimiento, un mechón de pelo de unos dos centímetros de ancho y más de diez centímetros de largo. Nos quedamos unos instantes en la misma posición, sin movernos.

Con los ojos bajos y la cara vuelta hacia el otro lado, Kojima alargó la mano con la que agarraba el mechón de pelo y me la puso debajo de la nariz.

—Oye, ¿y la cara? Que yo solo con la mano no hago nada —reí.

Al oír mi voz, como movida por un resorte, Kojima levantó un rostro muy colorado y sonrió con una expresión que era de apuro y, a la vez, alegre y tímida y llorosa y desconcertada.

—¿Qué…? —dijo Kojima como si empujara las palabras hacia fuera. Me miró con la cara aún muy colorada, apartó los ojos y, luego, volvió a mirarme otra vez.

Yo todavía tenía delante de la boca la mano que agarraba el mechón de pelo e hice como que me la iba a comer. Al verme, Kojima se echó a reír y yo, al verla a ella, también me reí.

—Tengo mucho pelo, así que, si quieres, puedes cortar más —le dije mientras me tocaba el lugar por donde habían pasado las tijeras. Tal como era de esperar, no notaba ninguna diferencia entre antes y después de que me lo cortara, pero lo cierto era que una parte de mi pelo estaba ahora en la mano cerrada de Kojima.

Ella se quedó mirando fijamente el pequeño mechón, sacó un pañuelo de papel, lo envolvió y se dispuso a guardarlo en el bolsito. Le pregunté qué hacía con las cosas que cortaba y ella me respondió que las tiraba enseguida.

—Tíralo entonces —le dije—. Tienes que hacer igual que siempre.

Kojima dudó unos segundos.

—Pero es que no es igual que siempre.

—Sí que lo es —insistí—. Tienes que hacer lo mismo de siempre.

Sin embargo, ella todavía permaneció un rato con la vista

clavada en el mechón de pelo incapaz de tomar una decisión.

—No pasa nada. Abre la mano cuando yo te lo diga, ¿vale?

—No puede ser.

—Pues claro que sí —dije—. No pasa nada de nada. Puedes volver a cortarme el pelo cuando quieras. Mira.

Kojima estaba inmóvil, agarrando con fuerza el mechón de pelo.

—No puedo hacerlo.

—Claro que puedes.

Kojima parecía algo inquieta, pero, un poco más tarde, cuando se lo dije, abrió la mano como en un acto reflejo. Apareció una palma de color piel y, un instante después de que ella lanzara un pequeño grito, los cabellos que antes habían formado un mechón flotaron suavemente por el aire y, luego, revolotearon hacia abajo, balanceándose de un lado a otro, y pronto desaparecieron sin dejar rastro.

Después ya no volvimos al museo.

En el tren de regreso jugamos a las palabras encadenadas. Kojima fue animándose poco a poco, yo hice varias bromas y conseguí hacerla reír. No habíamos comido nada y teníamos el estómago tan vacío que no paraba de rugir. Nos dimos cuenta de que, por la razón que fuera, cada rugido tenía un timbre diferente: también bromeamos y nos reímos de esto. Sin embargo, a medida que nos acercábamos a la estación, nos fuimos quedando sin palabras, tampoco mirábamos mucho el paisaje y, al final, nos limitamos a dejarnos mecer en silencio por el traqueteo del tren.

Al llegar a la estación, todo era tediosamente igual que siempre, pero también allí el atardecer de un día de verano se aproximaba como una pálida sombra que se alargaba sin objeto. El verano en el que habíamos estado inmersos en el parque y el verano que flotaba en el aire de la estación tenían unos componentes completamente distintos, no se parecían en nada el uno al otro. En silencio, para

que nadie se diera cuenta, el sudor se nos iba enfriando entre la camisa y la piel, y los dos empezamos a adoptar una postura rígida. No dijimos nada, pero tanto ella como yo lo sabíamos muy bien.

Kojima me dijo adiós y agitó la mano. Yo también le dije adiós. Tras mirarme fijamente, echó a andar, dobló una esquina y desapareció.

Permanecí unos instantes allí de pie, eché un vistazo circular a mi alrededor. Estábamos a principios de verano y yo me hallaba justo en medio de la estación, de pie; aquel era el mismo lugar donde por la mañana temprano me había encontrado con Kojima. Por más que lo pensara, no me parecía real.

3

Terminé todos los deberes durante la primera semana de vacaciones y, después, como no tenía nada que hacer, me pasaba la mayor parte del día leyendo en mi habitación. No fui a ninguna parte.

A la hora de las comidas, mi madre me llamaba y comíamos juntos, como siempre. Mi padre casi no aparecía por casa. Y las pocas veces que venía, se marchaba enseguida.

Al no haber clase, no tenía por qué ver a nadie ni había nadie que tuviera que verme a mí: llevaba una existencia tan plácida como la de un mueble. Vivir sin que nadie se diera cuenta de que existía me daba una enorme seguridad. Claro que no era más que una paz temporal, pero la certeza de que, mientras estuviera en casa, no podrían ponerme un solo dedo encima me hacía sentir muy tranquilo. Por supuesto, esto quería decir que yo tampoco podía tener ningún contacto con nada ni con nadie, pero era inevitable.

A veces pensaba muy en serio lo fantástico que sería que Ninomiya se olvidara de mí.

Cuando acabaran las vacaciones de verano y yo volviese a la escuela, Ninomiya y su panda me habrían olvidado por completo y mi presencia ya no les despertaría ningún sentimiento, ninguna reacción. Durante las vacaciones les habría ocurrido algo, se habrían transformado en personas distintas y ya no mostrarían interés hacia mí. Aunque sabía perfectamente que imaginar este tipo de cosas me deprimía aún más, me pasaba el día dándoles vueltas a aquellas estupideces; incluso había llegado a rezar para que se cumpliesen. Sin embargo, cuando me encontraba así, a salvo en casa, me daba la impresión de que todo lo de la escuela era solo parte de una historia que había leído en el pasado por

casualidad. Incluso tenía la sensación de que todo aquello ya no me afectaba a mí.

Durante las comidas, mi madre y yo siempre veíamos la televisión. Todos los días se producían innumerables accidentes y sucesos de todo tipo, y las noticias informaban puntualmente de una parte de ellos. Sentencias judiciales, anuncios de compromisos matrimoniales, índices de popularidad, asesinatos y tornados: realmente pasaban muchas cosas.

Días atrás se había conocido la noticia del suicidio de un estudiante de secundaria debido al acoso escolar.

En un plató oscurísimo, un rayo de luz iluminaba una hoja de papel encima de un pupitre mientras se oía cómo una voz iba leyendo las líneas de un diario personal que parecía un testamento. Al acabar la lectura, el director y otras personas pidieron perdón inclinándose ante las cámaras; sacaron algunas entrevistas de alumnos con las caras pixeladas. En sus declaraciones, tanto la familia como los profesores y los compañeros de clase coincidieron en decir que no se habían dado cuenta de nada de lo que estaba sucediendo. Él —el chico muerto— ¿qué tipo de cosas habría tenido que soportar? Según las noticias, lo obligaban habitualmente a darles dinero, le robaban cosas y, encima, lo sometían a brutales vejaciones.

Si apagaba el televisor, aquella noticia desaparecía, pero lo que ocurría en mi vida quedaba tal cual. No iba a desaparecer así como así. Al pensarlo, sentí de pronto el impulso de echarme a gritar a pleno pulmón y, para reprimirlo, me repetí que, a fin de cuentas, lo que me pasaba a mí quizá no fuera tan terrible en comparación. Pero eso me hizo sentir aún peor. ¿Había algo más mezquino que valerse, de una forma u otra, del sufrimiento de un chico que se había suicidado para tranquilizarse? Además, en realidad, no era más que engañarse a uno mismo, quedarse sin hacer nada para resolver el problema.

Entonces intenté convencerme de que, al igual que las vacaciones de verano llegarían a su fin, también la vida escolar tendría un final y, algún día, también acabaría el acoso que tanto me hacía sufrir. Pero eso tampoco me animó realmente.

Por más que la escuela terminara, aunque el entorno fuese distinto, nada cambiaría sustancialmente mientras tuviera estrabismo. No solo no se produciría ningún cambio, sino que incluso podía llegar a ser mucho más trágico. Además, quizá ya estuviese todo decidido, solo que yo entonces no lo sabía. Era posible que algún día también yo muriera, como aquel estudiante de las noticias. O que me mataran. Podía ser que, en realidad, ya estuviese muerto. Aquellas ideas empezaron a ocupar mi cabeza y acabé por no saber qué estaba pensando, poseído por el horror y por las náuseas.

Me planté ante el espejo y me observé la cara. El ojo derecho se desviaba hasta el rabillo y era imposible saber qué estaba mirando. Era inquietante. Me acerqué. Por más que pegara el ojo al espejo, jamás lograba atraparlo. Mi ojo parecía un enigmático pez de las profundidades que se limitara a estar allí, húmedo, inmóvil.

¿Y Kojima? ¿No se habría sentido avergonzada alguna vez de que la vieran andar junto a una persona con un ojo como el mío? ¿Aquel día en el museo, por ejemplo? El hecho de que nunca habláramos en clase, ¿no se debería a esto? ¿Qué pensaba Kojima en realidad de mi ojo? ¿Qué pensaba de mí? Estas preguntas me vinieron a la cabeza cientos, miles de veces.

Sí, pero...

¿Qué pensaba yo de Kojima? ¿Por qué no hablaba nunca con ella en la escuela? ¿Por qué no podíamos ni intercambiar una mirada? Pues... esto se debía a que yo tenía miedo de Ninomiya y su panda. ¿Tenía miedo? ¿Miedo de qué? ¿Miedo de que me hicieran daño? Si eso era lo que temía, lo que me aterraba, ¿por qué no podía intentar cambiarlo en la medida de lo posible? Para empezar, ¿qué significaba hacer daño? Me acosaban, me trataban con brutalidad. Pero ¿por qué tenía que someterme así, por las buenas? ¿Qué significaba obedecer? ¿Por qué tenía miedo? Sí. ¿Por qué tenía miedo? ¿Qué diablos era el miedo? Por más vueltas que le daba, no conseguía encontrar una respuesta.

Logré alejar, mal que bien, estos pensamientos y, harto de leer y de

reflexionar, me quedé apoyado en la pared, con la cabeza en las nubes. Me quité las gafas y me froté los ojos. Con fuerza, una vez tras otra. Los libros alineados en la estantería y las patas de la mesa se superponían de una manera inestable, como siempre, y la habitación no olía a nada. Me bajé la cremallera del pantalón, me saqué el pene, lo agarré, agité la mano, rodeé la punta con un pañuelo de papel, eyaculé. Con ello, mi inquietud y ansiedad disminuyeron un poco. Envolví el pañuelo con el esperma en otros pañuelos limpios, hice una bola y la dejé junto a mi almohada para llevarla después al lavabo y tirarla al váter. Solo me masturbaba cuando me dominaba aquella ansiedad indescriptible, aunque, a la vez, tan familiar. No quería mezclar lo que me hacía sentir feliz o lo que me alegraba el corazón con las eyaculaciones o con el deseo de eyacular. No sabía muy bien por qué, pero cuando me masturbaba jamás pensaba en Kojima. No habría podido hacerlo.

A ratos oía cómo mi madre pasaba la aspiradora o lavaba los platos. Pero ella nunca entraba de repente en mi habitación. Yo estaba con los ojos cerrados y la mano todavía alrededor del pene, empequeñecido después de eyacular, oyendo a lo lejos aquellos sonidos, tan nítidos que se podían separar unos de otros, y sentía cómo mi cuerpo se iba hundiendo sin cesar. Iba haciéndose más y más pesado, como si fuera de plomo, se hundía en la alfombra, hacía presión hasta atravesar el suelo y seguía hundiéndose hasta el infinito. Cuando esta sensación se volvió angustiosa, me incorporé, introduje el pene dentro de los pantalones, abrí la ventana, me asomé y miré hacia el exterior. Por la ventana se veían muchas cosas, pero a mí no me veía nadie. Parecía que el verano gigantesco que había en el exterior no se moviera un milímetro, igual que yo. Y me pregunté qué estaría haciendo Kojima en un día como aquel.

*

Llegó agosto y pasó la festividad del O-bon:[1] definitivamente, las vacaciones estaban tocando a su fin.

Algunas veces mi madre parecía que fuera a decirme algo,

pero acababa por no decir nada en particular. En ocasiones veíamos la televisión sentados juntos en el sofá. Cuando me pedía que bajara a mirar el buzón, veía a niños pequeños, con o sin bañador, que llenaban de agua una piscina de plástico empuñando una manguera mientras soltaban unos gritos que casi parecían lamentos.

Tenía muchas ganas de ver a Kojima.

Faltaban diez días para que empezaran las clases.

No podía pensar en otra cosa. Se me pasó por la cabeza telefonearla (podía encontrar sus señas en la lista que nos habían dado en primero), pero me dije que Kojima también tenía mi número y que, si le apeteciera hablar conmigo, ya llamaría ella, de modo que decidí no hacerlo. Luego, enseguida cambié de parecer diciéndome que quizá ella pensara lo mismo y, en aquellos momentos, estuviera esperando mi llamada. ¿Qué debía hacer? Seguí dándole vueltas, tratando de recordar todos los detalles posibles de la última vez que nos habíamos visto. Cómo había llorado, cómo me había cogido con dulzura el pelo y me lo había cortado. El tacto del asfalto caliente o de la tierra reseca bajo nuestros pies. Mi pequeño mechón. Y, entonces, sentí que realmente habíamos pasado, los dos juntos, un tiempo muy íntimo, y mi corazón empezó a latir con tanta fuerza que casi me dolió. Mientras iba rememorando una cosa tras otra, empecé a creer que llamarla tal vez no fuese tan mala idea, pero me daba vergüenza telefonear a su casa. Al fin, tras darle muchas vueltas, decidí buscar su dirección en la lista, apostarme cerca de donde vivía y aguardar a que saliera. Entonces iría tras ella, esperaría el momento oportuno y la llamaría simulando habérmela encontrado por casualidad.

La casa de Kojima estaba al otro lado de la alameda. Aquel paisaje, tan familiar, me recordó todo lo de la escuela hasta la náusea. Dentro de diez días me arrastraría otra vez por allí con un estado de ánimo muy distinto al de ahora... Seguro que mucho peor aún. Me di unas palmadas en la cara con las dos manos, exhalé una bocanada de aire y, fingiendo un ímpetu que no tenía, eché a andar.

Seguí el itinerario que había estudiado de antemano y logré llegar a mi destino casi sin dudar. Enseguida supe cuál era la casa de Kojima. Era un edificio sólido, magnífico, de ladrillo marrón. En el portal había colgado un grueso e imponente rótulo de piedra. Jamás había visto otro igual. Era un tipo de rótulo muy extraño: cuanto más lo mirabas, menos parecía un rótulo y más recordaba a la lápida de una tumba pequeña. Al otro lado del portal había plantados varios árboles que no sabía cómo se llamaban pero que tenían unos nudos magníficos y las ramas retorcidas. Al fondo del todo se alzaba un robusto edificio de dos pisos, muy grande, y de todas las ventanas colgaban unas cortinas blancas de encaje perfectamente corridas. Daba la impresión de ser una casa lujosa, no muy nueva pero tampoco vieja. Al verla, me quedé un poco sorprendido.

Me escondí en un lugar desde donde se veía el vestíbulo y permanecí al acecho. Con el sudor, las gafas se me resbalaban y yo me las empujaba con el dedo hacia arriba del puente constantemente. Pero las gafas no paraban de resbalárseme por la nariz.

Me parecía que llevaba allí mucho tiempo, pero no debía de hacer más de diez minutos. Empecé a sentir que, solo por estar allí, estaba cometiendo un acto irreparable y, junto con la sudoración causada por el calor, todo mi cuerpo se cubrió de una transpiración desagradable que nada tenía que ver con la temperatura. Me daba la impresión de que alguien tenía los ojos clavados en mi espalda y me estaba observando mientras yo espiaba de aquel modo una casa ajena. La tensión, como si fuera gas, se me fue acumulando en el estómago, luego fue ascendiendo lentamente por el esófago y entonces sentí como si me apretaran la garganta hasta que empezó a crujir. La tensión me recorría los brazos y me producía cosquillas en las palmas de las manos. Cada vez me costaba más aguantarme: al final escapé corriendo y dejé la casa atrás.

En primer lugar, no tenía la menor idea de qué hacía Kojima durante el día ni de cuándo salía de casa: ¿qué sentido tenía montar todo aquello sin conocer ningún dato? Me lo repetí sin parar mientras huía de allí. Por el camino me giré muchas veces y

me tranquilicé al ver que no se había producido ningún cambio. Además, incluso en el caso de que Kojima saliera por azar, ¿cómo podría fingir que era una coincidencia? ¿Cómo podría estar cerca de su casa por casualidad cuando aquello nunca había ocurrido antes y nunca ocurriría después? «Pero no —me dije—. Una casualidad es justamente eso. Sería una coincidencia puntual...» Cuantas más vueltas le daba, más se enredaban todas las ideas en mi cabeza y acabé por no entender nada. Al llegar a la alameda, más allá de la escuela, sentí de pronto que mi cuerpo desfallecía y estuve a punto de acurrucarme en el camino. Noté los muslos fríos bajo los pantalones. Permanecí un rato allí, inmóvil, de pie.

Kojima me llamó dos días después.

Por la mañana sonó el teléfono una vez, pero cuando mi madre se puso, colgaron sin decir nada.

—Se ha cortado.

Mi madre lo dijo como si hablara consigo misma, colgó y volvió a la cocina. Poco después me dijo: «Te dejo el almuerzo en la nevera, hoy comes tú solo, ¿eh? Es que tengo que salir un rato», y se fue. Al abrir la nevera encontré un plato de soba envuelto en film transparente. Como no tenía muchas ganas de comer, me senté en el sofá sin hacer nada y, entonces, volvió a sonar el teléfono. Era Kojima.

En cuanto oí «Hola», supe que era ella, pero me quedé sin palabras. Me dijo: «¡Cuánto tiempo sin vernos!», y yo le dije: «¡Cuánto tiempo sin vernos!»; luego hubo un corto silencio como si nos quedáramos escuchando el blanco chisporroteo de la línea; entonces Kojima me dijo: «Qué difícil, ¿eh?, por teléfono», y yo le dije: «Es práctico»; después volvió a decir algo y asentí. Me salió una voz tan rara que no parecía la mía. Kojima me comentó algo sobre esto; luego dije otra cosa; Kojima soltó una risita y hablamos de vernos antes de que empezaran las clases.

«¿Qué tal mañana?», me preguntó Kojima. «Muy bien», le respondí. Quedamos en la escalera de incendios. Antes de colgar, me acordé de pronto y le pregunté: «Oye, Kojima. ¿Has llamado

esta mañana a casa?». Ella me dijo que no.

*

Después de alrededor de un mes sin verla, encontré a Kojima algo cambiada. Sin embargo, el pelo seguía saliéndole disparado por aquí y por allá y, junto con un vestido marrón que parecía un delantal, llevaba las mismas zapatillas deportivas de siempre. De las mangas abullonadas salían un par de brazos delgados, tan tostados por el sol como el rostro, y estaba plantada en el rellano sobre dos piernecillas que parecían palos.

—¿Ha ido todo bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Ni bien ni mal —dijo.

De pie, a su lado, contemplé la ciudad. Había subido en ascensor, pero solo con ir hasta allí por el pasillo, ya notaba cómo el sudor brotaba de todos mis poros. Me enjugué la frente con un pañuelo y traté de arrimarme a Kojima de forma natural, espontánea, pero el gesto resultó algo forzado. Su rostro también estaba bañado en sudor. Sentí el impulso de alargar la mano y secárselo con el pañuelo. Estaba extrañamente nervioso. Me sentía algo culpable por haber ido aquel día hasta su casa a espiar, como si hubiera querido robar algo.

Mezclados con el tilín de una campanilla que llegaba de alguna parte, los chirridos de las cigarras resonaban como si se pegaran al calor que nos rodeaba.

Luego nos contamos lo que habíamos hecho durante las vacaciones. Yo le dije que no había ido a ninguna parte y que me había pasado casi todo el tiempo leyendo en casa. Me preguntó qué había leído. Le dije algunos de los títulos que recordaba. «¿Eran interesantes?», me preguntó. «Algunos no», le respondí. Kojima bromeó diciendo que parecía un asceta y, contagiado por su risa, yo también me reí. Después Kojima me contó que ella había estado en la playa. «¡Una semana entera!», dijo.

—¿Has ido al pueblo de tus abuelos? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza y me explicó que había ido a ver a su

padre real.

—Ya te lo había dicho, ¿no? Ya te había hablado de mi padre, ¿verdad?

Le respondí que sí, que algo me había contado.

—Mi padre sigue viviendo solo —dijo—. Mis padres se divorciaron cuando yo estaba en cuarto. Y, entonces, mi madre y yo vinimos aquí. Yo quería quedarme con mi padre, pero él, ¿cómo te lo diría?, pues él no tiene dinero, y por eso se divorciaron, aunque no fue solo por eso, ¿sabes? Pero... ¡Uf! Qué mal hablar de eso justo hoy, después de estar tanto tiempo sin vernos.

—¿Mal? ¡Qué va! —le dije—. Habla de lo que quieras. En serio.

Al oírlo, Kojima apretó los labios dibujando una línea, se quedó un instante mirando el dorso de la mano que tenía sobre la barandilla, apoyó el mentón en él y comenzó a hablar lentamente.

—Mi padre tenía una especie de fábrica, pero quebró, ¿sabes? Fue justo al empezar primaria. Acabó con un montón de deudas... En fin, que en casa éramos muy pobres. Pobres hasta el punto de notarlo todos los días: siempre nos faltaba dinero. —Kojima se rascó la aleta de la nariz con el dedo índice—. Mi padre trabajaba y trabajaba, pero todo seguía igual. Por más que se matase trabajando, no cambiaba nada... Oye, en serio: hablar de esto es muy triste, ¿no crees? Hoy es la primera vez que nos vemos desde hace tiempo...

Le dije que no era triste, apoyé el mentón en la barandilla, igual que ella, y esperé a que prosiguiera.

Kojima se quedó un instante mirándome fijamente, como si estuviese pensando algo, pero, poco después, empezó a hablar en voz baja.

—Mi padre es una persona muy cariñosa, ¿sabes? No habla mucho, pero es muy dulce y, aunque no tuviera la culpa de que el trabajo hubiese ido tan mal, él pensaba que era el único responsable, se echaba la culpa de todo. Pero no era verdad, ¿sabes? Se mataba trabajando de la mañana a la noche, pero nunca lo oí quejarse. Además, delante de mí, siempre intentaba sonreír. Cada vez que me veía, me preguntaba si estaba bien. Me hacía la

misma pregunta un montón de veces al día. Creo que lo decía, no sé, como en broma, pero yo ponía cara de que todo iba bien, de que no pasaba nada, y le sonreía. Y siempre iba a clase muy animada. En la escuela de antes había niños que se reían de mí porque éramos pobres, pero eso a mí no me importaba. Y todos los días me vestía bien, me lavaba yo misma los pañuelos, me planchaba el uniforme una vez cada tres días, llevaba las blusas sin una arruga, limpiaba las zapatillas todos los domingos... No tenía dinero, pero eso a mí me daba igual, ¿sabes? Hacía lo que tenía que hacer. Ah, también me peinaba, claro. Era pobre, vale, pero iba bien arreglada... Oye, ¿en tu casa sois ricos?

—Pues no sé. Vivimos en una casa normal y llevamos una vida normal, supongo —dije.

—¿Tu madre trabaja?

—No. Está en casa.

—¡Ah! —Asintió y se rascó con el índice un poco por encima de la sien—. Entonces, debéis de tener dinero.

—¿Ah, sí? —dije.

—Sí, claro —contestó Kojima—. Pues mi madre... Ahora no trabaja, pero entonces estaba harta de llevar aquella vida y empezó a discutir cada vez más con mi padre. Bueno, más que discutir... Porque mi padre, por su carácter, nunca decía nada y, además, sentía vergüenza, así que ella era la única que se peleaba y le reprochaba un montón de cosas a mi padre y todos los días, todos los días, lo insultaba. Pero mi padre nunca decía nada, porque no era capaz, ¿sabes?, y eso, por lo visto, tampoco le gustaba a mi madre. Bueno, más que no gustarle, es que si la persona con la que discutes no dice nada, pues, claro, te quedas allí tú solo sin saber por dónde tirar. Así que mi madre se quedaba ella sola gritando, llorando, y eso pasaba todos los días, uno tras otro. Hacia el final, empezó a arrojarle a mi padre lo primero que tenía a mano y a pegarle y a darle patadas, mientras le gritaba que todo, todo era culpa suya... Era horrible, ¿sabes?, porque lo hacía muy en serio. Y la manera de llorar también era horrorosa. Me acuerdo de que yo pensaba que no era para tanto, solo porque no hubiera dinero... Claro que quizá no fuera solo por el dinero, yo eso no lo sé. Total,

que aquello continuó durante un tiempo, ¿sabes?, y mi madre también perdió el trabajo de media jornada, no teníamos dinero, la relación familiar era un desastre: vamos, que estábamos en un callejón sin salida.

»Un día, mi madre y yo acabamos sentadas, las dos, en un aparcamiento cerca de casa.

»Era un día con mucho sol, muy agradable. Las dos recogimos la ropa tendida y le dije que me iba un rato a jugar con el *pogo stick*... ¿Te acuerdas del *pogo stick*? Pues, en fin, al cabo de un rato, cuando volví a casa, empezó lo de siempre. Solo que, aquel día, fue peor que nunca. Mi madre le arrojó a mi padre un cuenco, le dio en la frente, le hizo un corte y se puso a sangrar. Aquel cuenco era el mío, tenía dibujado un pepino de color verde claro. Después de darle a mi padre en la frente, el cuenco cayó al suelo y, sin romperse, vino rodando hasta donde yo estaba y, pum, se quedó tal cual, de pie. Me acuerdo muy bien de esto, ¿sabes? Me acuerdo muy bien de todo —dijo Kojima.

Asentí.

—Pero mi padre permaneció allí, quieto, sin reaccionar. No dijo nada. Y mi madre, que todavía lloraba, se fue dando tumbos, como si no tuviese fuerzas, y yo tuve un mal presentimiento. Le dije a mi padre: «¡Papá, espera aquí!», y me fui corriendo tras ella. Luego, ¿sabes los topes esos de hormigón que hay en los aparcamientos para los coches?, pues mi madre estaba sentada en uno de ellos, como atontada, yo la vi enseguida porque llevaba el delantal de color rojo y me acerqué corriendo. Mi madre estaba como ida, ¿sabes? Cuando me senté a su lado, siguió con aquella misma cara, de ojos vacíos, y yo la llamé muchas veces: «¡Mamá! ¡Mamá!», pero ella no contestaba. La agarré del brazo y la zarandeé, pero solo se dejaba mecer, nada más, no reaccionaba. Yo no sabía qué hacer. Estaba como loca. Iba a buscar a mi padre, pero enseguida pensé que no, que no podía, y empecé a llamarla otra vez: «¡Mamá! ¡Mamá!», mientras le daba golpecitos en las rodillas. Pero nada de nada. Era como si no me oyera. La llamé y la llamé, pero no sirvió de nada. Yo solo pensaba en qué pasaría si mi madre se había vuelto loca y ya no podía hablar más, ¡tenía

tantísimo miedo...! En aquella época, en clase, estaba de moda el «conjuro al sol», que era que, cuando mirabas el sol de frente, te quedabas sin ver, como ciego, pero decían que si aguantabas treinta segundos sin parpadear se cumplían todos tus deseos y, ¿sabes?, yo aquel día, sentada junto a mi madre, llorando, hice el conjuro. Me quedé mirando el sol de frente con los ojos abiertos como platos mientras decía: «Por favor. Devuélveme a mi mamá». Era un día completamente despejado, sin una nube en cielo, y el sol brillaba con una luz blanquísima, como hoy, y recuerdo que los ojos me dolían muchísimo, pero yo seguía, como si nada, y recuerdo muy bien que pensaba que, aunque me quedara ciega, me daba igual. Pero, por favor, que se cumpliera el deseo. No sé si estuve los treinta segundos o no, pero aguanté allí, clavada, con los ojos abiertos como platos, hasta que empezaron a temblarme los párpados y a caerme las lágrimas a goterones. Pasó bastante tiempo, pero al final mi madre soltó de golpe: «No tenía que ser así». Cuando vi que hablaba, sentí un alivio grandísimo. Al principio, no entendí lo que estaba diciendo, pero poco después repitió: «No tenía que ser así», y yo, como no sabía qué debía responder, me quedé allí quieta, callada. Entonces dijo: «La verdad es que no hay nada que hacer... Nada de nada». Pero no es que ella se estuviera dirigiendo a mí en particular, solo eran palabras que se le escapaban de los labios, y yo, en aquel momento, tuve la sensación de que salían de un modo muy natural del fondo más hondo de mi madre.

Al llegar a aquel punto, Kojima se quedó en silencio, inmóvil. Los dos estuvimos un rato con la barbilla apoyada en la barandilla, contemplando la ciudad.

—Cuando el trabajo le iba bien a tu padre, ¿tenían una buena relación?

Se lo pregunté algo después. Kojima suspiró y me miró fijamente.

—Es que a mi padre las cosas nunca le habían ido bien del todo, ¿sabes? Por más que trabajara, no conseguía salir adelante. Pero, aunque hubiera un montón de problemas, a mí me gustaba muchísimo estar con él, a mí no me importaba ser pobre. Lo

pensaba a veces, ¿sabes? Y lo pensaba cuando era pobre de verdad: sabía muy bien de lo que estaba hablando. Nada que ver con una persona que ha tenido siempre de todo y que va y dice: «Si hay amor, no importa la pobreza». Pero lo que yo creo es que mi madre ya estaba harta, que ya se había hartado de mi padre, que llegó un momento en que ya no pudo aguantar más. Pasamos tres años horribles y, al final, mi tía..., la hermana mayor de mi madre, se metió de por medio, salió lo del tema del divorcio y entonces se divorciaron.

Kojima continuó hablando mientras se secaba, una vez tras otra, las comisuras de los labios.

—Sigo sin entender por qué mi tía tuvo que meter las narices en todo. Pero si es que mi padre no decía nada, ni siquiera con lo del divorcio. No era el tipo de situación en la que necesitas que venga alguien de fuera a resolverte las cosas, ¿no? Pero, ¿sabes?, poco antes del divorcio, mi madre ya tenía al tipo ese que tiene ahora. A mí nunca me lo ha dicho, pero estoy segura de que entonces ya se veía con ese hombre. Lo sé.

Asentí.

—¿Sabes? Mucho mucho antes de eso, cuando en casa las cosas todavía no andaban mal del todo, un día yo estaba comiendo con mi madre. Y, no sé por qué, empezamos a hablar de mi padre. Así, sin más. De por qué se habían casado y cosas por el estilo. No recuerdo si fui yo la que sacó el tema ni por qué salió, no me acuerdo... Total, que le pregunté por qué se habían casado. Entonces mi madre dejó el cuenco y los palillos que tenía en la mano encima de la mesa, se me quedó mirando fijamente y me dijo: «Me casé con él porque me daba pena». Eso dijo, ¿sabes? Que papá le daba pena. A mí eso me sorprendió. Seguí comiendo como si nada, pero me chocaba mucho lo que había dicho, como es natural, y, mientras estábamos recogiendo la mesa, le pregunté: «¿Por qué te daba pena papá?». Y entonces mi madre dijo: «Por todo. De él me daba pena todo».

Kojima permaneció callada un rato como si estuviera pensando.

—¿Dar pena? ¿Qué quiere decir eso exactamente? Después

me lo pregunté. ¿Qué significa «dar pena»? Porque creo que lo entiendo, pero puede que no lo entienda realmente, ¿sabes?

—A mí me pasa lo mismo —dije.

—Después de volver a casarse, mi madre cambió mucho. Se vio rica de la noche a la mañana, no porque hubiera ganado dinero con su propio esfuerzo, sino porque se había casado con un hombre que lo tenía. Pero eso a ella parece gustarle. Empezó a actuar como si toda su vida transcurrida hasta entonces perteneciese a una existencia ya pasada y, solo con oírme mencionar a mi padre, se pone de un humor de mil diablos. Es muy fácil de entender, supongo, pero da la sensación de que ha borrado todo lo de antes, tanto, que a veces me pregunto si no lo hace aposta. Mi padre y yo todavía estamos vivos, pero, para ella, el pasado ya no existe... Es lo que pienso, ¿sabes?, y sé que mi madre está en una posición delicada porque ha llegado a aquella casa llevándome a mí, encima..., entiendo muy bien que no quiera problemas, pero es que, ¿sabes?, y no lo digo porque yo no aguante a aquel hombre..., aunque sí, la verdad es que le tengo una manía horrorosa..., pero es que ese tipo tiene una cara repugnante. ¿Cómo te lo diría? Una cara terriblemente baja, sucia, grosera. Cara de no entender para nada las cosas que valen la pena. Y yo vivo todos los días así, con ellos, ya ves.

Kojima prosiguió, sin esperar a que yo dijera nada.

—Pero, ¿sabes?, estos días he estado con mi padre. Había avisado a mi madre hacía tiempo y, aunque no puso buena cara, me dejó ir. ¡Me puse tan contenta de volver a verlo! Mi padre trabaja con unos masajistas en un sitio de baños termales. Él no da masajes directamente, lo que hace es acompañar y recoger a los masajistas en los hoteles, llevar la contabilidad de los sueldos y cosas así. Mi padre vino a buscarme a la estación y, ¿sabes?, hacía tanto tiempo que no nos veíamos que, al principio, no sabíamos ni de qué hablar, pero enseguida fue todo como antes.

—¿Te lo pasaste bien?

—Mientras mi padre estaba en el trabajo, yo me quedaba en casa esperándolo y, a veces, salía a dar un paseo y, cuando él regresaba, veíamos juntos la tele, cenábamos y nos íbamos a

dormir. Vive en una habitación de cuatro *jô* y medio[2]y su televisor es pequeño, de color negro, y para bañarnos íbamos a los baños públicos del barrio. Como tenía que quedarme en su casa, alguien del trabajo le dejó un juego completo de futón. Cuando lo avisan por teléfono, él tiene que acudir con el coche, ¿sabes?, pero había pedido dos días enteros de vacaciones para estar conmigo y me llevó a un centro comercial muy grande que hay cerca de su casa y estuvimos dando vueltas por ahí, echamos un vistazo por las librerías, fuimos a mirar muebles y electrodomésticos. Mi padre llevaba todos los días el mismo mono de trabajo y unos zapatos que se le caían a pedazos, y eso, al principio, a mí me hacía sentir mal, pero él sonreía todo el rato y estuvimos mirando un montón de cosas y charlando, hasta que llegó un momento en el que pensé que qué más daba, que eso daba igual. Luego fuimos a una tienda de mascotas y estuvimos mirando unos cachorrillos de perro y de gato, y hablamos de las carpas y de las lochas de río que teníamos antes en casa y él se quedó muy sorprendido al ver que me acordaba tanto de todos los detalles y, entonces, mi padre me dijo: «¿Entramos en algún sitio a descansar?», y yo le pregunté si no sería mejor que volviéramos a casa, pero él me respondió que no, que no, y entramos en una cafetería, ¿sabes? Entonces mi padre me dijo que podía pedir todos los pasteles que más me gustaran, que comiera todo lo que quisiera. «Come todos los pasteles que quieras», me dijo sonriendo. «Y con el zumo, igual. Repite tantas veces como quieras.» Y él sonreía, contento. Yo le dije que vale. Que sí. Y aunque los dulces no me gustan demasiado, me comí dos. Me comí una tarta de frutas y un pastel de queso.

De vez en cuando soplaban de frente unas ráfagas de viento muy compactas. Pero no dejaban ninguna huella a su paso y, en el cielo que se extendía ante nuestros ojos, solo se veían unas nubes delgadas que flotaban a lo lejos como si fuesen retazos de algo.

Un buen rato después, Kojima me preguntó en voz baja:

—Oye, ¿crees que Dios existe?

—¿Dios? —repetí—. ¿Qué dios?

—Cualquiera. Un dios que lo sepa todo. Un dios que comprenda muy bien todas las cosas. Que reconozca la hipocresía,

la mentira y la maldad. Un dios que nos conozca a todos a la perfección.

—¿Y tú? —Me salió una voz neutra—. ¿Tú crees que existe?

—Bueno —dijo ella sin mirarme—. No hace falta que sea Dios, pero es que si no existiera un ser parecido a Dios, hay un montón de cosas que a mí me resultarían muy difíciles de entender. Lo del dinero, por ejemplo. Por qué mi padre, a pesar de haber trabajado tan duro, no para él sino para la familia, al final se quedó más solo que la una. Por qué él, que nunca había querido grandes lujos, lleva ahora una vida tan miserable que ni siquiera puede comprarse unos zapatos nuevos y en cambio nosotras, que nos fuimos como si huyéramos, ahora vivimos como vivimos. No sé, pero yo no puedo entender por qué ocurren estas cosas tan absurdas. Por eso pienso que debe de existir un dios que lo vea absolutamente todo y que, al final, dé un sentido a todo lo que hemos sufrido, a todo lo que hemos aguantado.

No supe qué decir a eso.

—Lo que has dicho de «al final», ¿es mientras estás vivo? ¿O después de morir?

Kojima dijo con calma, remarcando bien cada una de las palabras, mientras se echaba para atrás, con la punta de los dedos, los mechones de pelo que le caían sobre la cara:

—Pues creo que hay muchas cosas que alcanzamos a comprender mientras todavía estamos vivos... Y otras que las comprendemos después de morir... Además, no importa mucho el cuándo. Lo fundamental es que el sufrimiento y la tristeza lleguen a tener, sin falta, un sentido.

Cuando acabó de decirlo, enmudeció durante unos instantes y yo también me quedé en silencio como ella. Estaba bañado en sudor. Pellizqué con las yemas de los dedos la camisa que tenía completamente pegada a la espalda y la sacudí para que pasara un poco de aire por debajo.

Kojima separó el mentón del dorso de la mano, se agarró con fuerza a la barandilla, se irguió y levantó la cara.

—Y tú y yo... ¿Por qué...? ¿Por qué crees que todos nos hacen lo que nos hacen?

Aparté los ojos sin responder.

Noté cómo los latidos de mi corazón se aceleraban con un ruido sordo. Tragué saliva.

—Es que ellos... en realidad no piensan. Siguen a alguien y lo imitan sin pensar nada. Solo eso. Nunca se les ha pasado por la cabeza preguntarse qué sentido tiene lo que están haciendo. O qué ganan con ello. Para ellos, nosotros solamente somos una especie de desahogo.

Kojima suspiró.

—Pero, ¿sabes?, todo esto tiene un sentido concreto. Estoy segura de que, al final, después de aguantarlo, nos esperarán unos lugares o unas situaciones a las que jamás habríamos llegado sin pasar por todo esto. ¿No te parece? —dijo Kojima con voz muy clara—. Ellos..., los de clase, no comprenden nada de nada. No saben qué significa lo que están haciendo. No tienen ni idea de cómo hacen sentir al otro haciendo lo que hacen. Nunca han pensado en el dolor del otro. Arman alboroto porque eso es lo que hacen los demás. Solo eso. Y ya está. A mí al principio eso me daba mucha rabia. Muchísima. ¿Sabes? Yo voy sucia porque lo busco y lo hago solamente para no olvidar a mi padre. Para mí es una especie de símbolo del tiempo en que vivía con él. Es un signo muy valioso que solo yo puedo entender. Si mi padre, en algún sitio, lleva unos zapatos hechos un asco, pues yo, aquí, también los llevo: es un signo. La suciedad también puede tener un sentido, un significado único. Pero eso, ellos, aunque se lo explicaras, seguro que no lo entenderían. ¿No te parece?

Asentí.

—Lo mismo pasa con tus ojos —dijo Kojima—. Antes de escribirte por primera vez, leí cosas sobre el estrabismo, me informé todo lo que pude. Sobre si te dolería el ojo o sobre cómo veías las cosas. Seguro que en este mundo hay un montón de cosas que no entiendo, pero a ti quería comprenderte, ¿sabes? De verdad. Quería hacerlo. Porque yo, cuando te encontré, enseguida me di cuenta. De que éramos iguales.

Estuvimos unos instantes sin decir nada.

—¿Y por qué pensaste eso?

Estaba convencido de haber hablado en un tono normal, pero la voz que había salido de mi boca no se parecía en nada a la mía y me sequé varias veces las comisuras de los labios con el pañuelo.

—Tu ojo... —empezó a decir Kojima, y yo la interrumpí.

—¿Es porque tengo estrabismo? ¿O es por el acoso?

—Por las dos cosas —dijo. Puso una cara grave—: Creo que son inseparables la una de la otra. Tienes estrabismo y, por eso, los que te rodean te lo hacen pasar mal, igual que a mí. Es muy duro, ya lo sé. Pero lo que también es cierto es que esto hace que seas como eres ahora. Y a mí también me lo hacen pasar mal porque quiero conservar mi propio signo. Sin una de estas dos cosas, la situación sería distinta. Por eso pensé que yo debería entender tus sentimientos mejor que nadie y que tú podrías saber mejor que nadie cómo me siento yo. Lo que pensé fue eso. Y no me equivoqué. Viniste a verme cuando te lo pedí. Comprendes cómo se sienten los demás, eres una persona realmente dulce. Como te han hecho daño continuamente, sabes muy bien qué significa que te hieran. Comparado con lo tuyo, lo mío quizá no sea gran cosa, pero estoy convencida de que te comprendo un poco... No. Estoy convencida de que te comprendo mejor que nadie.

Kojima se desplazó desde la barandilla hasta la escalera y se sentó en el tercer peldaño contando desde abajo. La escalera estaba siempre en la sombra y, solo de ver a Kojima penetrar en esa zona, sentí escalofríos. Desde debajo de los rayos abrasadores del sol de pleno verano, contemplé a Kojima envuelta en una sombra azulada. Estaba sentada con el mentón entre las palmas de las manos, mirándome fijamente.

—A mí me gustan mucho tus ojos. —Pronunció estas palabras despacio, con una voz muy clara, muy fácil de entender.

—Eso no me lo habían dicho nunca.

Kojima seguía mirándome.

—Es la primera vez que me dicen eso.

Estaba tan tranquilo que yo mismo me sorprendía de expresar lo que sentía en palabras. Estaba muy seguro de lo que acababa de decir, pero tuve la sensación de que la voz que estaba oyendo no era la mía.

Kojima sonrió.

—Pues está muy bien que yo sea la única, ¿no?

Asentí distraídamente con la cabeza. Asentí muchas veces. Mientras lo hacía, sentí como todas las fuerzas de mi cuerpo se deslizaban hacia fuera a través de los dedos y me entraron ganas de dejarme caer al suelo.

—Las cosas no son fáciles, pero tenemos que salir adelante, ¿vale? Yo he elegido este signo porque tengo la familia que tengo, tú eres como eres porque tienes los ojos que tienes. Gracias a esto, los dos nos hemos podido encontrar... y somos capaces de hablar como lo estamos haciendo. Y hemos conseguido estar juntos como ahora. Llegará un momento, algún día, en que lo comprenderemos todo. Seguro que llegará un momento en que incluso los chicos de la clase nos comprenderán. Llegará un día en que todo se arreglará, seguro.

Cuando acabó de hablar, Kojima se levantó y, con el pie derecho, dio un paso adelante. Su cara y su cuerpo todavía permanecían dentro de la sombra azulada de la escalera y solo la punta de su zapatilla había penetrado en la luz blanquísima. Kojima avanzó despacio hacia mí. Justo en el instante en que soplaba una pequeña ráfaga de viento, de repente todo quedó inmerso en un movimiento ondulante y el pelo duro de Kojima flotó vaporoso en el aire como un pañuelo tejido con el más suave de los materiales.

De pronto vi que Kojima estaba de pie, a mi lado, y que miraba fijamente mi ojo izquierdo desde muy cerca. Yo también la miré a ella con el ojo izquierdo. Me quité las gafas y lo aproximé aún más a su rostro. Al observarla con atención, me di cuenta de que sus ojos negros estaban coloreados con una gradación de tonos marrones y de que, en la parte más oscura, brillaba, temblorosa y húmeda, una pequeña luz que parecía un pinchazo hecho con la punta de un alfiler.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente, sin hablar. Luego, tras dudar un poco, Kojima tomó mi mano derecha entre las suyas, me la acarició con las yemas de los dedos, me abrió la palma y, tras examinarla unos instantes, la apretó entre las suyas como si la

envolviera. Tenía los dedos y las palmas ligeramente humedecidos por el sudor, sus manos estaban mucho más frías que las mías. Y eran muy pequeñas. Con la mano derecha, que ella me apretaba, estreché con fuerza las suyas. Era la primera vez que tocaba a Kojima.

Me di cuenta de que el chirrido de las cigarras había perdido tanta intensidad que casi había dejado de oírse. Parecía que lo hubieran desterrado a un lugar lejano. Y yo había dejado de sentir en mi piel aquel calor casi sonoro que lo acompañaba. El rostro de Kojima estaba muy cerca del mío y su expresión era completamente distinta a la que yo conocía.

4

A medida que se acercaba septiembre, mes en el que empezaban las clases, eran más las anomalías que me iban apareciendo por todo el cuerpo. Mirara lo que mirase, pensara lo que pensase, no conseguía obtener una percepción real. Cuando estaba tendido en la cama sin moverme, sentía pinchazos en la garganta, notaba una opresión en el pecho, incluso había llegado a tener fiebre. Posiblemente podría haberme valido de esto para retrasar mi vuelta al colegio, pero, total, solo habrían sido dos o tres días y no quería que mi ausencia llamara la atención de Ninomiya y su panda. Lo último que quería era excitar aún más su curiosidad.

El primer día de clase, cuando estaba en el recibidor poniéndome los zapatos para salir, mi madre me preguntó si no habría cogido la gripe.

—Bueno, ve. Si te encuentras peor, siempre puedes volver a casa.

No había signos de que el verano hubiese perdido su ímpetu.

Era como si aquella estación fuese a prolongarse eternamente para luego empezar otra vez desde el principio. Se iban sucediendo los días con la humedad, la temperatura y la intensidad del sol propias del punto culminante del verano.

En la escuela no había cambiado nada: los compañeros de clase seguían alborotando como de costumbre, se repetían las mismas escenas de siempre. Nada más. Todos llevaban el mismo uniforme de verano, tenían un tono de piel parecido, una talla parecida y hablaban de cosas parecidas en un tono de voz parecido. De vez en cuando me llegaban frases sobre algún viaje

que habían hecho al extranjero o sobre algún cantante al que habían visto. Era imposible distinguir de quién era una voz en concreto. Solo era la voz de uno de mis compañeros de clase.

A la hora del recreo, cuando estaba abanicándome con una funda de plástico, una de mis compañeras de clase me dijo como si me escupiera: «¡Ándate con cuidado, bizco!». Se oyó: «¡Anda, tú! ¿Todavía estás vivo?». Acto seguido estallaron unas risas. Un brik de zumo vino volando hacia mí. Lo de siempre.

Kojima estaba sentada, rígida, en su asiento. Por más tiempo que la mirara, su pelo revuelto seguía igual: no se movía ni un milímetro. Nadie le dirigía la palabra a ella y ella no le dirigía la palabra a nadie. Mientras tenía los ojos clavados en su espalda, me imaginé a mí mismo yendo hacia ella con naturalidad, tal como hacían los demás, para decirle: «¡Hola, Kojima! Buenos días. Ya hace una semana que no nos veíamos, ¿eh? ¿Cómo va todo?», y entonces Kojima me miraría con las cejas levantadas en un gesto de sorpresa, como siempre, y me sonreiría alegremente. Encima del labio tendría la pelusilla de costumbre y llevaría las solapas sucias, pero me daría igual, porque aquel era un signo muy valioso para ella. ¡Ah! ¡Claro! ¿Y si se lo explicara a los demás? «Queridos compañeros: Voy a contaros algo sobre el aspecto de Kojima. Vosotros siempre os estáis burlando de su apariencia, pero existe una razón muy concreta para que vaya de esta forma. Es algo que tiene que ver con los recuerdos de su padre. Seguro que todos tenéis algo especial, algo que es muy valioso para vosotros, ¿no es cierto? Una fotografía o una carta, por ejemplo. No es más que un trozo de papel. Pero vosotros plasmáis en ese papel vuestros recuerdos, vuestros sentimientos, le dais un significado y, de este modo, se convierte en algo único, completamente distinto a muchas otras fotografías o cartas. Pasa a ser algo muy valioso solo para vosotros, tiene un significado que los demás desconocen, ¿no es así? Pues bien, para Kojima, la suciedad es algo parecido. Ya sé que no es muy común, pero si admitimos que una carta o una fotografía pueden llegar a convertirse en algo excepcional, ¿por qué no podemos incluir también la suciedad? Porque los sentimientos son algo propio de cada uno.»

Al principio todos pondrían cara de asombro al escuchar mi petición, pero después, convencidos, se les escaparía de los labios un suspiro que vendría a decir: «¡Vaya! ¡Así que era por eso!», y Kojima, feliz y relajada al fin, se volvería hacia mí, me sonreiría y, luego, hablaríamos animadamente los dos sobre lo que habíamos hecho durante los días de vacaciones en que no nos habíamos visto.

Justo en aquel instante, alguien chocó contra mi mesa: regresé a la realidad de golpe y me di cuenta de que estaba sonando el timbre. El profesor entró en el aula. Llevaba un polo de color naranja, tenía los brazos y la cara muy bronceados.

Con las manos apoyadas en la parte fresca del interior del pupitre, estuve escuchando distraídamente las explicaciones del profesor. Dijo algo y los alumnos rompieron a reír. Yo miraba la escena distraído. Kojima era la única que mantenía el cuerpo rígido, sin moverse un centímetro. Mientras contemplaba su figura de espaldas, me dominó una tristeza insoportable. Mi impotencia era abrumadora. Yo era menos que cero. No solo no pasaría nunca lo que acababa de imaginar, sino que ni siquiera podría proporcionar jamás a Kojima el alivio más insignificante. Peor aún: ni siquiera era capaz de dirigirle la palabra, aunque estaba sentada solo a unos pocos metros delante de mí.

Buenas tardes. Estos días hace mucho calor, ¿verdad?

¡Qué bien que este trimestre te haya tocado un asiento al lado de la ventana! Te lo quería decir todo el rato, ¿sabes? Por eso vuelvo a escribirte después de tanto tiempo. Ya sé que nos vemos las caras en la escuela, pero a mí me da la sensación de que hace mucho tiempo que no nos vemos. ¿Y a ti? Yo, cuando estoy en casa, o en la escuela, me acuerdo muchas veces de cuando fuimos juntos al museo en vacaciones o de cuando hablamos en la escalera. ¿Y tú? Quizá no venga a cuento decírtelo ahora, pero eres muy dulce, ¿sabes? Lo digo de veras. Cuando lo pienso, no sé por qué, me duele el corazón. Pero no sé expresarme bien. Nosotros hasta

ahora hemos hablado de muchas cosas y deseo de todo corazón que volvamos a charlar igual que en el primer trimestre. ¿Y tú? Puede que ahora hayas pensado: «¿Muchas cosas? ¿Tantas cosas habrá?». Pero, si nos vemos, seguro que encontramos un montón de cosas nuevas de las que hablar. Estoy convencida. ¿Qué te parece si quedamos un día de estos en las escaleras para hablar?

Por cierto, el otro día finalmente discutí con el nuevo novio de mi madre (aunque la verdad es que no tiene nada de nuevo, ni por el tiempo que llevan juntos ni por su edad). Bueno, más que discutir, lo que pasó fue que aproveché una tontería para decirle lo que pensaba de él. Pero el hombre puso una cara comprensiva y me estuvo escuchando sonriente, como queriendo decir que lo entendía todo, y eso, a mí, me dio muchísima rabia. Sin embargo, aunque estaba enfadadísima, mientras miraba cómo el nuevo me escuchaba así, con una sonrisita en los labios, me soltaba un sermón y ponía cara de estar supersatisfecho consigo mismo, mientras tanto, yo pensé que ese hombre nunca había tenido la oportunidad de pensar nada que valiera la pena. Eso pensé, fíjate.

Y, al pensarlo, me puse triste, no sé por qué. Y, no sé por qué, tuve la sensación de que no era culpa suya. Así que me dije: «Lo voy a perdonar. Porque él también es una víctima, ¿no?». Eso es lo que pensé.

Cuando los de la clase me insultan o me lo hacen pasar mal en los lavabos, veo cómo se ríen y me dan pena. Pero esto que te estoy escribiendo a ti ahora, si se lo dijera a ellos directamente, seguro que no lo entenderían. Creo que es necesario que algún día lo aprendan por sí mismos de sus propios actos igual que yo lo he aprendido a través de su trato hacia mí. Este tipo de cosas no se pueden entender de otra manera. Tienen que conocerse a sí mismos a través de todo lo que me están haciendo. Y creo que solo por esa razón ya tiene un sentido lo que estoy viviendo. Si pongo todo lo que pienso, la carta va a alargarse un montón. Quiero hablar contigo.

Perdona, ¿eh? Ya hace cinco horas que escribo. Lo dejo aquí. Hasta pronto.

Me llegó la carta la última semana de septiembre. Por la forma en que estaba escrita, me pareció que era muy distinta a todas las que había recibido hasta entonces. Necesité mucho más tiempo para leerla. Y era la primera vez que Kojima me escribía una carta tan larga.

Intenté responder varias veces, pero no lo conseguí. Muchas de las cosas que Kojima ponía en ella eran la continuación de lo que habíamos hablado la última vez que nos habíamos visto. Entendía muy bien lo que me estaba diciendo, pero no llegaba a tener una opinión al respecto. Frente a la hoja de papel en blanco, estuve pensando en Kojima. Luego pensé en mí mismo. Algún tiempo después cogí el estuche del diccionario de la estantería y releí todas las cartas que ella me había escrito hasta entonces. Todas eran alegres, todas me daban la impresión de que Kojima estaba allí hablándome. A medida que iba leyéndolas una tras otra, me fue dominando una sensación extraña. ¿Y mis cartas? ¿Cómo me dirigía yo a Kojima? ¿Qué estado de ánimo le transmitía? ¿Cómo eran las cartas que escribía yo? Kojima tenía razón cuando había dicho que las cartas, por más que las hayas escrito tú, una vez que te separas de ellas, pasan a formar parte de un mundo que nada tiene que ver contigo.

Guardé las cartas de nuevo en la caja y, tendido en la cama boca arriba, me quedé mirando al techo. «Quiero verla», pensé.

En un gesto reflejo me incorporé; acto seguido volví a tumbarme y cerré los ojos. Dentro de mí, las palabras *quiero verla* fueron hinchándose más y más a cada segundo que pasaba; fueron aumentando de tamaño hasta que me incorporé de nuevo, alargué el brazo y releí las viejas cartas otra vez desde el principio. Era cierto que estaba desconcertado por haber recibido una carta tan larga y porque no sabía cómo responder, pero no era menos cierto que, cuanto más tocaba las cartas de Kojima, más fuerte era el deseo de verla. Y justo porque sentía esto, escribirle cartas empezó a parecerme algo forzado, absurdo. Recordé que había dicho una

vez que le gustaban mis ojos. Reviví en mi cabeza sin parar todo lo que sucedió en aquellos instantes sin olvidar el detalle más pequeño. Kojima me había dicho que le gustaban mis ojos. Al pensarlo me dolía el pecho. Tanto que no podía moverme a causa de aquel dolor que era alegría y que era tristeza. ¿Quizá necesitaba ya algo más directo de ella? Dentro de mí había empezado a germinar algo que las cartas ya no podían satisfacer, algo que me hacía sufrir. Me tumbé en la cama boca abajo, hundí la cara en la almohada y, dentro de aquella penumbra que parpadeaba débilmente, seguí pensando en Kojima.

5

A principios de octubre la hermana mayor de mi madre —que vendría a ser mi tía política— murió y yo fui a un funeral por primera vez en mi vida.

Mi tía política, a la que yo no conocía, era siete años mayor que mi madre, no estaba casada y tampoco tenía hijos.

Como mi padre, por cuestiones de trabajo, no podría ir, al final fui yo quien acompañó a mi madre. No conocía en absoluto a la difunta y mi padre me había dicho que no hacía falta que fuera, pero me parecía muy triste dejar a mi madre ir sola al funeral. Incluso ella me dijo que no pasaba nada, que era igual, pero cuando le dije que la acompañaría, puso cara de alivio y dijo: «Está un poco lejos, ¿eh?».

El funeral fue muy íntimo. Había una quincena de personas reunidas en una sala del centro municipal y nosotros nos sentamos sobre las rodillas, con la espalda erguida y los ojos bajos, entre el olor del incienso y el grave cántico de los sutras. Cada cierto tiempo sonaba un gong y se oían entrechocar las cuentas de un rosario; también a mí me llegó el turno de quemar una barrita de incienso. Se oía algún sollozo de vez en cuando. Yo permanecí todo el rato sin alzar la cabeza, mirándome las rodillas. Cuando se acabó todo y llegó el momento de la última despedida, todos pusieron flores en el ataúd. Su boca estaba entreabierta y llevaba algodón blanco embutido en la nariz. Su rostro tenía poca personalidad, pero yo no sabía si eso era porque estaba muerta o si ya era así cuando estaba viva. Sentí cierto miedo, o repulsión, ante el primer cadáver que veía en mi vida. Pero si, por una parte, me resistía a avanzar un paso más, por otra quería averiguar cuál era la diferencia fundamental entre ella y una persona viva, y oscilando entre estos dos sentimientos opuestos, no podía apartar

la vista.

Intenté pensar algo sobre la mujer que estaba allí muerta, aunque, como era natural, no se me ocurrió nada. Pero cuando me dije que me encontraba casi por azar en la despedida de una desconocida, tuve la impresión de que mi cuerpo recuperaba el sentido de la realidad y eso me tranquilizó un poco.

Después de que retiraran el ataúd, tocaba el almuerzo en familia. Pero mi madre se negó a asistir y decidió marcharse. Por lo visto, tampoco pensaba ir al crematorio. Los contados familiares del funeral no dejaban de estudiarme de arriba abajo, pero en cuanto me volvía hacia ellos, apartaban la vista de golpe. Algunos se acercaron a mi madre y le hablaron y ella me presentó. Todo era muy protocolario. No pregunté quién era quién, mi madre tampoco me lo dijo. Sin embargo, a la madre de mi madre, es decir, a mi abuela política, la reconocí a simple vista. Aun así, al acabar el funeral, ni ella le dirigió la palabra a mi madre ni mi madre le dirigió la palabra a ella. A mí tampoco me dijo nada, por supuesto. Nos fuimos antes de que repartieran el bentô del almuerzo.

—Es sal —me dijo mi madre en el tren de vuelta, respondiendo a la pregunta que le había hecho—. Te la tienes que echar por encima antes de entrar en casa.

—¿Por qué?

—Para purificarte.

Ambos permanecimos callados mientras el tren nos mecía de un lado a otro. Ella parecía estar cansadísima. Pero, dejando de lado el cansancio y el hecho de que volvíamos de un funeral, era una tarde muy agradable. Hasta el momento de subir al tren yo no había podido quitarme de la cabeza la impresión de que me habían quedado para siempre todos los pequeños detalles de la piel, del color y de las arrugas del rostro que había visto dentro del ataúd, pero una vez que el tren se puso en marcha me olvidé de todo. Entre traqueteo y traqueteo, me estuve acordando de Kojima. Aunque tanto la luz que penetraba en el vagón como los lugares por donde pasábamos eran completamente distintos, tuve la ilusión

momentánea de que estaba en aquel vagón del verano. Y recordé todas y cada una de las palabras que habíamos intercambiado los dos, sentados uno al lado del otro, igual que ahora con mi madre.

—Pero... qué raro, ¿no? —dijo mi madre de pronto como si se acordara de algo.

Sus palabras me hicieron volver a la realidad, me quedé esperando a que prosiguiera, pero no dijo nada más.

—¿El qué? —pregunté un poco después.

Ella asintió con un movimiento de cabeza y, luego, como si se acordara de repente, dijo:

—Nada. Solo que he pensado: «Qué día tan raro, hoy».

—¿Raro?

—Pues sí. Bastante —respondió mi madre—. Y además estoy muy cansada.

Tras decir esto, enmudeció, cerró los ojos y se quedó inmóvil.

Llegamos a la estación y, de camino a casa, pasamos un momento por el supermercado. Los clientes nos miraban de los pies a la cabeza con cara de desagrado, a mi madre con el traje de luto, a mí con el uniforme del colegio. A ella eso no parecía importarle en absoluto e iba metiendo espinacas, cebolletas, carne de cerdo cortada a lonjas y demás cosas en el cesto. Cuando le pregunté si no pasaba nada por no habernos echado sal por encima al entrar, me dijo que el supermercado tenía fuerza, que no me preocupara. Cargué con dos bolsas de plástico. Ya en casa, mientras estábamos esperando el ascensor, me dijo sin mirarme a la cara: «Gracias por acompañarme». Cuando le respondí que volvería a ir con ella la próxima vez, mi madre suspiró, me pasó un brazo por los hombros y me sonrió con cara de apuro.

Después del funeral me empecé a encontrar mal y falté tres días a clase. Pensé varias veces que ojalá pudiera seguir así, sin volver jamás a la escuela, pero aquello, por supuesto, no era posible.

Salí de casa pronto, como hacía siempre, di un paso tras otro por el pavimento de hormigón, crucé el semáforo y atravesé la alameda camino a la escuela. Debido a la humedad, la tierra que se

alzaba entre los árboles de la alameda había tomado una tonalidad marrón oscuro. Respiré hondo, pero en el aire no se percibía olor a lluvia. Sin embargo, no había duda de que el suelo estaba empapado porque, al pisar, las suelas de los zapatos se me hundían profundamente en la tierra sin levantar el menor ruido. Me dije que debía de haber llovido a medianoche o al amanecer. No había nadie más andando por la alameda. A lo lejos se oía el ruido de los coches que pasaban. Me dirigí a la escuela sintiéndome como si arrastrara todo lo que había en el camino.

En la entrada del colegio aún no se veía a nadie esperando, por supuesto, y el portal estaba entreabierto como siempre a aquellas horas. Crucé el patio y me dirigí hacia el pabellón del fondo. No se veía a nadie. A medio camino me giré y levanté los ojos hacia el edificio: era como el viejo esqueleto de un animal gigantesco. En medio del patio, el podio solitario, algo ladeado y con la pintura desconchada, parecía un trozo de hueso que hubiera caído allí por azar.

Entré en el aula, arrastré mi silla y me senté. Al mover el pupitre noté una sensación extraña, así que metí la mano dentro y vi un trozo de trapo que sobresalía. Me puse en cuclillas, eché una ojeada y me di cuenta de que estaba atiborrado, lleno a reventar, de algo. Agarré una esquina del trapo y tiré hacia fuera. Entonces, formando un bulto amorfo, todo el contenido salió hacia fuera arrastrado por el trapo, cayó al suelo haciendo plop y, luego, se fue deshaciendo despacio. Pan reseco como papel maché endurecido, algo que parecían larvas y que, al mirarlo bien, vi que eran gajos secos de mandarina; una camiseta de deporte llena de arrugas hecha una bola y unas zapatillas de colegio que parecían ser las mías, un llavero, un muñeco de peluche muy raro, una mascarilla, un pliego de fotocopias, patatas con brotes, un libro de bolsillo con el sello de la biblioteca, un estropajo, un borrador de la pizarra, un brik de zumo de frutas con leche que parecía estar medio lleno y del que se vertía líquido por donde tenía clavada la pajita. Apestaba. Al mirar los rincones del fondo del cajón del pupitre, vi que aún quedaba algo más. Metí la mano y lo saqué: de una bolsa negra de plástico, cayó un pegote de compresas y tampones sucios.

Permanecí allí plantado, con los ojos clavados en todo lo que había salido del interior del pupitre. Atraje la silla hacia mí, me senté y me quedé mirando los objetos esparcidos por el suelo distraídamente. La silla que usaba siempre me pareció en aquellos momentos rígida, endurecida, tanto por el respaldo como las partes metálicas, y, por más que me revolví en el asiento, no conseguí sentirme cómodo.

No sé cuánto tiempo llevaría contemplando los objetos esparcidos a mis pies cuando de pronto oí que se acercaba alguien por el pasillo. No sé por qué, se me pasó por la cabeza que podría ser la chica que había entrado en el aula el día de final de curso. Contuve el aliento. A medida que los pasos iban acercándose, mi corazón fue latiendo con más violencia. Me acordé del uniforme y del pelo liso, y luego se me representó la cara de Momose. Me quedé petrificado. Pero entró otra chica. Una que no tenía ninguna relación con ellos. Al verme, apartó enseguida la mirada y, tras dejar la cartera, salió enseguida del aula. Era la alumna que siempre llegaba después de mí. Ni siquiera cuando ella se hubo marchado fui capaz de moverme. Al echar un vistazo al reloj que colgaba sobre la pizarra, vi que solo faltaban diez minutos para que entrara el resto de los alumnos. Me levanté despacio, fui hasta la taquilla de los enseres de limpieza que había justo al lado del aula, cogí una bolsa de basura y me la llevé hasta mi pupitre. Luego fui recogiendo con las manos, uno tras otro, todos los objetos esparcidos por el suelo y los fui metiendo en la bolsa.

Poco después, junto con el tropel de alumnos, entraron Ninomiya y su panda. Al verme, uno me golpeó violentamente la cabeza con la esquina de una carpeta mientras los demás gritaban contentos: «¿Qué pasa que apestas tanto, bizco?», y se reían mirándose los unos a los otros.

—¡Eh, tú! ¿Qué tienes ahí en la mesa? —me increpó uno riendo.

Sentado en la silla, mudo, yo no le respondí nada.

—Dicen que se ha muerto alguien en tu casa, ¿no? Pues, mira,

de parte de todos ahí tienes... el eso. El... ¿Cómo se llama eso? —preguntó el alumno que me había golpeado con la carpeta a otro que estaba a su lado.

«¡El discurso fúnebre!», «¡No!», «¡Que no! ¡El telegrama!», fueron diciendo a coro los otros riendo.

«El donativo a la familia del difunto», susurré para mis adentros, pero estas palabras no llegaron a oídos de nadie, claro.

Algo más tarde, Ninomiya, que había estado hablando y riendo a carcajadas con una chica en otra mesa, se acercó y, al llegar junto a mí, frunció exageradamente el ceño.

—Pero, pero..., pero ¿eso qué es? ¿Qué pasa? ¡Qué peste! —Y agitó la mano dos o tres veces delante de mi cara—. ¡Qué asco! ¡Puaj! Eso no hay quien lo aguante. ¿Por qué no te lavas de pies a cabeza, cerdo? ¿Te bañas tú alguna vez? —dijo, y los que lo rodeaban se rieron.

—La que no se baña es Kojima, ¿no? —señaló alguien y, al oír mencionar su nombre, me sobresalté tanto que sentí un escalofrío repentino en el plexo solar.

—¡Vaya! En la clase ya tenemos dos de esos. ¡Uf! Demasiados. Algo habrá que hacer —dijo Ninomiya con los brazos cruzados. Luego se volvió hacia mí haciendo ver que reflexionaba y añadió —: Mira. Te dejo elegir: o te desnudas y vas ahora mismo a la fuente a lavarte de pies a cabeza o, al salir de clase, juegas un rato con nosotros. ¿Qué prefieres?

Yo estaba sentado en la silla, mudo.

—No responder quiere decir que aceptas el juego —rio Ninomiya—. Es que estos días, mientras no estabas, he leído algo en un libro y quiero probarlo. Es un juego, ¿sabes? Bueno, quedamos así, ¿no? —dijo—. ¡Ah! Y no te largues por las buenas.

Con los ojos clavados en la superficie de la mesa, no dije nada.

Mientras contemplaba las letras blancas de la pizarra que iban aumentando y desapareciendo mezcladas con la voz del profesor, me pregunté por qué iba a la escuela si tenía que pasar por aquel

infierno. ¿Cuántas veces me había hecho la misma pregunta sin llegar a ninguna parte? Si no quería ir a clase, si realmente no podía volver, tendría que explicarle la razón a mi madre. Tal como sucedía con muchos otros casos de acoso escolar, mi madre no se daba cuenta de lo que yo estaba sufriendo.

«Me están maltratando en el colegio.» Había imaginado en muchas ocasiones el momento en que lo confesaba... a mi madre, por ejemplo. Pero enseguida rechazaba la idea. No quería que mi madre supiera que me acosaban. Y mi padre, muchísimo menos. Eso jamás. No podía ni sospechar qué sucedería si mi padre se enteraba. Además, estaba convencido de que si les confesaba esta realidad, mis padres creerían que yo no era capaz de desenvolverme en el mundo que me rodeaba.

También había pensado en la posibilidad de dejar la escuela, pero respecto a esto tampoco sabía muy bien qué hacer. Secundaria era parte de la enseñanza obligatoria: no estaba claro que pudiera abandonar los estudios así como así. Suponiendo que llegara a confesárselo a mi madre y que, en consecuencia, dejara de ir a clase, ¿qué haría entonces? Cada vez que llevaba las cosas hasta este extremo, me sentía desesperado. Si no terminaba la secundaria, no podría pasar al instituto y no tenía la menor idea de cuál iba a ser mi vida después de ese momento, que llegaría en poco más de un año. ¿Pasaría las decenas de años que me quedaban de vida haciendo trabajillos de media jornada? ¿Era posible eso? «Y, además...», me decía, y entonces me topaba con el pensamiento con el que siempre acababa enfrentándome. Y era que, tanto si abandonaba los estudios como si aguantaba y conseguía superar, mal que bien, aquella situación; tanto si empezaba a trabajar como si entraba en el instituto o en la universidad, por más que el mundo a mi alrededor cambiase un poco, eso no significaba que yo no volviera a encontrarme otra vez con algo parecido. No tenía ninguna garantía de que no fuera a pasarme lo mismo. ¿Podría sentirme a salvo mientras continuara teniendo aquel aspecto, aquellos ojos? Quizá el lugar adonde me dirigía estuviera ya decidido de antemano sin que yo lo supiera y un futuro horrible me estuviera esperando ya, agazapado, en el

camino.

Cuando llegó el final de las clases, estaba tan aterrorizado que no podía quedarme quieto.

Esperé a que mis compañeros empezaran a armar barullo, cogí la mochila sin que Ninomiya y los suyos me vieran y salí del aula confundido entre los demás. Notaba una fuerte presión en la boca del estómago: ¿qué había comido a mediodía? ¿Había comido algo siquiera? No lo recordaba. Mi único pensamiento era huir de allí como fuera, así que me camuflé entre los alumnos que se dirigían a hacer las actividades del club y entre los que salían charlando animadamente en grupos. Huir. Lo que vendría a continuación, lo que pasaría al día siguiente, en aquellos momentos, yo no estaba en disposición de pensarlo.

Iba andando deprisa por el pasillo con los ojos bajos cuando, al doblar un recodo, apareció Kojima. Estuvimos a punto de chocar.

Ella puso cara de sorpresa, retrocedió un paso y me miró. Apretaba los labios con fuerza, solo sus ojos sonreían alegremente. Respiré tan hondo que pude oír cómo penetraba el aire en mis pulmones y, al mismo tiempo, sentí un calor húmedo palpitándome alrededor de los ojos.

De la mano de Kojima colgaba una papelera, más parecida a un bidón, cubierta de manchas. Siempre la mandaban a ella a tirar la basura. Con la palma de la mano libre se frotaba la barriga.

—Kojima.

Lo dije con toda claridad.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre en la escuela.

Ninguno de los alumnos que iban y venían por el pasillo nos prestaba atención. Kojima depositó la papelera en el suelo lentamente, sin soltarla. Estaba pendiente de los alumnos que se cruzaban con nosotros, pero, sin embargo, se quedó de pie, inmóvil, frente a mí. Respiré hondo y volví a pronunciar su nombre: «Kojima». La llamé una vez más: «Kojima». Ella frunció el ceño como queriendo decir: «¿Qué pasa?», bajó la vista y, aunque

parecía preocupada por los otros alumnos, levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos.

—No he podido responderte. Lo siento —dije como si me arrancara las palabras, tras haberme humedecido los labios una vez tras otra—. He estado pensando mucho en tu carta, pero...

Entonces, justo en el momento en que veía cómo los ojos de Kojima, que habían estado fijos en los míos, se dirigían asustados hacia mis espaldas, sentí un impacto sordo en la cadera y, acto seguido, fui brutalmente arrojado al pasillo. Al retorcer el cuerpo para sortear a Kojima, di con el hombro en el suelo y me llevé un fuerte golpe en la mejilla.

—Vaya, vaya... No me digas que te largabas sin avisar.

Era Ninomiya quien, a mis espaldas, había hablado con aire de fastidio, al lado del esbirro que me había dado la patada.

Me arrastraron fuera del pabellón de la escuela, me hicieron andar por el patio, me obligaron a atravesar un pequeño patio interior que había tras cruzar un segundo pabellón y, al final, fui a parar delante del gimnasio.

De ordinario aquella zona estaba llena hasta los topes de alumnos que hacían estiramientos o practicaban el manejo de la raqueta, o de miembros de clubs escolares que usaban el gimnasio, pero en aquel momento no se veía a nadie vestido de uniforme ni con ropa de deporte. La melodía que invitaba a los estudiantes a abandonar la escuela sonaba a bajo volumen por el altavoz y lo único que se oía a lo lejos, como retazos, eran las risas agudas de las chicas mezcladas con una voz que llamaba a alguien.

¿Por qué no había nadie? Me resultaba muy extraño, pero enseguida recordé el motivo. Como aquel día se celebraba la reunión mensual del profesorado del colegio, todos los clubs escolares habían suspendido sus actividades y, según las normas, todos los estudiantes, sin excepción, debían abandonar la escuela en cuanto acabara la jornada.

La entrada principal del gimnasio estaba cerrada con llave, por supuesto. Pero, yendo hacia la izquierda a lo largo de la pared,

había una puerta de emergencia más bien pequeña. Una puerta plateada, de aluminio, ligera a ojos vistas. Hicieron girar el pomo, la abrieron y fueron entrando uno tras otro sin quitarse los zapatos. A mí me agarraron por el hombro de la chaqueta y me arrastraron hacia dentro. Aquella salida de emergencia daba a un espacio contiguo a un escenario al que se accedía por una escalera baja adosada a él, y lo primero que se veía al entrar era una enorme cortina de terciopelo escarlata. Olía a ropa vieja, polvorienta. Me detuve un momento y ellos me empujaron por la espalda tan violentamente que salí disparado hacia delante, tropecé y a punto estuve de caer de bruces. La mochila me resbaló del hombro, cayó al suelo y el libro de tapa blanda que llevaba en el bolsillo exterior, que no estaba cerrado con cremallera, cayó a mis pies. Atolondrado, lo recogí y lo embutí otra vez a toda prisa en el bolsillo de la mochila.

Desde mi ingreso en la escuela había ido un montón de veces a aquel gimnasio para asistir a clases o a reuniones, pero entonces tuve la impresión de que lo veía por primera vez. El techo era mucho, muchísimo más alto de lo que recordaba, y el interior, infinitamente más grande.

Ellos parecían excitados y, nada más entrar, empezaron a armar barullo. Uno de ellos pegó un grito y Ninomiya le llamó la atención. Tras su advertencia, comenzaron a resonar de un modo muy extraño los pasos amortiguados, los cuchicheos y las risas sofocadas. El sonido adquiría un peso singular y, tras rebotar en el aire, iba desapareciendo poco a poco.

Se oyó un ruido cerca de la puerta. Todos se callaron de golpe y miraron en aquella dirección: era Momose.

Desde donde yo estaba, vi cómo Momose cerraba la puerta con movimientos lentos. Oí resonar el ruido metálico de la llave.

Al ver a Momose, Ninomiya relajó el gesto, sonrió y levantó un poco la mano. Sin reaccionar ante el saludo, Momose se aproximó con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Me dio la impresión de que silbaba, pero debieron de ser figuraciones

mías. También me pareció que me echaba un vistazo rápido a la cara, pero era posible que no me hubiera mirado a mí en particular, sino que simplemente me encontrara dentro de su campo visual. No había sido más que una mirada sin expresión ni emoción alguna. Ellos, incluyendo a Ninomiya y a Momose, eran seis.

Ninomiya fue hacia la entrada principal, oculta tras las gruesas cortinas corridas, metió la mano detrás de un montón de esterillas apiladas, rebuscó unos instantes y volvió despacio con algo en la mano.

—¿Ves esto? Pues vas a ponértelo en la cabeza y vamos a jugar al fútbol, ¿vale? —me dijo Ninomiya mostrándome algo que parecía ser un balón rajado y deshinchado. Era una pelota de balonmano.

Inconscientemente, negué con la cabeza.

—La verdad es que habría preferido un balón de fútbol. Es mucho mejor, pero aquí no hay ninguno —dijo Ninomiya haciendo rodar la pelota en la palma de su mano—. Normal. En los gimnasios no se juega al fútbol, ¿no? —Lanzó un resoplido por la nariz—. Los balones de fútbol son más caros que los de balonmano, ¿sabes? Por eso están todos numerados. Y, después de entrenar, a la que falta uno, lo buscan por todas partes. Si no aparece, se la cargan los de primero del club de fútbol. La cosa funciona, más o menos, así.

Mientras hablaba, metió los dedos en la raja como si quisiera volver la pelota del revés.

—Como soy muy buen tío, esta vez he cogido una pelota de balonmano. No es tan fácil de encontrar como una de ping-pong, claro. Pero hay muchas tiradas por ahí. Además, las de balonmano son las que más me gustan. Son agradables de tocar. Prefiero mil veces una pelota blanda a una dura. Esta es tan suave que parece una gasa.

Yo tenía los ojos clavados en los pies de Ninomiya.

—¿Sabes?, durante las vacaciones leí un libro. Un libro enterito, cosa rara. A mí leer no me gusta nada. Pero, alguna vez, un libro puede que sí lea. Ah, tú eres uno de esos a los que les

gusta leer, ¿no? —me preguntó—. Antes se te ha caído un libro. ¿Qué tal es? ¿Interesante?

Yo era incapaz de responder.

—Las novelas, básicamente, cuentan todo tipo de cosas sobre la vida de la gente, ¿no? Pero, tanto tú como yo, ya tenemos unas vidas reales a mano, ¿verdad? Entonces, ¿por qué tenemos que cargar, encima, con rollos patateros que se han inventado otros?

Permanecí en silencio, incapaz de responder.

—Pasa lo mismo con la magia. ¿Qué gracia tiene? Yo no se la veo por ninguna parte. Es un simple truco con el mecanismo adecuado. ¿No te parece? Es solo técnica, ¿vale? Ver y hacer ese tipo de cosas no cambia esencialmente nada. Peor aún. Las cosas no solo no cambian, sino que encima empeoran. Se van volviendo más cutres todavía. Porque todo eso es una mentira podrida. Yo lo veo así, ¿entiendes? Si no es magia de verdad, no tiene ningún sentido. ¡Joder! Es aburrido que te cagas.

Ninomiya me dijo que me quitara la corbata y, tras pensárselo unos instantes, añadió que podía quitarme las gafas. Luego llamó a uno de sus esbirros y le ordenó que cogiera mis gafas y que, con la corbata, me atase las manos a la espalda.

—No aprietes mucho, ¿eh? —dijo Ninomiya.

Y se rio. Momose estaba a cierta distancia, de pie, con los brazos cruzados, y nos observaba mientras, con la yema del dedo índice de la mano izquierda, se reseguía el contorno de los labios.

—Fútbol humano. Bueno, tenemos una pelota de balonmano, así que, si nos ponemos estrictos, es algo distinto. Pero, como se dan patadas, es fútbol, ¿no? El juego va así: el primero que te meta en la portería gana —me explicó Ninomiya—. Jugaremos uno contra uno, ¿vale? Primero estos dos; luego, los otros dos y, al final, Momose y yo. Y los ganadores pasarán a la eliminatoria... ¡Eh, vosotros! Montad la portería —ordenó Ninomiya—. Vamos, quitaos los zapatos.

Dos de los esbirros cogieron sus zapatos, los dejaron a un par de metros el uno del otro y, después, pusieron el otro par de forma paralela a unos diez metros de distancia, montando así dos porterías improvisadas.

Traté de mover algo mis muñecas atadas, pero no parecía que fuera a poder librarme de los nudos así como así. Además, suponiendo que lograra aflojarlos, lo único que conseguiría sería que me atasen todavía más fuerte. El sudor empezó a brotarme a mares de las axilas, la espalda y también de los muslos.

—Y tú, quiero que comprendas lo que siente la pelota, ¿vale? Que intentes formar un solo cuerpo con ella. Que te portes como si fueras ella, ¿entiendes?

Ninomiya abrió la pelota que tenía en la mano por la raja, me la puso sobre la coronilla y tiró hacia abajo para embutirme la cabeza dentro, pero, por más tirones que dio, la pelota se quedaba encallada por debajo de las sienes. No era tarea fácil.

—¡Pero qué orejas más grandes tienes! —Ninomiya chasqueó la lengua—. ¡Mira que estoy perdiendo la paciencia!

Entonces Momose se acercó y, sin decir palabra, le cogió la pelota de las manos a Ninomiya, agrandó un poco más la raja, tiró y me metió la cabeza dentro. La pelota me ciñó el cráneo con una especie de gorgoteo, el polvo me cubrió los ojos y dejé de ver nada. Sentí que mi cuerpo se quedaba rígido hasta la médula y, justo en la parte interior de la frente, se me aparecieron unas imágenes que parpadeaban a una velocidad increíble. Sacudí la cabeza una y otra vez para escapar, pero alguien me dio una patada en los muslos y me dijo con fastidio que me estuviera quieto. La pelota no me llegaba hasta la barbilla, solo me cubría media boca.

—¡Mira por dónde! La pelota de balonmano es más pequeña de lo que parece, ¿no? —oí que decía Ninomiya con sorpresa—. ¿Qué? ¿Empezamos?

Dentro de una oscuridad opaca de color incierto, me resistía girando y retorciendo el cuerpo sin parar. Ni yo mismo sabía qué movimientos estaba haciendo. Sentí como si un líquido negro y pesado que jamás había visto se abriera paso, goteando, a través de mis piernas y trepara hacia lo alto para entonces deslizarse, viscoso, hacia el interior de mi boca, llenarme los pulmones y, en un abrir y cerrar de ojos, fundirme por dentro hasta convertirme en barro espeso. Moví las piernas para zafarme de aquel líquido, para huir, pero acabé perdiendo el equilibrio y caí de bruces. Me

arrodillé, me enderecé un poco y, al tratar de levantarme, volví a caer hacia atrás. Entre las risas y los jadeos sofocados de los otros, yo intentaba incorporarme una vez tras otra para caerme de nuevo irremediablemente.

—¡Ostras! Muy buena pelota no es —dijo Ninomiya contento —. Pero creo que servirá.

Alguien me agarró de los brazos, me levantó de un tirón, me hizo andar a rastras y me ordenó que me mantuviera allí de pie.

—Bueno, vamos. Empezad cuando yo haga la señal. Como si fuera fútbol, ¿vale? Dad patadas como toca, ¿entendido?

Las manos, atadas juntas a la espalda, y las rodillas me temblaban tan violentamente, con pequeños espasmos, que casi podía oír el ruido que producían. Hice acopio de todas mis fuerzas, cerré los ojos focalizando toda la presión que pude en el entrecejo y apreté los dientes. Mi cara estaba totalmente deformada, con los labios vueltos hacia arriba y el aliento escapándose entre los dientes. El corazón jamás me había latido tan rápido y notaba un zumbido extraño en los oídos. El sonido era tan compacto que, si me hubiera metido un dedo en el orificio de la oreja, lo habría podido tocar. Era la primera vez en mi vida que percibía algo parecido.

—¡Ya! —dijo Ninomiya, y noté con toda claridad como el aire se desplazaba a mi alrededor.

Me quedé rígido.

Entonces, inmediatamente después de la señal de Ninomiya, sentí cómo un impacto brutal se iba expandiendo sobre mi cabeza como si fuera una explosión y, detrás de mis párpados, unos destellos plateados empezaron a brillar como llamas ardientes. No sabía qué había pasado. Me di cuenta de que mis pies flotaban en el aire. Di con todo mi peso de bruces en el suelo, se me cortó la respiración. El dolor adherido a toda la superficie de la cara formaba remolinos que iban recorriendo mi consciencia a una velocidad vertiginosa. Aquel dolor tenía un sonido concreto. Aunque podía percibirlo con claridad, no tenía la menor idea del lugar de donde procedía ni en qué se materializaba. Poco después, toda la superficie del rostro se me empezó a paralizar y llegué a

preguntarme si no me habría salido disparada parte de la cara. Caído como estaba en el suelo, arqueé la espalda tanto como pude, me hice un ovillo y, sintiendo un dolor ardiente que sobresalía de los contornos del rostro, aproximé en la medida de lo posible la cara a las rodillas dobladas.

No sé cuánto tiempo había pasado, pero oí como Ninomiya decía con expresión de fastidio: «¡Joder!». A su alrededor sonaron exclamaciones parecidas.

—¡¿Por qué lo haces saltar por los aires desde el principio?! ¿Es que no entendéis las reglas o qué? ¡Qué desastre!

Las lágrimas brotaban de mis ojos como si se hubiera roto una presa y me iban humedeciendo toda la cara. Sentí cómo me mojaba los labios un torrente imparable de lágrimas, que me caían a goterones por la barbilla y se iban deslizando desde las sienes, que tocaban el suelo, hasta el cuero cabelludo.

No podía moverme. De pronto percibí el tacto de una mano en mi cabeza y noté cómo alguien me arrancaba la pelota de un tirón. A pesar de que mantenía los ojos cerrados, la luz me cegó hasta el punto de hacerme daño y me quedé tirado en el suelo, incapaz de abrir los ojos.

Sentía cómo el entumecimiento del rostro iba aumentando deprisa y cómo las lágrimas se iban colando a través de mis párpados cerrados y corrían por mis mejillas. Las lágrimas fluían con naturalidad, en rápida sucesión, imparables. Entonces me di cuenta de que me quitaban la corbata que me sujetaba las manos y, a través de los ojos entornados, vi cómo se movían las sombras de unas piernas. Alguien dio una patada a mis gafas. Cuando intenté alargar el brazo para cogerlas, descubrí que había sangre en el suelo. Un charco de sangre tan grande como si se hubiese derramado el contenido de agua de un lavabo. Había sangre fresca, rojísima, por todas partes. Abrí los ojos de par en par y me la quedé mirando. Me sorprendió que hubiera salido tal cantidad de sangre de mi cuerpo. Me puse las gafas y, al tocar la superficie del líquido, noté en la yema un tacto viscoso muy diferente al de las lágrimas y, al aproximar el dedo a mi ojo izquierdo, vi que aquella sangre pegajosa y húmeda era tan viva que parecía que fuera a

hablarme de un momento a otro.

¿Dónde podía haberme herido para sangrar tanto? ¿O era de la nariz de donde había salido la sangre? Era incapaz de juzgarlo. Pero el violento dolor paralizante de cerca de la nariz no daba señales de decrecer.

—Se acabó —dijo Ninomiya con voz lánguida, y dio una palmada.

Las voces que todavía estaban bromeando y riendo entre susurros cesaron de golpe; luego se oyó a uno que bostezaba y a otros que empezaban a cuchichear otra vez.

—El fútbol humano queda suspendido. ¡Maldita la gracia! —escupió Ninomiya con voz de hastío.

Apoyándome en los codos y en las palmas de las manos, incorporé la parte superior del cuerpo y me palpé suavemente la nariz con la punta de los dedos para comprobar si seguía en su sitio. Al tocarla, sentí un dolor atroz. Aguantando a duras penas el dolor, me puse las gafas que tenía en la mano. Solo con que el puente me rozara la base de la nariz, se me cortaba la respiración. Abrí despacio los párpados, que me temblaban con pequeños espasmos, y pestañeé varias veces.

Ninomiya me observaba desde lo alto. Detrás estaba Momose mirando hacia mí mientras dejaba descansar el peso del cuerpo en una pierna. A mis espaldas, los otros tipejos debían de estar bromeando entre ellos porque de vez en cuando se oían unas risas sofocadas junto con la fricción de las suelas de los zapatos contra el suelo.

—Y tú, vete a casa sin que te vea nadie, ¿vale? Sin que te vea nadie, ¿entendido? Sal unos... pongamos treinta minutos después de que nos vayamos nosotros. Aún deben de estar en la reunión, así que ándate con mucho cuidado, ¿lo has entendido? Ah, ya sé que lo tienes muy claro, pero mucho cuidado también con tu familia, ¿vale? ¿Entendido? Ah, y lo más importante... —dijo Ninomiya tras pensar un instante—. Escúchame bien. Tú saldrás por esta puerta, ¿de acuerdo? El pabellón de la sala de audiovisuales está allí mismo, ¿no? Pues la valla que está detrás es un poco más baja que las otras. Hoy sal por allí. Es más seguro.

Puede que te cueste un poco, pero échale valor y sáltala, ¿vale? ¿Te ha quedado todo claro?

Con los ojos bajos, incorporado a medias, yo tenía la vista fija en el charco de sangre del suelo. La sangre que me manchaba el pecho de la camisa era rojísima; la que tenía adherida a la chaqueta, no se podía saber de qué color era. Ninomiya y los demás se dirigieron hacia la puerta a paso lánguido. Ninomiya se giró como si de repente hubiese caído en la cuenta de algo y dijo:

—Y todo eso friégalo antes de irte. —Señaló la puerta principal—: No uses el grifo de fuera. Coge el agua del grifo de aquí. Déjalo todo bien limpio, ¿vale? ¿Entendido?

Se oyó cómo se cerraba la puerta. Una vez que Ninomiya y los suyos hubieron salido, me derrumbé de espaldas y me quedé boca arriba mirando distraídamente al techo.

No podía pensar en nada.

Abrí la boca de par en par y tomé aire, una y otra vez. Entonces, superpuesta a las líneas rectas del techo, surgió mi propia imagen, sangrando y arrojada al suelo.

Mi otro yo, que había aparecido en el techo, me estaba mirando a mí, que estaba tumbado en el suelo, y, pronto, empezó a descender despacio. Mi otro yo vestía uniforme, llevaba gafas, estaba bañado en sangre de los ojos para abajo, y se me fue acercando, más y más. Al llegar a unos dos metros de distancia, se detuvo.

Mi otro yo, que se había detenido, se volvió hacia mí, que descansaba quieto en el suelo, pero no me dijo nada. Sus ojos negros se deslizaban, espesos, detrás de las gafas, y era imposible saber dónde estaban mirando. «Oye, que no sé qué estás mirando», le dije en un susurro a mi otro yo.

En aquel instante me di cuenta de que el cuerpo de mi otro yo, que estaba frente a mí, era muy pequeño. Las manos y los pies, y el cuello, eran sorprendentemente delgados, no se apreciaba fuerza por ninguna parte. Los hombros de la chaqueta eran demasiado anchos; los faldones de la camisa, manchada en el

pecho por una sangre rojísima, los llevaba colgando por fuera; los pantalones eran demasiado grandes: su cuerpo parecía clavado dentro de las ropas, inclinado, en equilibrio precario.

Permanecí unos instantes con los ojos fijos en mi otro yo, que estaba allí clavado, inmóvil. En aquel momento, sus labios empezaron a moverse despacio y comprendí que estaba articulando unas palabras. Pero el movimiento era demasiado imperceptible para que pudiera descifrar qué me decía. Y, un poco después, tuve la sensación de que mi otro yo dulcificaba la expresión y me dirigía una sonrisa. Sí. Parecía que mi otro yo, cubierto de sangre, me miraba y sonreía. Yo no entendía qué significado podía tener aquello, pero mantenía los ojos fijos en mi cara. Aspiré por la nariz y una gran cantidad de mucosidad me llenó la boca. Tras dudar unos segundos, ladeé la cabeza y lo escupí todo. Apareció sangre mezclada con saliva espumosa y unos pequeños coágulos negruzcos.

En aquel instante oí un ruido cerca de la puerta y mi cuerpo se paralizó. En un acto reflejo, pensé que podía ser algún profesor que hubiera oído algo.

Pero era Kojima.

En un primer momento se quedó quieta en la puerta, mirándome. Luego, de pronto, echó a correr hacia mí.

—¡Cuánta sangre! —dijo.

Kojima se arrodilló y me miró frunciendo el ceño.

—¿Te duele? ¿Qué podemos hacer? —dijo sacudiendo la cabeza.

Se humedeció los labios una vez tras otra mientras negaba con la cabeza.

—Me duele, pero ya se ha acabado —respondí.

—Os he seguido, ¿sabes? Y, cuando he visto que se iban, entonces he entrado... —Había momentos en que su voz temblaba como si la barriera un viento muy fuerte—. Lo siento... Siento estar tan asustada... ¿Puedes levantarte? —me preguntó alargando la mano y tocándome suavemente el hombro. Asentí con la cabeza muchas veces y tragué saliva sonoramente.

—Sí, puedo —dije—. Nunca había sangrado tanto.

Intenté sonreír un poco. Me pasé el dorso de la mano por debajo de la nariz y me lo miré. Todavía tenía espesos pegotes de sangre, pero en los agujeros de la nariz parecía que ya había empezado a coagularse. Los violentos latidos de dolor que sentía por todo el rostro, lejos de calmarse, iban empeorando. Kojima se arrodilló en el suelo y se quedó en esta posición, inmóvil.

Poco después me puse de pie, me metí la camisa por dentro del pantalón y, tras recoger la corbata del suelo, me la guardé, hecha una bola, en el bolsillo de la chaqueta.

Fui hacia el grifo que me había señalado Ninomiya un rato antes. Al levantarme me había tambaleado, pero podía andar en línea recta. Cada vez que daba un paso hacia delante, me escocía toda la cara.

La pila de porcelana estaba agrietada y, en el fondo del cubo, había un estropajo reseco. Al lado se veía una fregona de palo largo con el mocho también reseco, por supuesto. Abrí el grifo, hice salir un hilillo de agua, me llené el cuenco de las manos y me lavé la cara. Con el roce de los dedos, el dolor se intensificaba tanto que parecía que la cara me fuera a estallar. Metí dentro de un cubo con agua una bayeta, que había quedado tiesa tal como la habían escurrido alguna vez, y lo acarreé todo al lugar donde estaba la sangre. Al verme, Kojima también se dirigió hacia el grifo, cogió otra bayeta y, acto seguido, los dos empezamos a fregar en silencio. Al principio, cuanto más fregábamos, más se extendía el charco de sangre aguada del suelo. Kojima la fue enjugando cuidadosamente con una bayeta bien escurrida. En algunos trozos, la sangre ya se había secado y tuve que rascarla con las uñas. El agua de fregar se fue enturbiando con la suciedad y la sangre diluida y, al poco, dejó de verse el fondo del cubo.

—Yo, ¿sabes?, lo estaba mirando todo por el cristal de allí —dijo Kojima en voz baja, con la vista fija en el suelo, sin parar de mover las manos.

Asentí en silencio, fregando.

—Hasta que te dieron la patada. Después temblaba tanto que no he podido mirar más.

—Ya. —Asentí de nuevo mientras escurría la bayeta.

—A mí también me han pegado en los lavabos, ¿sabes? —dijo Kojima bajando aún más la voz—. No me hicieron sangre, pero sí mucho daño. Se las arreglan para que no queden señales fuera, ¿sabes? Son superhábiles. Oye, ¿eso dónde crees que lo aprenden? —preguntó Kojima.

—No sé. Seguro que hay libros que explican al detalle cómo se tiene que hacer —contesté sin mirarla.

—¿Y ellos se lo aprenden y, luego, lo ponen en práctica con nosotros? —dijo Kojima en un susurro.

No respondí.

—¿Y nosotros qué crees que somos? ¿Un ensayo? ¿O la representación?

«Quizá las dos cosas», pensé. Fui a cambiar el agua del cubo y, después de aclarar la bayeta, la escurrí al máximo y limpié bien la sangre del suelo. Al terminar, cuando me levanté y miré hacia el suelo, no quedaba ni rastro de la sangre que se había derramado allí.

—¿Qué vas a hacer con la ropa? —me preguntó Kojima clavándome los ojos.

Parecía agotada. Pensándolo bien, no tenía la menor idea de cuántos minutos habíamos estado fregando el suelo. ¿Cuánto tiempo llevaba yo allí dentro? Le eché un vistazo al cielo, que se veía a través de una ventana del primer piso, pero no saqué gran cosa en claro de su color. Daba la sensación de que no había cambiado nada en todo aquel tiempo y, a la vez, me pareció que estaba a punto de anochecer. Sin mirarle la cara a Kojima, le dije: «Gracias por ayudarme». Ella tenía los ojos clavados en mí. Me dio la impresión de que me estaba observando la zona de la nariz y la boca. Me pregunté qué aspecto debía de tener en aquellos momentos.

—No me des las gracias. ¿Qué vas a hacer con la ropa? —me volvió a preguntar.

Le respondí que ya me las arreglaría, que no se preocupara.

Después abrimos con cuidado la salida de emergencia, la cerramos a nuestras espaldas y, tras comprobar que no había nadie, corrimos hacia la parte trasera del pabellón contiguo. Entre

la pared del pabellón y el muro se extendía algo parecido a un pequeño jardín, solitario y oscuro, cubierto de musgo y de hierbajos, con latas vacías y guantes de trabajo tirados a los lados. Avanzamos pegados a la pared y, tal como había dicho Ninomiya, descubrimos una parte del muro que era una cuarta parte más baja que el resto.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó Kojima a mis espaldas cuando me detuve.

—Tengo que saltar por aquí para volver a casa —le dije unos instantes después con la cara vuelta hacia el muro—. Estoy lleno de sangre y, si salgo por la puerta principal y me encuentro a alguien, tendré problemas.

Mientras se lo explicaba, noté cómo las fuerzas me abandonaban los brazos y las piernas y, al mismo tiempo, dejé de saber qué estaba diciendo y a quién.

—¿Y adónde irás a parar? —preguntó Kojima.

—Nunca he salido por aquí, pero está justo detrás de la puerta principal, así que imagino que da a la parte de atrás. —Movía los labios sin ser muy consciente de qué estaba diciendo.

—¿Y yo? ¿Es mejor que yo no salga por ahí?

—Mejor que no. Creo que tú puedes salir por la puerta principal sin problemas. Aunque te vieran, no creo que pasara nada. Siempre podrías decir que estabas en el aula.

Luego permanecimos allí un rato de pie, sin hablar.

Yo no quería que Kojima me continuara viendo con aquella pinta tan patética. Solo de pensar que me estaba mirando, me entraban ganas de desaparecer. Esperé callado a que se fuera. Pero, lejos de marcharse, seguía con los ojos clavados en mi espalda.

—Bueno, me iré cuando hayas saltado.

Me lo dijo algo después. Yo deseaba con todo mi corazón que se fuera de una vez, pero no lo expresé en palabras. Con Kojima detrás de mí, fui incapaz de decir nada.

—¿Te duele? —me preguntó con voz dubitativa.

No respondí.

—Creo que deberías ir al hospital —dijo.

—Ya iré.

—Sí.

—Adiós... —abrevié, poniendo las manos sobre el borde del muro. Era lo suficientemente bajo como para que pudiera alcanzarlo sin ponerme de puntillas. Notaba el cuerpo tan torpe y pesado como si estuviera envuelto en arcilla. No sabía cómo impulsarme y, una vez que hube apoyado la planta del pie en la pared, fui incapaz de continuar. Lo único que quería en aquellos momentos era disolverme en el aire.

Mis manos estaban entumecidas y, aunque en la cabeza tenía muy claro qué pasos debía seguir para saltar la pared, no podía ejecutarlos. Una vez tras otra, intenté trepar a la desesperada y, en cada una de las ocasiones, fracasé y acabé con los pies en el suelo. A mi espalda, Kojima me sostenía la mochila. La cara me palpitaba dolorosamente. Sin decir nada, agarré el borde del muro una infinidad de veces y traté de reunir fuerzas en brazos y piernas. Pero no lo conseguí. Notaba cómo el calor me iba subiendo a oleadas desde el vientre. La cara me empezó a arder sin que pudiera encontrar alivio en ninguna parte. Cuando respiraba por la nariz, los grumos de sangre me presionaban las mucosas y el dolor se multiplicaba. No tenía valor para girarme y mirar a Kojima a la cara. Deseaba desaparecer de su vista sin perder un segundo. Las suelas de mis zapatillas deportivas rascaban la superficie de la pared recta y, con un rumor seco, soltaban arena de color gris, pero cada una de las veces mis pies acababan pisando la tierra oscura donde crecían los hierbajos.

—Oye.

Kojima llamó mi atención. Yo me disponía a alargar la mano para agarrar de nuevo el borde del muro.

—Oye —dijo otra vez. Me agarró del brazo y me atrajo hacia ella. Me estaba mirando con el ceño fruncido—. Quiero decirte una cosa.

Hablaba en voz más baja que de costumbre. Con los ojos fijos en sus pies, no dije nada. Los cordones de sus zapatillas sucias, a punto de desatarse, colgaban hasta el suelo.

—Mientras te estaba mirando, rodeado de aquellos chicos, me dio la impresión de ver algo completamente distinto. —Kojima

siguió hablando despacio—. Creo que tú tienes la razón —dijo—. Porque, ¿sabes?, tanto tú como yo tenemos la misma edad que ellos y un cuerpo más o menos igual. Si quisiéramos, nosotros también podríamos usar la fuerza, volvernos contra ellos. Pero no lo hacemos. ¿Por qué piensas que es?

—En mi caso, porque soy débil, supongo.

Kojima lo negó de inmediato.

—No. Ni tú ni yo dejamos que nos traten así porque seamos débiles. No es que estemos en sus manos y nos limitemos a obedecer. Al principio, puede que fuera así, pero ahora ya no. Nosotros permitimos que pase. Somos muy conscientes de lo que está sucediendo ante nuestros ojos y lo asumimos. Y si hablamos de débiles o fuertes, eso es algo que no podríamos hacer si nos faltara fuerza.

—¿Dices que lo asumimos? —repetí las palabras de Kojima.

—Exacto. Visto desde fuera puede parecer que nos golpean y nada más. Pero lo que nosotros estamos haciendo tiene un sentido.

Me quedé en silencio, pensando en lo que me había dicho.

—Quizá sea como dices... A lo mejor somos débiles. Pero ser débil no es nada malo. Tal vez seamos débiles, pero nuestra debilidad tiene mucho sentido. Puede que seamos débiles, pero somos muy conscientes de ello. Sabemos muy bien lo que es importante y lo que no lo es. Piensa en todos los de clase. Ellos, como no quieren ser como nosotros, fingen no ver nada, intentan caer bien a los que nos maltratan, se ríen, puede incluso que estén convencidos de que tienen las manos limpias, pero ellos tampoco entienden nada de nada. Son iguales que los otros, que los que nos maltratan. De clase, tú y yo somos los únicos que no tenemos realmente nada que ver con ellos. Tú, hace un rato... No, no ha sido solo hace un rato, sino todo el tiempo hasta ahora... Pues eso, al ver cómo aguantabas que te dieran patadas, que te hicieran lo que les daba la gana, al verte a ti, he tenido la sensación de que se deshacían un montón de nudos muy liados. No sé explicarme bien, pero me ha dado la impresión de que todo se volvía muy fácil de entender. En esta situación, tu manera de hacer las cosas es la única correcta.

—Yo... ¿de qué manera estoy haciendo qué?

Lo dije muy despacio, como si fuera pegando en el espacio que tenía delante unas letras hechas con un papel finísimo.

—Te estoy diciendo que lo que haces es lo correcto. —Mientras hablaba, Kojima rompió a llorar—. Lo que estoy diciendo es que tienes razón.

—No llores —le dije mirándola a la cara.

A través de los dedos que le cubrían el rostro se veía una boca deformada por el llanto, abierta, y unos dientes pequeños. Las mejillas que tenía entre las palmas de las manos estaban cubiertas de rubor. Me acordé de la primera vez que había visto llorar a Kojima, en aquel banco del museo, a principios de verano. De cómo ella había estado sollozando en silencio, sin mover un músculo, sentada en el banco. Aquel día en el museo, aunque había querido decirle algo al verla llorar de aquel modo, aunque pensaba que tenía que hacerlo, al final no había podido decirle nada. Igual que entonces, volví a quedarme allí plantado incapaz de abrir la boca.

—Kojima, no llores —le dije al fin en voz baja.

—No estoy llorando —dijo levantando la cabeza de golpe y frotándose los ojos con el dorso de las manos—. Bueno, estoy llorando, pero no es porque esté triste. —Mientras sorbía me miró a la cara y luego me sonrió—. ¿Ves? Esto es una prueba de que es verdad. No estoy triste.

Asentí. Kojima respiró hondo, alzó la cara y, después, soltó una gran bocanada de aire.

—¿Crees lo que te he dicho hace un rato? ¿Que tú tienes razón? Yo lo creo de verdad, con toda mi alma. ¿Me crees?

—Te creo —dije, y asentí con un pequeño movimiento de cabeza.

—Todos ellos..., ¿sabes?, todos ellos tienen miedo de tus ojos. —Kojima me lo dijo en voz baja pero clara y firme—. Dicen que tus ojos les dan asco, pero eso es mentira. Lo que pasa es que están muertos de miedo. No quiero decir que les dé miedo el aspecto de tus ojos ni nada de eso. Lo que temen es que haya algo que no entienden. Uno solo de ellos, por separado, no es capaz de nada.

Tienen que juntarse, formar un grupo. Un grupo que ni siquiera es de verdad porque no comparten nada. Y en cuanto ven algo que es diferente de ellos, se asustan y tienen que machacarlo. Tienen que expulsarlo. Están muertos de miedo y lo único que hacen es disimular. Es su manera de sentirse seguros. Y, cuando llevan mucho tiempo haciendo lo mismo, pues entonces se vuelven insensibles. Pero, a pesar de eso, no pueden librarse del terror que sintieron al principio y por eso van haciendo siempre lo mismo. Tú y yo, por más que nos acosen, no decimos nada ni a los profesores ni a nuestros padres. Nos hagan lo que nos hagan, seguimos yendo a la escuela como si tal cosa, por eso nos temen cada vez más. Es posible que, si les pidiéramos de rodillas que parasen o si lloráramos a gritos, quizá entonces dejarían de maltratarnos tanto. Pero nosotros hacemos algo más que someternos. Detrás de nuestros actos hay una voluntad... Nosotros lo asumimos. Incluso se podría decir que lo hemos elegido. Por eso no pueden dejarnos en paz. Porque se sienten inseguros. Porque están aterrorizados.

Al acabar de decirlo, se resiguió varias veces los labios con la punta del dedo. Luego se presionó el párpado del ojo derecho como si quisiera comprobar la forma del globo ocular. Quizá fuera efecto de la luz, pero me pareció que en su rostro quedaba un ligero rastro de lágrimas. Me miró fijamente y me sonrió.

—Ellos también lo entenderán algún día.

Estaba de pie sobre la tierra negra y me dio la impresión de que veía cómo el aire frío iba ascendiendo desde mis pies. En un momento dado, el cielo había empezado a cubrirse de negros nubarrones y a lo lejos se oyó un trueno. ¿Qué hora era? No tenía ni idea. Al respirar, los grumos de sangre coagulada me producían un dolor sordo en la nariz, pero, con todo, podía percibir la mezcla de diferentes olores. Se iban confundiendo con mi aliento y, poco después, desaparecían. No podía explicar, uno a uno, los olores que había flotando en el aire, pero me daba la impresión de que los conocía muy bien.

—A mí me gustan tus ojos —dijo Kojima—. Ya te lo había dicho antes, pero es que son un signo muy importante, ¿sabes? Esos ojos son tú mismo. —Entornó sus ojos humedecidos y me

miró sonriendo alegremente—. Me gustan tus ojos.

*

Aquella noche apenas pude dormir.

Aunque estaba tan agotado que sentía náuseas, en cuanto cerraba los ojos y me quedaba inmóvil, me entraba una gran excitación nerviosa y, bajo los párpados, las tinieblas empezaban a oscurecer y a palidecer una y otra vez: no había ningún indicio de que el sueño fuese a llegar. La garganta me dolía como si me la apretasen con fuerza, el calor se acumulaba bajo el edredón. Me asfixiaba. Cuanto más me esforzaba en dormir, más se alejaba el sueño.

A mi madre le había contado que una bicicleta se me había echado encima, que no la había podido esquivar y que me había dado de frente.

Se asustó al ver la sangre seca de la camisa.

Al decirle que no era grave, que solo había sangrado por la nariz, se me quedó mirando con el ceño fruncido, pero al final pareció convencida. Tras comprobar que no tenía heridas en ninguna parte, me dijo que me había dado un golpe en la cabeza y que sería mejor que fuera al hospital. Le repetí que estaba bien. Seguía doliéndome la nariz al hablar, pero pensé que, si me la hubiera roto, me dolería mucho más aún y, de todas formas, el dolor era incomparablemente menor al que había experimentado justo después de la patada. Le dije: «A ver cómo me encuentro mañana», y me fui a mi habitación. No tenía ganas de hablar.

Me cambié de ropa y, cuando me disponía a meter la camisa manchada de sangre en la lavadora, mi madre me dijo que era mejor tirarla, así que se la pasé en silencio. Ella la cogió con una mueca, hizo una bola con ella y me preguntó qué le había pasado al de la bicicleta. Le respondí que había huido. A continuación me preguntó qué tipo de persona era. Le dije que un hombre joven. Desde pequeño, yo chocaba con la gente. De hecho, ya me había atropellado una bicicleta una vez: se me había echado encima y me había tirado al suelo. Era culpa de mis ojos. No calibraba bien las

distancias.

—Menos mal que ha sido una bicicleta —suspiró mi madre—. Si llega a ser un coche...

Le dije que habría sangrado mucho más y que me encontraría muchísimo peor.

A la mañana siguiente, mi madre siguió insistiendo en que pasara por el hospital antes de ir al colegio, pero al final la convencí para ir después de clase, de modo que salí de casa a la misma hora de siempre y me dirigí hacia la escuela. Al levantarme de la cama había sentido un dolor desconocido en la garganta y en el pecho, tan intenso que durante unos minutos no me había podido mover.

Pensé en lo fácil que sería si se lo confesara todo a mi madre..., no, en realidad no hacía falta tanto..., bastaría con que pudiera estar siempre en aquella habitación. Pero no, yo no podía quedarme allí. Porque Kojima me necesitaba y yo la necesitaba a ella. En el colegio no era que pudiéramos hacer gran cosa ninguno de los dos, pero recordaba infinidad de veces en que me había sido de gran ayuda el simple hecho de mirar su espalda, de saber que ella estaba allí. Quizá mi presencia también la ayudaba a ella: no podía dejarla sola allí, en aquella aula.

Mientras andaba fui recordando con la mayor exactitud posible todas las palabras que Kojima me había dicho el día anterior.

Kojima había llorado y reído, luego me había dicho que le gustaban mis ojos. No era la primera vez que me decía que le gustaban, pero sus palabras tenían el dulce poder de volverme a situar en el lugar donde estaba antes de que me dieran la patada.

Kojima había dicho que todos tenían miedo de mis ojos.

Había dicho que ellos, al ver mis ojos, que no se sabía dónde estaban mirando, tenían la sensación de que había algo que no entendían y que para disimular su miedo me maltrataban un día sí y otro también. Y que mis ojos eran mi propio yo. Eso había dicho. Y que nosotros no nos limitábamos a someternos al maltrato, sino que habíamos elegido esta situación y que la asumíamos. Esto

último Kojima me lo había repetido varias veces. Y que por muy horrible que fuera lo que teníamos que soportar, nosotros no se lo contábamos a nadie e íbamos a la escuela como si no hubiera pasado nada y que allí volvían a hacernos lo mismo, y que, a pesar de ello, nosotros lo volvíamos a asumir... y que justamente eso era lo que importaba de verdad y lo que tenía sentido.

Tenía que pensar con mis propias palabras en Kojima y en mí, en lo de ayer, en todas las cosas, pero no sabía por dónde empezar. ¿Sobre el acoso? ¿Qué sentido tenía reflexionar a aquellas alturas sobre algo tan evidente? ¿Sobre mi estrabismo? ¿Sobre los signos de Kojima? Me sentía como si me estuviera hundiendo con los ojos cerrados en un profundo lodazal sin temperatura. Aquel delicado sentimiento similar a un rayo de luz que atisbaba cuando leía las cartas de Kojima, cuando estábamos juntos o cuando me acordaba de ella, parecía estar lejos ya, fuera de mi alcance.

Fui avanzando por la alameda sin encontrar una respuesta. Al llegar justo a la mitad, me detuve y respiré hondo. Tomé una bocanada de aire tan larga y profunda que me dolieron los pulmones. Luego levanté los ojos hacia el cielo. En el cielo azul celeste no había nada. Innumerables hojas se apretujaban dibujando una pesada línea que se extendía hacia lo lejos. Una capa tan pesada que parecía que fuera a desplomarse sobre mí, a sepultarme en un abrir y cerrar de ojos, a cortarme el aliento de raíz. Todos los restos del verano que quedaban hasta hacía poco habían desaparecido por completo y, de repente, descubría que estaba plantado en medio del otoño. La luz, la tierra, los olores... En un instante, el frío otoño lo llenaba todo como si fuera una lluvia que, al caer, va mojándolo todo sin perdonar nada.

—¿Y cómo te has hecho eso?

Al acabar la clase, el tutor me llamó y me interrogó con cara de sorpresa.

—Choqué contra una bicicleta y me caí al suelo —le respondí.

El profesor llevaba un polo blanco y me estaba mirando fijamente mientras se rascaba la aleta de la nariz con la esquina de

una fotocopia enrollada en forma de tubo.

—¿Te caíste? ¿Ayer?

—Sí —respondí.

—¿Al volver a casa?

Asentí. Luego me preguntó a qué hora, dónde y cómo había chocado. Qué había hecho luego la persona que iba montada en la bicicleta y un montón de cosas más. Repetí exactamente lo mismo que le había contado a mi madre.

—Esas cosas pasan a veces. Pero ve con cuidado, ¿eh? Lo tienes muy hinchado, ¿has ido al hospital?

—Todavía no.

—Es mejor que vayas a que te lo miren. Está muy inflamado. Quizá también estaría bien que te pasases por la enfermería.

Al decirlo, sacudió la muñeca donde llevaba el reloj para volverlo a poner en su posición. Y, tras anunciar a toda la clase que se le había olvidado decirnos que aquella tarde no habría clase de deporte sino de salud y que nos quedáramos en el aula, se marchó. Inmediatamente después, los esbirros de Ninomiya vinieron corriendo a preguntarme qué le había dicho al profesor. Sonriendo de forma amenazadora, me dijeron: «No hay problema, ¿no?». Les conté lo que le acababa de decir y les aseguré que no había hablado más de lo debido. Me di cuenta de que Kojima se volvía hacia mí varias veces con aire inquieto, pero yo no podía mirarla.

Yo todavía no había visto mi cara después de que me dieran la patada. Ya hacía tiempo que no me miraba al espejo. Cuando iba a los lavabos en el colegio, evitaba activamente los espejos y, en casa, siempre intentaba rehuirlos. En realidad, no era tan difícil como podía parecer: me había acostumbrado muy pronto a una vida sin espejos.

Al acabar las clases salí de la escuela y, tras pasar por casa, me dirigí al único hospital de medicina general del barrio.

En una sala llena de un olor que solo podía llamarse «olor a hospital», había varias personas. Un hombre con un vendaje inmaculado alrededor de la cabeza hablaba por teléfono. Otros —

ancianos, en su mayor parte— estaban sentados unos junto a otros en un banco corrido frente a un televisor de gran tamaño. Una enfermera, con la boca pegada a la oreja de uno de ellos, le explicaba a voz en grito algo sobre la medicación. Hablaba como si fuera resiguiendo unas letras grandes escritas en el aire.

Presenté mi cartilla del seguro en la recepción, me senté junto a los ancianos y miré, sin mirar, las noticias reflejadas en la pantalla. A mi lado había una señora mayor inmóvil con las dos manos apoyadas sobre el bastón. No habría podido decir si tenía los ojos abiertos o cerrados.

Tras llamarme por el nombre, me dieron una tarjeta de plástico y me dijeron que cruzara el vestíbulo, que me dirigiera a la sección de traumatología y ortopedia y que esperara. La enfermera, con gestos propios de un trabajo en cadena, me explicó el procedimiento sin apartar la vista de la punta de mis dedos.

En el departamento al que me enviaron había muchos más pacientes que en cualquier otro y, en la mayor parte de los casos, era difícil adivinar a simple vista qué mal tenían. Fui marcando el cuestionario médico que me habían entregado, lo devolví y esperé de pie a que llegara mi turno.

Cuando me llamaron y me introdujeron en el consultorio, el médico me miró la cara, abrió los ojos como platos y dijo: «¡Vaya! Duele, ¿verdad?». Era un hombre que debía de tener la misma edad que mi padre, quizá algo más, de cara alargada, corpulento. Entre aquellas paredes algo sucias y los aparatos muy usados, la bata blanca del médico parecía casi azulada y, en el bolsillo del pecho, llevaba metidos algunos bolígrafos y lápices con goma en un extremo.

—Has debido de sangrar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Mucho —dije.

—Ya, claro. —Asintiendo, el doctor echó una ojeada al cuestionario médico y, tras confirmar que no había tenido dolor de cabeza ni vómitos, me preguntó contra qué parte de la bicicleta había chocado.

Le respondí que pensaba que no me había golpeado la cara directamente contra la bicicleta sino contra el suelo, al caer. El médico soltó un: «Hum...» y, sentado tal como estaba en la silla, se aproximó a mí, me puso un dedo en la frente y la fue presionando poco a poco; me hizo adelantar la barbilla y, después, mientras me iluminaba el interior de la nariz con una pequeña linterna metálica, me metió la punta del dedo en las fosas nasales y levantó las aletas de la nariz para mirar por dentro. Su boca desprendía un olor ácido. A continuación me fue pellizcando la nariz, con más o menos presión, desde el puente hacia la punta y me fue preguntando si me dolía. Le dije que sí todas las veces mientras se me iban llenando los ojos de lágrimas hasta que, al final, acabaron derramándose por los rabillos de los ojos. El doctor volvió detrás de su escritorio haciendo chirriar la silla, apuntó algo en el historial clínico y, luego, me dijo que me iban a hacer una radiografía, que saliera al pasillo y que me quedara allí esperando.

Algo después de los rayos X, cuando entré de nuevo en el consultorio, el médico me señaló la radiografía y me dijo que no había ningún problema en el hueso.

—Bueno, pero aunque no esté roto, el golpe ha sido muy fuerte. Te dolerá durante un tiempo. —Se llevó la mano cerrada a la boca y tosió—. Irá mejorando con el paso de los días.

—Entonces ¿no hace falta que vuelva a venir al hospital? —le pregunté en voz baja.

—Si quieres, puedes venir, claro —dijo el médico sonriendo —. Bueno, ya lo verás. Según evolucione. Voy a recetarte un analgésico y unos apósitos. El medicamento tómatelo cuando sientas dolor y los parches basta con que te los pongas por la noche. Si no te molestaran mucho, iría mejor que no te los quitaras en todo el día. Pero, bueno, con la noche es suficiente —explicó el doctor dando golpecitos en la mesa con la punta del bolígrafo—. Verás que los parches son muy grandes. Córtalos del tamaño que te vaya bien. Y, en cuanto a los analgésicos, puedes tomar un máximo de dos pastillas al día.

Le dije que lo había entendido todo, le di las gracias y me levanté.

—¡Ah! Y otra cosa —añadió el médico—: aunque la inflamación remita, no hagas deporte ni nada parecido. Tienes la zona muy resentida por el golpe. Bueno, seguro que tus profesores se darán cuenta solo con verte la cara.

Tras decir eso, me dirigió una amplia sonrisa. En su boca abierta se veían unos dientes muy bien alineados, tan grandes como la uña del dedo pulgar de una persona adulta.

—Bueno, vuelve dentro de una semana. Así veré cómo va.

El médico se golpeó las rodillas con las manos y me dijo: «¡Que te mejores!». Y, entonces, como si aquello fuera una señal, la enfermera que estaba a su lado corrió la cortina con un gesto rápido, me hizo salir sonriendo al pasillo y llamó por el nombre al paciente que iba tras de mí. La enfermera tenía una voz extrañamente nasal.

6

El otoño iba avanzando día tras día.

Una mañana, cuando llegué a la escuela después de atravesar la alameda de siempre, descubrí que en el gran parterre que estaba justo al cruzar la puerta principal habían empezado a florecer unas plantas que no conocía. Eran unas flores redondas con grandes pétalos de color blanco y rosa pálido que se adherían a su capricho a una verde maraña parecida a las algas secas.

Pensé que debían de ser flores de otoño. Pero, por más que las miré, no conseguí verlas como parte de mi mundo. Lo único que podía sentir de verdad era el dolor que aún me quedaba en la nariz. Con todo, el daño había ido disminuyendo con el paso de los días. Era mi ánimo el que no mostraba signos de remontar.

Poco después del 10 de octubre recibí una carta de Kojima. Quería verme. La carta era corta. Ponía que me esperaba al día siguiente, tras las clases, en las escaleras.

La carta estaba pegada como antes dentro del pupitre y la leí en los lavabos. Me dio la impresión de que la letra era muy diferente de las otras cartas. Sin duda, la nota era suya, pero los trazos escritos con portaminas, que antes eran finos y sutiles como un hilo, habían dado paso a unos caracteres grandes y gruesos; incluso se percibía la presión del lápiz. Sin embargo, estaba seguro de que era su letra. Miré la carta con un sentimiento extraño y, tras pensármelo mucho, le respondí diciendo que tenía un compromiso y que no podía ir.

Al día siguiente me llegó otro mensaje: «Quiero verte, no importa cuándo. Dime algo». Y al siguiente encontré otra nota pegada que decía: «Quiero hablar contigo». No pude responder a ninguna de las dos cartas.

No tenía ganas de ver a Kojima.

Cada vez me costaba más dormir.

Por las mañanas, al despertar, empezaron a dolerme la garganta y el pecho. El dolor siempre era igual y, al beber agua, se intensificaba aún más. Iba hacia la escuela arrastrando mi cuerpo y mi cabeza embotada y, a menudo, me entraba sueño durante la clase, me adormilaba y el profesor tenía que llamarme la atención. Verme así parecía divertir mucho a Ninomiya y a su panda. Como no dormía, mi cuerpo estaba enrojecido y caliente durante todo el día, cubierto de un sudor desagradable, persistente, que me humedecía la piel.

Cuando estaba en casa me costaba incluso decirle «buenos días» u «hola» a mi madre. Cuando estaba en mi habitación no solo no tenía ganas de leer, sino que ni siquiera me apetecía tocar un libro. Pasaba los días en mi cuarto con las cortinas corridas, tumbado en la cama sin mover un músculo. Mi apetito fue disminuyendo poco a poco, como si lo limaran, y tenía constantemente la impresión de que me habían embutido algo en un lado de la cabeza. Cuando me bañaba, dejé de saber por dónde debía empezar y me limitaba a meterme en el agua caliente sin lavarme el cuerpo antes.

—¿Y cuándo vas a ir al hospital? Tú de eso no entiendes y, si no haces todo lo que te dice el especialista, se te pudrirá la nariz.

Me lo dijo una mañana mi madre. Le di una respuesta ambigua y me dirigí hacia el recibidor. Ya había pasado bastante tiempo desde mi visita al hospital.

—Y si se te pudre, ¿sabes qué pasará luego? —dijo mi madre a mis espaldas.

—Que se me caerá.

—No solo eso. No solo se te caerá, sino que se te desgajará —dijo ella remarcando las palabras—. ¿Conoces la diferencia entre *caerse* y *desgajarse*? *Desgajarse* es... —prosiguió.

Después de darle otra respuesta ambigua, abrí la puerta y salí.

También octubre iba llegando a su fin y, para aquel entonces, no poder dormir ya había dejado de ser algo extraño para mí. Tras una hora escasa de sueño, me despertaba y ya no podía conciliar el sueño de nuevo. Me levantaba y contemplaba la noche al otro lado de la ventana, tan negra que no se veía nada; un rato más tarde volvía a meterme en la cama, cerraba los ojos y vuelta a empezar. Eso, una y otra vez.

Miré distraídamente el calendario de encima del escritorio: ya hacía alrededor de un mes que no podía dormir. El calendario señalaba octubre de 1999. Me sorprendió que no hubiera transcurrido más que un mes. Acostado en mi habitación, en las tinieblas de antes del amanecer, intenté reflexionar sobre todo lo que había pasado durante este tiempo, pero no se me ocurrió ni una sola cosa concreta.

Comencé a pensar cada vez más en el suicidio.

Al principio el suicidio no era más que una palabra vaga, sin conexión con la realidad. Una forma de morir de algún desconocido en algún lugar. Pero, una vez que la hube hecho mía, la palabra *suicidio* fue materializándose poco a poco en mi interior de un modo extraño, hinchándose cada vez más. En alguna parte profunda de mí mismo empecé a convencerme de que el suicidio no era solo una circunstancia que podía afectar a un desconocido en algún sitio, sino algo que, si yo lo quería, podía pasarme perfectamente a mí.

La idea fue tomando poco a poco formas concretas.

Pasándome un dedo por la muñeca, imaginaba que me hacía un tajo profundo con un cuchillo. Pero la sensación era todavía muy ajena, tanto en la mano derecha que iba a hacer el tajo como en la izquierda que iba a recibirlo. Sabía muy bien que saldría una cantidad de sangre muchísimo mayor que la que me había salido de la nariz en el gimnasio. Aquel día no había muerto, pero la finalidad de cortarse las venas era morir.

Luego pensé en la posibilidad de matarme tomando una gran cantidad de pastillas. Imaginé cómo me embutía un número

infinito de pastillas en la boca y cómo estas iban bajando poco a poco y se iban acumulando en el fondo de mi estómago. Cómo se iban mezclando con los jugos gástricos hasta convertirse en una papilla espesa. ¿Qué efecto tendrían luego? ¿Y en qué parte de mi cuerpo? ¿Cómo sería mi muerte? De hecho, morirse dormido —es decir, morir sin que ni siquiera uno mismo se diera cuenta de que estaba muriendo— me parecía la forma más correcta de morir. Pero también aquello era aún algo muy lejano. En mi vida real, yo no sabía qué medicamentos necesitaría ni tampoco cómo hacerme con ellos, ni de qué manera tendría que tomármelos. Lo único que podía pensar era que, después de tragarme todas aquellas pastillas, seguro que mi cuerpo estaría muy frío.

¿Y morir? ¿Qué era morir? En las tinieblas negras de mi habitación me pasaba horas dándoles vueltas a estos pensamientos deshilvanados. Intenté imaginar que, en aquel preciso momento, habría en alguna parte muertos de verdad. «No es una metáfora, ni una broma, ni una suposición —me dije—. Es la auténtica realidad. Porque a los seres vivos, antes o después, les llega la muerte. En ese caso, ¿no podría decirse también que vivir no es más que estar esperando la muerte? En ese caso, ¿para qué vivimos? ¿Qué soy yo que estoy vivo?» A partir de cierto punto, dejaba de entender los porqués y daba vueltas y más vueltas en la cama mientras lanzaba pesados suspiros. También se me pasó por la cabeza que morir quizá fuera lo mismo que estar dormido. Uno sabía que estaba dormido porque a la mañana siguiente se despertaba. Si el mañana se retrasara hasta el infinito, permanecería dormido para siempre. ¿Morir no sería algo parecido? En ese caso, la persona muerta no se daría cuenta de que lo estaba. Y esto querría decir que, en realidad, una persona no moría jamás. Sentí que había encontrado una extraña certeza y sacudí la cabeza.

Al principio, mis deseos de morir eran deseos de desaparecer. Simplemente quería irme de allí, desvanecerme. Quería dejar de sufrir. Pero, si era cierto que, aunque muriera, no podría morir en el verdadero sentido de la palabra, ¿podría entonces desaparecer de verdad? ¿No permanecería vagando eternamente dentro de una especie de sueño? Y si el mundo de los sueños de la muerte no

fuera diferente del mundo de estar vivo, ¿cómo podría saberlo yo?

Me vi a mí mismo vestido de uniforme dentro de un ataúd. Tenía algodón blanco embutido en la nariz. Era el mismo lugar que el funeral de hacía un tiempo y me rodeaban varias personas. Sonreí un poco. Porque, si era verdad que estaba bien muerto, no iba a poder ver qué estaba pasando en el mundo después de mi muerte: era algo chocante que me lo estuviese imaginando de aquel modo. ¿Qué pensarían mis compañeros de clase? Y, aunque esto dependería de la nota de suicidio que dejase, ¿se la cargarían Ninomiya y los suyos? ¿O el resto de la clase intentaría encubrirlos? ¿Pensaría alguien que el problema estaba en el muerto —en mí— por no haber sido capaz de aguantar un acoso de nada? Seguro que sí. ¿No habría también quien dijera que no era para tanto porque, de todas formas, yo estaba predestinado a acabar así? ¿Dirían quizá que había aguantado demasiado poco? Así pues, ¿el hecho de que me suicidara y desapareciese de este mundo no tendría ninguna consecuencia positiva, por pequeña que fuese? ¿No podría librarse Kojima del acoso, por ejemplo? ¿O quizá empeoraría aún más su situación? Cuando cerraba los ojos, esta serie de pensamientos emergían a la superficie, flotaban ante mis ojos formando un extraño dibujo y, luego, se esfumaban. Pero lo cierto era que, pasara lo que pasase, la gente lo acabaría olvidando todo y, aunque alguien como yo se suicidara atormentado por el acoso escolar, no cambiaría nada.

Empecé a llorar mucho por las noches. Más que un llanto consciente era algo parecido al sudor: las lágrimas me acudían a los ojos de forma espontánea e iban cayendo por las mejillas. El torrente de lágrimas era imparable. A veces me preguntaba si lloraba por tristeza, pero en aquellos momentos ya no sabía qué significaba estar triste. Claro que, si uno estaba triste porque lloraba, seguro que yo estaba triste, sin duda. Pero no tenía claro cuál de las dos cosas iba primero. Solo que unas lágrimas sin razones me llenaban los ojos, que el pecho se me agitaba y las hacía caer por las mejillas y que yo, acostado en mi cama, inmóvil, iba contemplando día tras día cómo se acercaba el final de la noche.

*

Kojima me siguió escribiendo como siempre notas cortas y alguna carta un poco más larga.

Eran cartas llenas de dulzura. Al leerlas, pensé infinidad de veces que ojalá pudiera verla y hablar con ella. Pero, por alguna razón, no me sentía con ánimos. Tampoco podía contestar a sus cartas. Lo que habíamos vivido juntos aquel verano, nuestros encuentros en la escalera, todo lo que me producía una sensación de calidez se había ido disipando, poniéndose fuera de mi alcance.

Las palabras que se pronunciaban durante las clases se dispersaban antes de entrar en mis oídos. Yo me limitaba a estar sentado allí, sin más. Ya no sabía cómo concentrar mis fuerzas. Y así, iba sintiendo vagamente, como si se tratara de un asunto ajeno, cómo me iba debilitando día tras día. De forma inversa, en las cartas de Kojima percibía una fuerza misteriosa que crecía con el paso del tiempo, pero yo solo podía contemplarla, incapaz de pensar en nada. También pude ir observando aquel cambio en la propia Kojima cuando los compañeros de clase la maltrataban en el aula o en el pasillo o se reían de ella. La Kojima de antes tenía tan poca vitalidad como un futón desgastado por el uso y ahora, sin embargo, parecía protegida por una fuerza de la misma naturaleza que la de sus cartas. No, más que estar protegida por una fuerza, parecía que Kojima se hubiese convertido en aquella misma fuerza. En el aula todo continuaba exactamente igual que antes. Kojima era la única que había cambiado. Nadie se daba cuenta, solo yo. Sus compañeras de clase seguían dándole patadas y mandándola a hacer recados, pero yo, cuanto más la miraba, menos entendía qué estaba sucediendo allí en realidad.

Cuando sus ojos se encontraban con los míos, Kojima se movía despacio, me miraba y dibujaba una alegre sonrisa en las comisuras de los labios. Yo me sentía avergonzado por no responder a sus cartas, pero ella me sonreía como diciéndome que no pasaba nada, que todo iba bien, y mantenía los ojos clavados en mí hasta que yo apartaba la vista.

*

El jueves de la semana siguiente fui al hospital.

Llegué pasadas las cinco, y tanto la recepción como el vestíbulo estaban tan llenos como la vez anterior. La gente, los colores, el contenido de los programas de televisión, los sonidos y los olores, todo era idéntico. No era raro, puesto que se trataba del mismo hospital. Pero me produjo una impresión extraña. No era nostalgia ni tampoco la sensación de haber vivido antes la misma experiencia, era solo que, de repente, había dejado de saber en qué momento estaba.

Cuando me disponía a dar un paso hacia la recepción, descubrí que entre las personas sentadas en el vestíbulo estaba Momose.

Todavía iba de uniforme y estaba en el último asiento del fondo, mezclado con una multitud de pacientes y de personas que esperaban sus medicamentos.

Al verlo me dio un vuelco el corazón y, en un gesto reflejo, corrí a esconderme detrás de los teléfonos públicos. Una mujer de mediana edad que estaba hablando entre risas, sosteniendo el auricular entre la barbilla y el hombro, se sobresaltó y, tras lanzarme una mirada circular a la cara, me dio la espalda. Desde donde estaba, no podía verme. Pero era él, sin duda alguna. Solo con pensar: «Es Momose», sentía cómo se me iba acelerando el pulso.

Pensándolo bien, era la primera vez que veía a Ninomiya, a Momose o a cualquiera de los otros fuera del colegio.

Lo que sucedía en la escuela, a fin de cuentas, se quedaba en la escuela. Por culpa del acoso, la existencia de Ninomiya, Momose y los demás me amargaba sin cesar, pero, esencialmente, solo afectaba a la mitad de mi vida. Encontrarme a Momose fuera de la escuela me producía una ansiedad difícil de expresar con palabras. Tenía la posibilidad de salir por la puerta automática y regresar a casa sin pasar a consulta, pero era incapaz de dar un paso más allá del espacio entre los teléfonos públicos de color verde amarillento

y las plantas decorativas.

Pese a todo, un instante después estaba adelantando un pie tras otro, alternativamente, en dirección a Momose.

Presionando con fuerza las suelas de mis zapatos de goma contra el suelo del vestíbulo que no sé de qué material estaba hecho —algo que no era ni duro ni blando sino justo lo intermedio — fui avanzando lentamente hacia él. En aquel momento, mi cabeza estaba vacía. No tenía nada que decirle y tampoco quería verle la cara. Ni yo mismo sabía lo que estaba haciendo.

Momose estaba apoltronado en el asiento del extremo con los brazos cruzados, mirándose las puntas de los zapatos.

Me detuve tan cerca de él que las puntas de mis pies casi tocaban las suyas.

Comprendí que las puntas de mis zapatos habían entrado en su campo visual y vi cómo su mirada iba subiendo desde mis zapatos a las rodillas, y desde las rodillas hasta la zona de los muslos, y cómo se tomaba un respiro al llegar a la clavícula hasta que, finalmente, alcanzaba la cara. Lo único que cambió de posición en todo el tiempo fueron sus ojos negros como la sombra de las nubes un día sin viento. Su cuerpo no se movió ni un milímetro hasta que, al final, levantó un poco la barbilla.

Yo me quedé delante de Momose, sin decir nada, mirándolo desde arriba.

Él me clavó la vista unos segundos, pero enseguida volvió a dirigirla hacia sus pies. Sus ojos tenían el mismo aspecto que si hubiera estado observando uno de los carteles de vacunación que había pegados en la pared. Su expresión me hizo pensar en un par de guantes blancos nuevos.

Pasé una pierna tras otra por encima de sus rodillas para no pisarle los pies y me trasladé al asiento de al lado. Tenía el respaldo descolorido y, encima, había un periódico que, tras haber sido desplegado varias veces, se veía abultado y lleno de arrugas.

Momose estaba inmóvil. No se había movido ni siquiera cuando le había pasado por encima. Tampoco me miraba. No parecía estar fingiendo: su actitud traslucía pura y auténtica indiferencia. Después de sentarme a su lado, me crucé de brazos y

clavé los ojos en mis zapatos, igual que él. Momose parecía estar pensando en algo que no tenía absolutamente nada que ver conmigo.

El tiempo iba pasando sin que lo llamaran por el altavoz de recepción. A mí, por supuesto, tampoco me llamaron.

No sabía si ya le habían atendido y estaba esperando la receta y los medicamentos o si aún tenía que pasar por la consulta del médico. No se le veía ninguna herida o lesión, tampoco daba la impresión de que se encontrara mal.

Permanecimos un rato inmóviles los dos.

A nuestro alrededor, la gente parecía que quisiera moverse el doble para suplir nuestra inmovilidad. Yo estaba allí sentado, rígido, junto a Momose, entre el bufido de las puertas automáticas que se abrían y cerraban, el sonido amortiguado de las suelas blandas de las enfermeras yendo de aquí para allá y las voces que saludaban con afectación.

No sé cuánto tiempo llevaba sentado allí, cuántos minutos habían transcurrido, o cuántas horas, pero en cierto momento, sobreponiéndose a mis nervios, una somnolencia compacta empezó a embestirme sin parar y, en mis esfuerzos por librarme de ella, acabé con dolor de cabeza. La noche anterior había dormido mal. Y era durante la clase o a aquellas horas de la tarde cuando me asaltaba, a oleadas, un sueño irresistible. La blancura del contorno superpuesto de mis zapatillas de deporte comenzó a enturbiarse poco a poco, los párpados se me cerraban y tenía que alzar las cejas con fuerza cada vez para mantenerlos abiertos.

Entonces, como si se le hubiera ocurrido de pronto, Momose se puso en pie de un salto y, antes de que yo pudiera reaccionar, ya estaba alejándose. Me levanté corriendo y fui tras él. Sin volverse ni una sola vez hacia mí, fue abriéndose paso entre la multitud del vestíbulo a paso rápido y cruzó la puerta automática y yo también. Fuera estaba todavía más oscuro que antes. La noche ya había empezado a penetrar lentamente en lugares donde hasta hacía poco aún había restos de la luz del día. El frío lo llenaba todo y fuertes ráfagas de viento agitaban entre susurros las hojas de los árboles. La espalda del uniforme de Momose, apenas visible entre

los rostros de la gente que se dirigía al hospital, iba alejándose de mi vista a una velocidad muy superior a la normal y ya empezaba a fundirse entre los colores de la noche. Aceleré el paso y lo seguí casi a la carrera. El terreno del hospital era muy amplio. Había un gran aparcamiento con un enorme número de bicicletas que formaban una hilera plateada, unas pequeñas luces de color blanco azulado distribuidas a intervalos regulares a lo largo del césped y los bancos colocados junto a ellas. Justo cuando Momose se disponía a cruzar el portal del hospital, alargué el brazo de forma casi inconsciente, lo agarré por detrás el cuello de la chaqueta y le di un fuerte tirón.

El color de la piel de las manos de Momose se agitó con fuerza en el aire azul marino hasta que cayó de espaldas y dio con una mano contra el asfalto. Momose alzó la cabeza, me echó un vistazo rápido y apartó enseguida los ojos. Se levantó en silencio y se sacudió con cuidado el polvo de la ropa. Luego me miró fijamente, todavía con el cuerpo vuelto hacia un lado. Yo me quedé quieto sosteniéndole la mirada.

—¿Qué? —me dijo Momose con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Giró ligeramente la cabeza hacia mí.

Era la primera vez que oía su voz desde tan cerca. La impresión que me produjo era muy diferente a la que recordaba. Como no le respondí nada, poco después volvió a hacer la misma pregunta:

—¿Qué?

—Quiero hablar.

Aunque la verdad era que no tenía nada que decirle.

—¿Con quién? —preguntó Momose sin cambiar de expresión.

—Contigo.

—¿Conmigo? ¿Tú?

—Sí. Yo, contigo.

—Yo no tengo nada que decirte —replicó Momose.

—Pero yo a ti sí.

Momose se me quedó mirando fijamente. Mientras, yo sentía cómo un ligero temblor me recorría las rodillas y las puntas de los dedos.

—¿Y por qué tendría que escucharte?

—No tienes por qué hacerlo —contesté.

—Además, nos hemos encontrado aquí por casualidad, ¿no? Vamos, que no hace ninguna falta que hablemos justo ahora, ¿no? Dejémoslo para la próxima vez —dijo Momose insinuando una sonrisa.

—No ha sido una casualidad. Es que he visto que entrabas en el hospital —mentí.

—¿O sea, que como querías hablar conmigo...? —Momose pareció reflexionar y me miró de frente. Lanzó un pequeño suspiro —. ¡Uf! ¡Qué mal rollo! —Soltó una risita—. ¿Y será corto? ¿O largo? ¿Y tiene que ver conmigo? Eso lo primero.

—No lo sé. Pero tengo algo que decirte.

—Bueno, pues habla de una vez. —Momose se dirigió hacia uno de los bancos que había bajo las luces y se sentó.

Yo fui incapaz de hacerlo.

—No puedo dormir —dije un poco después. No había preparado qué iba a decirle ni mucho menos en qué orden, pero las palabras salieron de mi boca de forma natural, como si hablara conmigo mismo. «No puedo dormir», repetí dentro de mi cabeza. Además, era verdad. No podía dormir—. Hace un mes que no puedo dormir bien.

—Vaya —contestó Momose mirándose la punta de los dedos que mantenía cruzados sobre las rodillas—. Así que no puedes dormir.

—Exacto. No puedo dormir.

—¿Y qué diablos tiene eso que ver conmigo? —soltó mirándome con cara de no comprender realmente cuál era la relación entre una cosa y otra.

—Vosotros tenéis la culpa de que no pueda dormir.

—¿Vosotros? —repitió con expresión de no entender de qué le estaba hablando.

—Vosotros tenéis la culpa de que no pueda dormir.

—Vale. ¿Y qué quieres decir con «vosotros»?

—Pues vosotros.

—¡Ah! —Momose asintió rascándose el rabillo del ojo con la

punta del dedo—. Y, suponiendo que exista ese «nosotros», ¿qué es lo que te estamos haciendo?

«Acosarme», estuve a punto de responder inmediatamente, pero no lo hice. Me daba la impresión de que era un error formularlo así. El interior de mi boca temblaba, los dientes me castañeaban. Tragué saliva, adelanté la barbilla y, tras respirar hondo, pensé en decirle: «¿Acaso no crees que me estáis haciendo cosas horribles, o qué?», pero tampoco estas palabras describían en absoluto mi situación ni lo que ellos me hacían. Incapaz de encontrar la forma correcta de expresarlo, no me quedó otra opción que quedarme callado.

—¿Y qué es? —repitió Momose con voz inexpresiva—. ¿Qué es lo que hacemos?

—Vosotros —dije despacio escondiendo los dedos, que me estaban temblando, en el bolsillo de la chaqueta— sois violentos conmigo todos los días.

—¿Violentos?

—Me hacéis hacer cosas, me dais patadas, me golpeáis. Me maltratáis porque tengo estrabismo.

—¿Y tú quieres que dejemos de hacerlo? ¿De eso va el asunto? —preguntó Momose.

—Es posible.

—¿«Es posible»? ¿Y eso qué es? —Momose se rio—. ¿Qué significa eso?

—¿Por qué?

Después de haberlo dicho, no pude seguir hablando. Al verme callado, Momose lanzó un suspiro y dijo con exasperación:

—Pero ¿tú de qué vas?

Luego volvió a suspirar.

—¿Por qué? —repetí—. ¿Por qué lo hacéis? ¿Por qué hacéis una cosa así? Algo que no tiene ningún sentido. ¿Para qué? ¿Qué ganáis vosotros?... Nadie tiene el derecho de usar la violencia contra los demás. Absolutamente nadie —dije remarcando bien las palabras—. Yo no os he hecho nada para que me maltratéis de esta forma.

Momose tenía la vista fija a la altura de mis rodillas e iba

cruzando y descruzando los dedos.

—No os estoy pidiendo que os dé igual que tenga estrabismo..., que no os importe que mis ojos sean como son.

La saliva fluía con abundancia mientras iba encadenando las palabras despacio, pero, con todo, notaba la boca reseca. Era tan molesto que tenía que humedecerme continuamente los labios. Momose estaba sentado en el borde del banco jugueteando con las uñas. Tragué saliva y proseguí:

—Puedo entender que cualquiera, al verme la cara, se sorprenda o aparte la vista. Esto me parece normal. Pensad lo que queráis, eso no me importa. Pero me gustaría que me dejarais en paz.

»Yo no he elegido nacer con estos ojos. ¿Verdad que tú tampoco has elegido nacer con unos ojos normales? Pues, en este sentido, tú y yo somos iguales. Me parece normal que os dé asco. Pero eso no justifica que me tratéis con violencia. Nadie tiene este derecho.

Mientras hablaba, apretaba los puños con fuerza dentro de los bolsillos para que no se viera cómo me temblaban los dedos. Las bicicletas iban cruzando por detrás de nosotros y pasó un grupo de mujeres charlando alegremente.

—No termino de entender lo que me estás diciendo —dijo Momose algo después levantando una ceja—. No lo entiendo.

—¿El qué?

—Lo primero —empezó Momose—. Dices que tú y yo somos iguales en el sentido de que ninguno de los dos ha podido elegir cómo es, pero eso es completamente falso. Como salta a la vista, ni yo tengo estrabismo ni yo soy tú. Y tú no dejas de tener estrabismo ni tú eres yo —rio Momose—. Ya ves que no podemos ser más diferentes de lo que somos. Y después has dicho..., ¿qué era?... ¡Ah, sí! Lo de la violencia. Que nadie tenía derecho a usar la violencia contra los demás. Y que tú no habías hecho nada. Que por qué no te dejábamos en paz. Eso es lo que has dicho, ¿no? Pues, mira, lo que yo no acabo de entender es cómo puedes pensar de esa forma.

—¿Y qué es lo que no entiendes?

—Pues que la gente no hace las cosas porque tenga derecho a

hacerlas. La gente hace las cosas porque le da la gana. —Momose carraspeó y, palpándose con cuidado la articulación del dedo índice, dijo—: ¿Y qué iba después? ¡Ah, sí! Que no hagamos algo que no tiene sentido. Estoy de acuerdo en lo de que no tiene sentido. Pero ¿qué hay de malo en que no lo tenga? Si lo bueno es precisamente eso. Y, luego, respecto a lo de que te dejemos en paz, pues tú eres libre al cien por cien de quererlo, por supuesto. Pero los otros también son libres el cien por cien de hacerte caso o de no hacértelo. Y, por lo visto, ahora no hay mucha coincidencia que digamos. No puedes ir quejándote del mundo solo porque el mundo no te trata como tú quieres que te trate, ¿no te parece? En fin, volviendo a lo de antes, tú eres libre de decir, o de esperar, lo que te dé la gana, pero ten muy claro que esto no va a afectar de ninguna manera mi forma de pensar o de actuar. Una cosa es una cosa y otra, otra.

Estuve mirándole las manos mientras repetía dentro de mi cabeza lo que me acababa de decir.

—Además —prosiguió—, hay una cosa que me ha chocado. Desde hace un rato no paras de repetir que tus ojos son así o asá, o que tu estrabismo tiene la culpa de eso, de aquello y de lo de más allá. Pues la verdad es que tampoco tiene tanto que ver.

Al oír aquellas palabras me quedé paralizado.

¿Que el estrabismo no tenía que ver? Empecé a notar cómo el pulso me latía con fuerza en la garganta y cómo algo iba encogiéndose poco a poco en el fondo de mis oídos. Me pasé la lengua por los labios muchas veces, tomé aire y lo expulsé y, al final, dije como si exprimiera las palabras:

—Y eso... ¿qué significa?

Al oír mi voz, Momose sonrió divertido.

—Pues que por lo visto interpretas mal las cosas. Te lo hacen pasar mal en clase. Ya. A mí no es que eso me divierta especialmente, la verdad. Es algo que a mí no me va ni me viene. Pero, bueno, sí. La mayoría de la clase se ríe de ti, te trata mal, te da patadas y golpes. Y eso, tal como dices, ocurre cada día. Eso lo reconozco. También está claro que eres bizco y que te llaman bizco. Pero eso es aleatorio. Que tengas estrabismo, básicamente,

no tiene nada que ver. Tus ojos no son el factor determinante de que te maltraten.

—No lo entiendo —dije—. Vosotros hasta ahora no habéis parado de decirme que si mis ojos son esto o lo otro. Mil millones de veces, siempre... ¿O no os estáis metiendo continuamente con mis ojos? ¿Acaso no os burláis siempre de mí por culpa de mi estrabismo? ¿No es verdad que me llamáis «bizco» todo el rato... y que me tratáis con violencia? ¿Cómo puede ser, entonces, que no tenga relación con mis ojos?

—Es que —dijo Momose con una risita— no tenías por qué ser tú. Podría ser cualquier otro. Tú estabas allí y dio la casualidad de que nos entraron ganas de hacerlo contigo. Coincidieron las dos cosas por azar. Nada más.

—No entiendo qué sentido tiene eso. —Haciendo un gran esfuerzo logré repetir lo mismo otra vez.

—¿Qué es lo que no entiendes? Lo que te estoy diciendo es que no es que te maltraten porque tengas estrabismo ni nada por el estilo. Una cosa no tiene relación con la otra. —Momose soltó un suspiro como queriendo decir: «¡Uf!».

—Entonces, ¿por qué la mayoría de vosotros me maltratáis precisamente a mí? —dije. Y, tras dudar un poco, añadí—: Y no solo soy yo. También le hacéis lo mismo a... Kojima, ¿no? Os burláis de ella porque va sucia y la maltratáis continuamente, ¿no es así? Si es casualidad, como dices, ¿por qué Kojima y yo? Si la única razón es la casualidad, ¿por qué nosotros tenemos que aguantar que nos tratéis así?

—¿Kojima? —Momose me miró ladeando la cabeza—. ¡Ah, sí! Vale.

Sopló una ráfaga de viento que agitó los árboles.

—La casualidad, diciéndolo de una manera simple, es el modo en que funciona el mundo —dijo Momose—. No solo en lo tuyo, porque ¿hay algo en el mundo que no sea una casualidad? Yo no lo creo. ¿Y tú? Por supuesto, después puedes buscar todas las razones que quieras: es posible explicarlo todo. Pero en el origen de las cosas, lo único que existe, siempre, es la casualidad. Que tú hayas nacido es algo fruto del azar. Y, por supuesto, que yo haya nacido

también lo es. Tú y yo hemos coincidido por casualidad. Aparte, todos tenemos determinadas inclinaciones, ¿no? Y, entonces, a veces, por casualidad, te entran ganas de hacer algo, ¿entiendes? Vendrá a ser lo que llaman *deseos*. A veces surgen así, sin más. A veces quieres darle un puñetazo o una patada a alguien, por ejemplo. Y ese deseo que ha surgido así, por casualidad, pues, a veces, encuentra de forma azarosa las circunstancias propicias para que se pueda realizar. Creo que la situación en la que te encuentras tú es simplemente el resultado de una coincidencia. Que se ha dado por casualidad, claro.

—¿Por casualidad? —repetí sin comprender el significado.

—Sí, claro. Por casualidad. Tú a mí me importas una mierda y yo no tengo ningún interés personal en lo que te están haciendo Ninomiya y los demás. Aunque esté allí, no pienso nada y no opino nada. Por lo que a mí respecta, esto es todo lo que hay.

—Es decir... —dije en voz baja—, que crees que hacerle eso a alguien..., que hacer sufrir a alguien está bien, ¿no?

—¡Eh! Un momento —dijo Momose con un suspiro—. ¿Ahora resulta que hablamos del bien y del mal? Vamos, yo no estoy hablando de eso. Yo solo te estoy explicando las circunstancias.

Me había quedado sin palabras. Tampoco podía moverme. No sabía qué tenía que decir a continuación: solo podía estar allí, de pie, con los ojos clavados en sus rodillas.

Momose prosiguió mientras jugueteaba con sus manos:

—Nada tiene sentido. Lo único que pasa es que todos hacen lo que quieren hacer, supongo. Y nada más. De base, hay unas ganas, un deseo. En el momento en que nace este deseo, no existe ni el bien ni el mal. Y si, por casualidad, se dan las circunstancias propicias para que puedan satisfacer ese deseo, pues van y lo hacen. Y esto te incluye a ti. La gente actúa a su capricho para satisfacer su deseo. Tú también, ¿no? Habrá cosas que quieres hacer, supongo. ¿Verdad que las harás si puedes? Pues, fundamentalmente, el principio es más o menos el mismo.

—No es lo mismo —dije como en un acto reflejo mientras me frotaba las uñas dentro de los bolsillos—. Lo que estás haciendo... es interpretar las cosas del modo que te conviene. Por ejemplo...,

una cosa es ir tú solo al lugar adonde te apetece ir y otra, muy distinta, ser violento con alguien porque te apetece pegarle un puñetazo.

—Es diferente en la forma, por supuesto. Pero el principio es el mismo. ¿Cuál es la diferencia?

—Que esto está mal, vosotros también lo sabéis, ¿o no? —dije —. Hablas de que solo se trata de seguir los propios deseos, pero vosotros también tenéis muy claro que esto es algo inaceptable.

—¡Uf! Pues no sé qué quieres que te diga —respondió Momose ladeando la cabeza—. ¿Acaso importa eso?

—¿Ah, no? Y, entonces, ¿por qué lo ocultáis? —pregunté—. Vosotros... tenéis algún tipo de sentimiento de culpa, ¿no es así? Por eso me decís que tenga la boca cerrada, por eso tenéis miedo y os escondéis de los profesores... Es por eso, ¿verdad? Me hacéis daño, pero de modo que no queden señales. ¿O no? Si, tal como dices, esto es igual que cualquier otro deseo, ¿por qué no le echáis valor y lo hacéis a la vista de todo el mundo? ¿Sabes por qué? Porque sabéis que está mal... Si no, lo haríais a cara descubierta.

—¿Y por qué? ¿Por qué tendríamos que tomarnos tantas molestias? —dijo con cara de no entender la razón—. ¿Qué necesidad hay?

—Si creyerais de verdad que es correcto, no os costaría nada, ¿no?

—Volvemos a lo mismo que lo de tener derecho. No se hacen las cosas porque sean correctas, ¿vale? La gente no hace lo que tiene ganas de hacer porque sea correcto, ¿vale? ¿No has oído lo que te he dicho?

—Eso..., eso no es así —dije.

—Sí, lo es —dijo Momose.

Levanté la vista suspirando y sacudí la cabeza. El aire era un poco más frío que antes; la oscuridad, más densa. Al mirar la farola con los ojos entornados, vi unos insectos blancos revoloteando alrededor. Me quité las gafas y me froté los ojos. Intenté pensar en lo que Momose me había dicho hasta entonces. Pero no lo conseguí. Apenas podía mantenerme en pie.

—Si tú te encontraras en mi situación y te dijeran lo que me

acabas de decir, ¿crees que te convencerían? —le pregunté.

—¿En qué momento te he pedido yo que me creas? —replicó Momose con voz de fastidio—. No hay ninguna necesidad de que estés de acuerdo con mis ideas. Si no te gustan, no pasa nada. Tú piensa como te dé la gana.

—Por eso, yo...

—Escúchame. El mundo..., ¿cómo te lo explico? No hay un solo mundo. Ese mundo único, cómodo, que todos interpretamos de la misma forma no existe en ninguna parte. Puede parecerlo a veces, pero solo lo parece, nada más. Todos vivimos en mundos completamente distintos. De principio a fin. El resto solo son combinaciones entre estos mundos.

—Eso es lo que tú... —empecé a decir, pero Momose me interrumpió.

—Y, en estas combinaciones, lo que pasa en nuestro lado y lo que pasa en el tuyo, a simple vista, puede parecer que está conectado, pero no hay absolutamente ninguna relación. Por ejemplo, mira lo que decíamos antes. Tú, hasta hace un rato, creías que la causa del acoso eran tus ojos. Pero, según mi punto de vista, una cosa no tenía nada que ver con la otra. El maltrato que recibes y que a ti llega a quitarte el sueño, para mí es algo sin importancia. No me remuerde la conciencia en absoluto. No le doy vueltas. Para mí, ni siquiera es maltrato. Y eso no se limita a ti y a mí. Si te lo piensas bien, funciona igual para todo el mundo. Las cosas nunca van como nos gustaría. ¿O no? No hay ninguna relación entre lo que uno piensa, o desea, y el mundo, ¿sabes? Cada uno intenta arrastrar a los demás dentro de su propio sistema de valores y así va tirando, como puede, cada uno a su manera. —Tras un carraspeo, Momose prosiguió—: Así que, si no quieres que te sigan haciendo lo que tú llamas *maltrato*, no tienes otra salida que hacer algo respecto a nosotros, es decir, respecto a Ninomiya. Tal como te he dicho antes, yo no me lo estoy pasando bien. No creo que sea divertido ni nada de eso. Pero resulta que estoy allí con ellos y, a veces, por casualidad, puede que dé alguna idea. Ya sabes, cosas que pasan. También estoy ahora aquí, hablando así contigo.

—Y, entonces, la gente..., los sentimientos de la gente, ¿qué

ocurre con ellos? —susurré como si estuviera hablando conmigo mismo.

—Pues, ni idea —dijo Momose—. Vaya, eso cae por su propio peso. Cada uno tiene que ocuparse de sus propios sentimientos, ¿no? ¿Te pido yo que te ocupes de los míos? Eso no te lo pedirá nadie.

Lo que acababa de decir le pareció tan divertido que soltó una carcajada. Miré en silencio cómo se reía. Pasó un buen rato antes de que parara.

—Porque, ¿sabes?, esto pasa tanto en el arte como en la guerra. En todo es igual. Que si aquel es el que tiene mejor gusto, que si cuál es más bello, que si la verdad es esta y esto una falsedad: mires donde mires, ves a gente hablando y hablando. La gente no para de discutir sobre esto y lo otro, no se cansa nunca de hablar. No puede cerrar la boca. Porque estar vivo es eso. Y la gente se enfada y se alegra, y habla y habla. Todo el mundo disfruta hablando y hablando. —Momose se encogió de hombros y echó la cabeza hacia atrás—. Pues lo único que a mí me da miedo a veces es el deseo que está ahí. Es decir, el deseo de vivir. Y nadie puede protegerme a mí de mí mismo, a mí que estoy vivo.

Momose estalló en carcajadas como un loco y siguió riendo mientras se revolvía el pelo. Entre sus labios se veían unos dientes blancos.

—Oye, ¿y esto hasta cuándo va a durar? —dijo Momose mirándome, aún con cara sonriente, después de estar un rato riendo—. Me parece que ya te he explicado todo lo que te preocupaba.

No respondí nada a eso. Tras unos minutos de silencio, le dije:

—Y si me suicidara, ¿qué crees que te pasaría?

Al oírlo, Momose volvió a reírse a carcajadas.

Proseguí sin hacer caso de su risa.

—Dejaría un mensaje donde explicaría lo que me habéis hecho. Todo. Sin olvidar nada.

—Bueno... —Cuando acabó de reírse al fin, me miró a la cara —. Un poco de follón sí habría, claro. Pero ¿y qué? A la edad que tenemos, nada se considera crimen. Sea lo que sea. Y una cosa así

enseguida se olvidaría. Lo del maltrato es algo muy ambiguo, ¿sabes? Algo así depende mucho de la interpretación que le des.

—¿Y tú no te sientes culpable nunca? —le pregunté con voz apagada.

—¿Culpable?

—No por lo que haces cuando estás con Ninomiya y los otros... Por algo que hayas hecho cuando estabas solo, por ejemplo... ¿No te sientes culpable nunca?

—Pues no. —La respuesta de Momose fue instantánea—. Nunca.

—Si a alguien de tu familia lo tratasen como a mí, tú..., tú sufrirías, supongo.

—Pues claro que sufriría —dijo Momose con cara sorprendida —. Pero ¿qué te piensas que soy? No sé si lo sabes, pero tengo una hermana pequeña y la quiero mucho. Jamás permitiría que a ella le pasara nada parecido.

—Entonces, ¿por qué crees que una persona ajena puede aguantar lo que ni tú ni nadie cercano a ti podríais soportar que os hicieran?

—Es que no tiene nada que ver una cosa con la otra. ¿Qué significa eso de que yo no pueda hacer a un extraño lo que no querría que le hicieran a mi hermana pequeña? —Momose me estaba mirando fijamente con los ojos muy abiertos—. Eres tú quien se ha de proteger a sí mismo. Eres tú quien ha de evitar que te hagan lo que no aguantas. Creo que es algo muy simple, ¿no? Ya eres mayorcito y quizá no sea necesario que te lo diga, pero eso de «no hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti» es una trola. Una mentira, fijo. Eso no es más que una excusa de mindundis sin ningún talento ni fuerza, incapaces de pensar nada por sí mismos ni de tener ninguna iniciativa. ¡Espabila de una vez! —Momose se rio—. Porque es así como funcionan las cosas, ¿sabes? Mira este hombre, por ejemplo —dijo señalando con la barbilla detrás de mí, en diagonal. Había una familia compuesta por un matrimonio cuarentón y una chica algo mayor que yo que llevaba el uniforme del instituto. Iban andando en dirección al portal—. Este hombre no tengo la menor idea de cómo es, pero si

su hija se hiciera puta, saliera en vídeos desnuda o ganara dinero montándoselo con tíos, seguro que él se opondría. Y no solo un poco, seguro que se lo tomaría muy en serio. Pero es posible que él vea vídeos donde salen mujeres que son hijas de alguien o que vaya a locales donde haya mujeres desnudas que también son hijas de alguien y que se lo monte con ellas. Y que eso le parezca lo más normal. Si lo razonable fuera ponerse en la situación del otro, este hombre tendría en cuenta los sentimientos del padre de la mujer que se abre de piernas, se desnuda y le hace lo que sea, ¿no? Pero una cosa es diferente a la otra. Del todo diferente. Ningún padre piensa en el padre de la mujer desnuda que tiene delante. Y, ¿sabes?, a mí esto me parece perfecto. Es lo natural. No se trata de que esté bien o de que esté mal. Son cosas que están separadas de antemano. —Momose siguió hablando mientras se frotaba los ojos —. Solo podrían decir que tienen que actuar poniéndose en el lugar del otro las personas que vivan en un mundo donde no exista esta separación. Solo personas sin contradicciones. Pero ¿dónde está este tipo de personas? ¿Verdad que no existe? Lo único que hace todo el mundo es pensar y comportarse como le conviene. Lo único que hacen todos es ir soltando mentiras para que nada les impida actuar según les convenga. ¿O no es así? Todos hacen con toda tranquilidad a los demás lo que odiarían que les hicieran a ellos. ¿O no? Los carnívoros se comen a los herbívoros y la escuela está hecha para determinar, en un periodo de la vida, quiénes son más capaces y quiénes lo son menos. Y, siempre, en cualquier momento, los fuertes vencen a los débiles. Y nadie puede escapar de esta realidad. Ni siquiera los tipos que van juntando palabras bonitas, elaboran una serie de reglas que les convienen y se sienten seguros rodeados de ellas.

—Entonces, hagas lo que hagas, da igual, ¿no? Puedes vivir haciendo lo que te venga en gana y quedarte tan tranquilo. ¿Es eso?

La cabeza casi me pendía sobre el pecho y hablé en voz tan baja que no estaba claro si me dirigía a Momose o a mí mismo.

—Cuando eras pequeño te decían que si no te portabas bien, irías al infierno, ¿verdad? —dijo Momose—. Y eso es algo que no

existe, algo inventado, ¿no? Pues es lo mismo. Como no hay nada que tenga sentido, pues hay que inventarlo. —Momose se rio—. Los débiles no pueden aguantar la verdad, ¿sabes? Son incapaces de soportar algo que es evidente: que ni el sufrimiento, ni la tristeza ni nada de la vida tiene sentido.

—¿Y quién... sabe esto según tú? —pregunté con voz desmayada.

—Cualquiera que tenga dos dedos de frente puede darse cuenta —rio—. Si hay un infierno, está aquí. Si hay un paraíso, también está aquí. Todo está aquí. Lo otro no tiene ningún sentido. Y a mí eso me parece superdivertido.

Miré a Momose a la cara en silencio.

—Así que no esperes nada de estas mentiras estúpidas. Eres tú quien tiene que protegerse a sí mismo. No hay otra.

—Y si... yo... —dije soltando pequeñas bocanadas de aire para ir aclarándome las ideas de la cabeza—, ¿y si yo te dijera que te voy a matar?

—Pues si puedes matarme, hazlo —respondió Momose en el acto—. Harás lo que seas capaz de hacer. Puedes hacer lo que quieras. Nadie tiene derecho a impedírtelo. Pero el caso es: ¿por qué tú, a pesar de haber tenido un móvil y un montón de oportunidades, no nos has matado ya a alguno de nosotros? A mí, sin ir más lejos. O a cualquiera de ellos. En fin. Quizá hablar de matar o de que te maten es llevar las cosas demasiado lejos. Pero, por ejemplo, el otro día nosotros pudimos meterte la cabeza dentro de una pelota de balonmano y darte una patada. Nosotros pudimos, ¿no? Te pateamos la cabeza, ¿no? Muy fuerte. Pero tú no eres capaz de hacer algo así. ¿Y por qué tú no puedes? Pues aquí está la clave. Quizá digas que era una simple cuestión de que te superábamos en número, pero no es eso, eso no tiene nada que ver. Aunque yo te dijera que no te iba a pasar nada, que no iba a haber represalias, ¿crees que tú podrías ponerme la pelota en la cabeza y chutar?

—Yo... —dije, y me atraganté. Tragué una gran cantidad de saliva y, unos instantes después, proseguí—: Yo no quiero hacer ese tipo de cosas.

—¡Exacto! Aquí está el problema. —Momose rio alegremente —. ¿Y por qué no quieres hacerlas? ¿Es que no puedes? Aquí está el problema. ¿Por qué no nos plantas cara y nos clavas un cuchillo o algo así? Si lo hicieras, es posible que la situación cambiara bastante. Entonces, ¿por qué crees que no puedes hacerlo? ¿Es porque tienes miedo de que te pillen? A nuestra edad, no sería un crimen.

—No tiene nada que ver con que sea o no sea un crimen — dije con una voz que casi temblaba—. Es solo que no quiero hacerlo.

—Porque si lo hicieras, te sentirías culpable. ¿Es por eso? Entonces, ¿cómo es que tú tienes remordimientos y yo no los tengo? ¿Cuál de los dos es más honesto? —rio Momose—. Pues los dos por igual.

Yo estaba mudo.

—En fin, sea como sea, tú no puedes hacerlo. Y no hace falta que hablemos de matar ni de nada de ese calibre. Ni siquiera quieres jugar al fútbol humano. En cambio, nosotros, aunque no lleguemos a matar, sí que hemos podido jugar al fútbol humano. El mundo está lleno de personas que pueden o no pueden hacer un montón de cosas. En la academia donde estudio hay un chico al que cada día le hacen traer dinero de casa. Su familia es rica, ¿sabes? También hay quien obliga a hacer eso a los demás. Y también hay tipos que se divierten obligando a otros a hacerse pajas delante de ellos. Pero nosotros somos algo distintos a esos. No estoy hablando de quiénes son más pasables, ni del bien y del mal, ¿vale? Solo que hay cosas que una persona puede hacer y cosas que no puede hacer. Cosas que uno quiere hacer y otras que no quiere hacer. En fin, digamos que las personas tienen gustos distintos. La historia es muy simple: la gente hace lo que puede hacer. —Momose ahogó un bostezo—. Pero todo esto también es algo casual. Que ahora nosotros podamos hacer eso es algo casual. Y es casual que tú ahora no puedas hacerlo. Nada más. Dentro de medio año, quién sabe. Y el año que viene, aún menos.

7

—¿Qué? ¿Cómo va?

Había vuelto a la realidad al oír la llamada de la enfermera y, una vez dentro del consultorio, el médico me había mirado fijamente a la cara y se había interesado por mi nariz.

—Ya era hora. Aquí no citamos a los pacientes a menos que sea necesario, pero tampoco está mal pasarse de vez en cuando, ¿eh? —dijo sonriendo.

Me disculpé.

—Pero bueno, bueno. Veo que ya está casi curado —dijo acercando su cara a la mía. Me echó un vistazo alrededor de la nariz.

—¿Y qué tal el dolor? ¿Aún te duele?

—Casi nada.

—Ya. Es que no está rota. Has tenido suerte.

—Sí —dije.

—¿Has tomado analgésicos?

—Solo tomo uno. Por las noches —respondí, y el médico asintió con la cabeza como diciendo que muy bien.

—Si se te hubiera roto, no habrías salido tan bien parado.

El médico se dirigió a su escritorio haciendo rechinar la silla y, dándome la espalda, me dijo mientras apuntaba algo en el historial clínico:

—Yo también me rompí la nariz una vez. Fue de adolescente. —Se volvió hacia mí y se pinzó la nariz con los dedos índice y pulgar—. Durante una pelea, ¿sabes? Se me dobló del todo. Mientras nos estábamos pegando, con la excitación, no noté nada. Pero luego, cuando me vi en el espejo, me pegué un buen susto. Un susto de muerte. Normal. Tenía la nariz de lado. Casi no podía mirarme, ¿sabes? Es que no era yo. Claro, siempre me había visto

la nariz recta, y la tenía completamente torcida. La cosa era bastante seria y me llevaron a un médico que, para acabar de arreglarlo, era un curandero horrible. Bueno, curandero quizá no lo fuera porque, en aquella época, eso era lo normal. Pero el hombre me metió un par de palillos, como los que usamos para comer, en los orificios de la nariz..., y eso que todavía me estaba saliendo sangre, ¿sabes?..., hizo toda la fuerza que pudo y me volvió a colocar la nariz en su sitio. A lo bruto. Sin anestesia ni nada. Cuando recuerdo lo que me dolió la nariz aquel día, se me pone la piel de gallina. Incluso ahora. No es broma. Mira.

El médico se arremangó un poco la manga de la bata blanca y me enseñó el brazo. Yo miré en silencio y asentí de forma ambigua.

—Luego se me fue curando con el paso de los días, como te ha pasado a ti. Pero me dolió durante un año, más o menos. Por las noches, solo con que me rozara la manta, veía las estrellas. Además, el curandero aquel ya era mayor y no estaba especializado en estética, como yo: para él, era suficiente con que la nariz estuviese pegada a la cara, ¿sabes? Así que, fíjate cómo me ha quedado. Torcida, ¿ves?

Efectivamente, la nariz del médico estaba algo curvada. Además, en comparación con otras narices —aunque tampoco podía decirse que supiera mucho sobre el tema—, era una nariz magnífica. Se elevaba con decisión desde el puente y era grande en su totalidad, con una punta que sobresalía formando un ángulo desafiante.

—En fin —dijo el médico riendo—. Ya sabes. Cuídate mucho la nariz, ¿eh?

—Sí —respondí—. Porque solo tenemos una.

—Exacto. Porque solo tenemos una —rio.

A continuación me dijo que el dolor también desaparecería pronto y que, si pasaba algo, que volviera.

Le di las gracias, me puse en pie y, cuando me disponía a salir del consultorio, oí que decía a mis espaldas: «¡Ah! Otra cosa...».

—Ese ojo... —continuó—, ¿desde cuándo lo tienes así?

Sorprendido, me quedé mirando fijamente al médico.

—¿No tienes previsto operarte?

El médico siguió hablando sin importarle mi silencio. Junto a la puerta, la enfermera estaba sujetando la cortina para que yo pudiera salir a la vez que mantenía, como yo, la vista clavada en el médico. Sin saber qué responderle, me quedé plantado al lado de la enfermera.

—Porque te causa un montón de problemas, ¿no? Hay personas a quienes incluso les produce migrañas.

Sin decir nada, asentí con la cabeza varias veces y cerré los ojos. Luego los abrí despacio. Noté un débil zumbido en los oídos seguido de un silencio absoluto. Me di cuenta de que tenía la boca completamente seca. Me arrepentí de no haber bebido nada después de haber hablado con Momose hacía un rato.

—Es que —dije poco a poco— me operaron una vez cuando era pequeño. Pero quedó como estaba antes. No se arregló... Se ve que no hay nada que hacer.

—¿Qué edad tenías? —preguntó el médico.

—Cinco años —respondí.

—¿Y por qué no vuelves a intentarlo? —dijo el médico como si fuera lo más normal—. No lo sé, pero puede que el doctor fuera un manazas. —Sonrió—. Es broma. Pero es que, ¿sabes?, aunque la operación tiene su truco e incluso se podría considerar cirugía delicada, en sí misma la intervención es muy sencilla. Y por eso suelen delegarla en médicos recién salidos de la universidad.

—A mí me la hicieron con anestesia general —dije. Apenas reconocía mi voz.

—Sí. Porque eras muy pequeño —explicó el médico risueño.

—¿Y puedes operarte tantas veces como quieras? —pregunté con gran atención después de tragar saliva.

—Depende de cada uno, pero en principio es posible. Hay personas que requieren varias intervenciones para que sus ojos vuelvan a la posición normal —dijo el médico—. Además, hoy en día es suficiente con anestesia local. La operación para corregir el estrabismo consiste únicamente en tirar un poco de los músculos encargados de la movilidad del ojo y recolocarlos, así que es breve. Pero lo que pasa a veces es que los médicos jóvenes suelen tirar demasiado o, por el contrario, demasiado poco: se tiene que

conocer el punto exacto para conseguir colocarlo justo en el centro. En el departamento de oftalmología de este hospital tenemos muy buenos especialistas. Habla con tus padres —dijo el médico—. Si has tenido alguna vez visión binocular, el proceso es muy simple. Tú has podido mirar alguna vez simultáneamente con los dos ojos, ¿verdad?

—Tengo estrabismo desde los tres años —contesté en voz baja —. Pero no me acuerdo de antes.

—Entonces no hay ningún problema —dijo el doctor rascándose la cabeza—. Hace poco operamos a un niño un poco más pequeño que tú. Quería ser jugador de béisbol, pero tenía estrabismo y no podía coger las pelotas al vuelo.

—Yo tampoco puedo —dije.

—Ya, claro. Bueno, puede que tú no quieras ser jugador de béisbol, pero si vuelves a chocar con una bicicleta y a caerte al suelo, puede ser grave. Si te operaras, entre la intervención quirúrgica y la recuperación tendrías que pasarte varias veces por el hospital, pero creo que valdría la pena intentarlo —dijo el médico tamborileando con los dedos sobre la superficie de la mesa —. Bueno, no quiero forzarte.

—No, no —dije. No supe qué añadir a continuación. De pie a mi lado, la enfermera nos iba mirando alternativamente al médico y a mí con un extremo de la cortina en la mano.

—Además, no es muy caro —prosiguió el médico poco después.

—¿Ah, no? —exclamé sorprendido. Hablé en voz mucho más alta de lo que esperaba.

Jamás había preguntado cuánto había costado la operación que me habían hecho a los cinco años y, de hecho, tampoco conocía ningún otro detalle, pero relacionar mis ojos con una cuestión de dinero me produjo de pronto un extraño malestar. Si pagaba cierta suma y me operaban, mis ojos volverían a ser normales... Hasta entonces no me lo había planteado nunca. Ni siquiera lo había imaginado. Había creído siempre a pies juntillas que, como la operación había fracasado una vez, tendría aquellos ojos para toda la vida. ¿Mis ojos... podrían ser normales algún

día?... Era una sorpresa. Una enorme sorpresa. Me quedé allí plantado con una agitación en el pecho que no sabía cómo controlar, mordiéndome las uñas sin darme cuenta. No tenía ni idea de qué debía pensar a continuación. Se me representó la cara de Momose, me acordé de la densidad de las sombras de debajo de las luces de color blanco azulado. Me acordé de las tinieblas de mi habitación, vi mi cara reflejada en el espejo. En su superficie, solo el ojo izquierdo, borroso, captaba su propio reflejo en línea recta. El ojo derecho se desviaba como siempre hasta el rabillo y, si aproximaba la punta del dedo, no veía más que una mancha borrosa de color piel.

—Bueno, cuando te parezca bien, vuelve —me dijo el médico sonriendo—. Recuerda que es barato.

—Y esa operación —pregunté mientras me palpitaba un poco el corazón—, ¿cuánto cuesta?

El médico se cruzó de brazos, cerró los ojos y, con expresión de estar recogiendo algunos restos desperdigados detrás de sus párpados, dijo tras lanzar un pequeño gruñido:

—Pues... unos quince mil yenes.

—Quince mil yenes —repetí yo.

*

—Ya es otoño del todo —dijo Kojima mientras me miraba sonriendo.

Al empezar noviembre, el viento se había vuelto más frío de pronto. La chaqueta que Kojima llevaba encima de la blusa olía un poco a producto químico y, mezclado con él, se adivinaba también el olor del invierno. Los olores nos hacen recordar tantas cosas... De una forma directa, sin pasar por la cabeza, impregnan las palmas de las manos y la nariz y despiertan el eco de las sensaciones que preceden a las sensaciones.

Hacía tiempo que Kojima y yo no nos veíamos a solas y, desde la noche anterior, había estado algo nervioso. Mientras la esperaba en la escalera, no había podido parar quieto. Aquellos nervios me recordaron los que había sentido la primera vez que habíamos

quedado en el parque de la ballena. También el atardecer de aquel día era uno de esos en los que puedes ver con tus propios ojos como el azul desciende desde lo alto del cielo y se va hundiendo despacio en la noche. Parecía que hiciera siglos de aquel día, pero solo habían pasado un par de estaciones.

—¿Sabes una cosa? Aunque no hayamos charlado mucho últimamente, he estado bien —dijo Kojima, contenta. Estaba apoyada en la barandilla, dando la espalda al cielo del crepúsculo y a la ciudad, y hablaba mientras cruzaba y descruzaba los brazos.

Ya me lo había parecido alguna vez en la escuela, pero, al verla de cerca, me di cuenta de cuánto había adelgazado. Jamás había estado gorda, pero, comparada con ahora, casi se podía decir que antes estaba rolliza. La carne le había desaparecido de brazos, piernas y mejillas hasta el punto de que parecía haberse convertido en otra persona. Casi bailaba dentro de su uniforme. A juzgar por el color de su cara y por su expresión, estaba cansada. Sin embargo, el par de ojos que aparecían bajo sus cejas arqueadas contradecían la impresión que daba su cuerpo y relucían, tan brillantes como si estuvieran húmedos, más vivos y despiertos que nunca. El pelo, que ella no paraba de retorcer y estirar, había ido creciendo a su aire y estaba muy largo. Las puntas le salían disparadas en todas direcciones, como una escoba de las duras. Tenía una especie de pelusilla enredada en el pelo. Por más que en clase estuviera siempre pendiente de ella, la impresión que daba, de cerca y de lejos, era completamente distinta. Me senté en la escalera, levanté los ojos y me la quedé mirando.

—He leído un montón de veces tus cartas. Y solo con leerlas, ya me animaba, ¿sabes? Oye, ¿y las mías? ¿Las has leído?

Le respondí que sí. Kojima asintió con aire satisfecho. No le expliqué por qué no había contestado a sus cartas ni tampoco ella me lo preguntó.

—Pero, ¿sabes?, aunque no nos veamos, y aunque no hablemos, sé cómo te sientes, ¿sabes? Más o menos —dijo Kojima sonriendo con timidez.

Como no sabía qué debía responder a eso, me callé y algo después le pregunté:

—¿Has adelgazado?

—Sí —me respondió con voz alegre. Y me dijo que últimamente no comía mucho.

—¿No tienes ganas de comer?

—No, no es eso. Es que lo he convertido en uno de mis signos —dijo Kojima.

—¿En uno de tus signos?

—Sí —contestó con una pequeña sonrisa.

—Pero si no comes...

—Pues claro que como —dijo ella—. Pero intento comer muy poco.

Kojima me miró con los ojos entornados.

—He sumado lo de estar sin comer a lo de no ir limpia, ¿sabes?

—¿Y eso es por lo de los signos? —le pregunté de nuevo.

—Sí, claro. Es un signo.

—¿Y con lo de signo quieres decir que es una señal como lo de tu padre?

—Sí, claro.

Kojima sonrió.

—Pero, ¿sabes?, el significado de los signos ahora ha cambiado.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Pues, al principio, eran puramente una señal para no olvidar a mi padre. Mis zapatillas sucias eran los zapatos sucios de mi padre y la piel que no lavaba y mi olor eran la piel y el olor de mi padre que estaba lejos. Pero ahora, ¿sabes?, ahora ya no es solo esto. Ahora este signo ya no es solo una señal para no olvidar... Porque me he dado cuenta de que lo que hay entre mi padre y yo no son solo recuerdos, ¿sabes? Hay algo más —dijo Kojima—. Y esto, lo que hay... es una debilidad muy hermosa. Y es justamente por ella, por esta debilidad tan hermosa, por lo que tú y yo estamos luchando siempre, protegiéndonos cada uno en nuestro propio espacio...

Kojima, que hablaba tan lentamente como si fuera presionando cada una de las palabras en la palma de mi mano,

parecía un dibujo pegado en la escena del crepúsculo.

—Además, ¿sabes?..., esta debilidad también existe para ellos..., para los de clase, que no dan para más que para tratarnos como nos tratan. Pero ellos, ¿sabes?, ellos no se dan cuenta. Es inevitable que ellos no lo entiendan. Pero tú y yo sí comprendemos muy bien lo que significa. Lo sabemos. Y esto, es decir, vivir asumiendo esta manera de ser, esta debilidad, es la fortaleza más valiosa del mundo. Es por eso por lo que apenas como... Es un rito. No solo por los de clase, por nosotros, o por mi padre, sino por toda la debilidad que hay en el mundo, por la fortaleza en el verdadero sentido de la palabra. Lo hago para no olvidar a las personas que son maltratadas, a las que hacen sufrir y que, a pesar de ello, se esfuerzan en seguir adelante. Por todos los que conocen la importancia que tiene actuar de este modo. No comer es una prueba. Uno de los medios para conseguirlo.

Kojima estaba justo delante de mí y, mientras hablaba, me miraba fijamente.

—Y tú eres quien mejor puede entenderlo, ¿no es verdad? Tú también has adelgazado un poco. Tú tampoco comes, ¿verdad? Lo sabía. Que tú entenderías lo que pienso.

—Yo... —empecé a decir, pero enmudecí.

Kojima me miró y sonrió como queriéndome decir que no pasaba nada. Sopló una ráfaga de viento de frente y me trajo el olor de Kojima. Nunca lo había percibido tan intenso, ni siquiera estando a su lado. Era olor a no haberse lavado durante días y días. Bajé la cabeza y fijé la vista en la punta de mis zapatos.

—Me importan mi padre y las otras personas que sufren como él asumiendo su propia fuerza en la debilidad, pero la persona más importante para mí eres tú —me dijo sonriendo alegremente—. Por cierto, ¿ya tienes la nariz bien?

—Sí.

—A simple vista, parece que vuelva a estar como antes —dijo Kojima—. Al principio... daba miedo.

—Sí.

—Si se te hubiera roto, ¿se te habría salido el hueso? —preguntó Kojima.

—Por lo visto, se habría torcido.

—¿El hueso se tumba de lado?

—Sí.

—Bueno, a ti, que tienes la nariz larga, podría habérsete tumbado una parte para un lado, pero ¿qué debe de pasar con las narices chatas como la mía? —dijo Kojima riendo—. ¿Se chafan y ya está?

—Seguro que también se tumban para un lado —contesté.

A pesar de lo mucho que me desconcertaba la Kojima que tenía frente a mí, le hablé de mi visita al hospital.

Le conté un montón de cosas. Que había tardado mucho tiempo en volver a ir, que el médico que me había visitado era muy simpático, que se había roto la nariz cuando era adolescente y lo bestial que había sido el tratamiento médico que le habían hecho. Sin embargo, no le dije que en el hospital me había encontrado a Momose y que luego había hablado con él. No confiaba en poder expresarme bien y tampoco creía que fuera una buena idea hablarle de aquello a Kojima.

En casa, o en la escuela, cuando me repetía yo solo las palabras de Momose y las analizaba, algunas veces pensaba que todo lo que me había dicho aquella noche era un completo disparate y, otras, que Momose, lo miraras como lo mirases, tenía razón. Oscilaba entre las dos conclusiones diferentes y acababa por no saber qué debía pensar ni cómo. En ocasiones incluso me preguntaba con terror si, en mi manera de pensar, no habría un defecto fatal de base que me conducía siempre a respuestas equivocadas.

En todo caso, en las palabras de Momose de aquella noche había indicios que no podía enterrar y fingir que no veía. Había una parte de su razonamiento que la rectitud en la que me apoyaba no conseguía alcanzar e, igual que aquella noche Momose se había sentado en el banco, ahora Momose había tomado asiento en ese lugar oscuro, silencioso y árido y, desde allí, me contemplaba riendo sin palabras.

Kojima me repetía sin parar que todo lo que pasaba tenía un sentido. Cada vez que nos veíamos, me animaba diciendo que

teníamos que luchar juntos, que lo superaríamos juntos. Me escribía cartas. Nadie me había prestado nunca tanta atención en mi vida. Además, tanto si nos veíamos como si no, Kojima siempre era capaz de arrastrarme a un lugar lo más luminoso posible. Incluso después de que yo hubiese dejado de poder hablar tranquilamente con ella, Kojima había seguido preocupándose por mí y me había escrito una carta tras otra. Y me había dicho: «Me gustan tus ojos». En toda mi vida, nunca, nadie, jamás, me había hablado de este modo. Ella había sido la única que me había dicho esto sobre mis ojos.

Sin embargo, por otra parte, después de lo que había pasado en el gimnasio, yo no me sentía capaz de mirarla. Cuanto más me animaba ella, cuanto más hacía suya aquella actitud inexplicable, porque ella misma sufría el maltrato, cuanto más se imbuía de aquella especie de fuerza, menos podía yo mirarla a los ojos. No conocía la verdadera razón. Al pensar en tiempo atrás, cuando todavía hacía calor, y recordar cómo me tranquilizaba su modo de hablar algo confuso y su sonrisa tímida, me dolía el corazón. Pero Kojima había ido cambiando poco a poco y seguir aquella transformación desde lejos hacía que mi cuerpo se petrificara. El cambio que había nacido en Kojima se cernía como un nubarrón sobre aquel espacio, pequeño pero lleno de luz, que ella me había ofrecido, y yo ahora sentía que me habían expulsado de él.

Y, por primera vez en mucho tiempo, le había escrito una breve carta a Kojima diciéndole que tenía que hablar con ella.

—Oye, ¿me escuchas? —me dijo clavándome la mirada.

—Te estoy escuchando.

Kojima hablaba con expresión grave del hospital al que yo había ido. Aunque no había nadie más, había bajado de repente la voz. De vez en cuando soplaba una fuerte ráfaga de viento y yo dejaba de oírla. Por eso vino y acercó su cara a la mía. Despedía una mezcla de varios olores. Olía a saliva, a sudor, a algo agrio. Me preguntó si sabía por qué un hospital tan grande como aquel no tenía un departamento de ginecología y obstetricia. Cuando le

respondí que no lo sabía, me dijo que qué iba a saber yo si ni siquiera me paraba a pensar en ello. Lo dijo riendo aunque parecía enfadada. Luego me contó algo que había pasado en el hospital unos diez años atrás. Yo fui asintiendo una vez tras otra mientras la miraba.

Como había adelgazado tanto, daba una impresión completamente distinta, pero la Kojima que hablaba con entusiasmo parecía estar llena de vida y, al contemplarla, sentí una soledad y una tristeza indescriptibles.

—Oye, Kojima —dije aprovechando que hacía una pausa—. Te he escrito la carta porque quería hablar contigo.

—Sí, ya lo sé —respondió Kojima—. ¡Pero es que, solo con verte, estoy tan contempamina...!

Al oír esta palabra, de pronto me entraron ganas de llorar. Al darse cuenta, Kojima pareció sorprendida. Luego me miró con una cara cuyos contornos habían cambiado y me sonrió alegremente. Apreté los dientes y, ya algo más sereno, le dije en voz baja:

—Es que quiero decirte una cosa.

—Pues claro. Te escucho —dijo Kojima.

—Es sobre mi ojo.

La expresión risueña de sus ojos y de su boca se borró al instante, como si se despegara de su rostro, y se me quedó mirando con expresión de estar viendo un bicho raro. Después asintió varias veces con pequeños movimientos de la cabeza. Parecían gestos reflejos, automáticos.

Le hablé sobre mis ojos.

Le dije que, si me operaba, cabía la posibilidad de que dejara de ser estrábico. Kojima me escuchó en silencio. Cuando terminé de hablar, no dijo nada. El aire empezó a enfriarse de golpe y comenzó a caer una lluvia menuda. Aunque no era perceptible a la vista, mezclada con el viento, aquella llovizna nos azotaba las mejillas. Me encogí de hombros y me metí las manos en los bolsillos de la chaqueta. Kojima, que estaba de pie, también embutió las manos en los bolsillos de su chaqueta.

—Te vas a mojar. Es mejor que vengas aquí —le dije.

Ella no respondió nada a esto.

—Entonces... —dijo Kojima en voz baja. Y enmudeció.

Yo también guardé silencio. Esperé a que ella siguiera hablando.

—¿Estás pensando en operarte? —soltó de golpe tras haber permanecido un rato callada. Lo dijo como si hablara consigo misma.

—Todavía no lo sé.

—¿Y por qué me cuentas cosas que todavía no sabes? —dijo Kojima—. ¿Es que me estás pidiendo consejo?

—No, no es eso —dije—. Más que pedirte consejo... Es que quería decirte que me había enterado de eso.

—¿Y por qué? —insistió Kojima con voz sombría—. ¿De qué sirve que me lo cuentes a mí?

—Es que...

Me atraganté con las palabras. Me humedecí los labios varias veces y, ya algo más tranquilo, miré a Kojima y le dije:

—Es que, como tú me habías dicho que te gustaban mis ojos..., pues quería contártelo.

Permanecimos un rato callados los dos.

—¿Y por eso quieres operarte los ojos? —dijo Kojima sin mirarme—. Tú...

Esperé en silencio a que prosiguiera.

—No entiendes nada.

—Quizá no entienda nada —dije.

—No es «quizá». No entiendes nada de nada. —Kojima me miró a la cara—. Tus ojos son la parte más importante de ti. Son lo más importante, lo más valioso que posees, algo que no tiene nadie más que tú. Lo que hace que seas como eres. Yo no tengo nada. Y como no tengo nada, he tenido que hacer lo de los signos, pero tú tienes un signo propio, de nacimiento, y gracias a este signo nos hemos podido encontrar los dos. ¿Cómo puedes decir entonces que vas a echarlo a perder? ¿Cómo puedes? ¿Es que no tenía ningún valor para ti que tú y yo pudiéramos encontrarnos?

—Pero si no es eso. Pues claro que tenía valor. Sigue teniendo valor ahora —contesté—. No he decidido operarme. Nada de eso. Es solo lo que te he contado antes. Que me han dicho que, si me

operara, quizá podría curarme. Y yo quería decírtelo. Solo eso.

—¡Eso es mentira! —dijo Kojima—. Tú te pusiste contento, ¿no? ¿No es cierto que te pusiste contento cuando te enteraste? La verdad es que quieres operarte el ojo y huir. ¿O no?

—¿Huir? —pregunté—. ¿De qué?

—Pues de todo —dijo Kojima—. De lo que pasa en la escuela, de lo de ahora, de ti mismo, de todo.

Kojima lo dijo mientras se frotaba los ojos con las palmas de las manos.

—Kojima, no llores.

—Y también quieres huir de mí, ¿no es verdad? —musitó.

—Eso no es así para nada. —Negué con la cabeza—. No es así en absoluto. Te lo repetiré las veces que haga falta.

—¡Basta! —soltó mirándome de frente. Se veían brillar unos finos regueros de lágrimas que corrían por sus mejillas—. Pues yo no voy a dejarlo —dijo. Los ojos llenos de lágrimas brillaban con un destello blanco que iba temblando al compás de su respiración —. Yo no voy a dejarlo.

—Kojima.

—Yo no puedo dejarlo. —Y en el instante en que acabó de decirlo, las lágrimas empezaron a desbordarse de sus ojos y a caer a goterones por las mejillas—. Tú, si quieres, puedes operarte el ojo y seguir a aquella gente. Si te operas el ojo con el que se meten siempre, puede que no vuelvan a hacértelo pasar mal y, si eso es lo que eliges, pues yo no puedo decir nada y tampoco puedo hacer nada.

—¿Operarme el ojo significa, según tú, seguir a Ninomiya y a los demás? —pregunté.

—Pues claro —respondió Kojima—. Esto ya no es solo un problema tuyo y mío.

Me quedé mirándola fijamente a la cara sin decir nada.

—Si a ti y a mí ahora nos pasara algo y nos muriéramos, por ejemplo, aunque dejaran de hacérnoslo pasar mal a nosotros, seguro que en algún otro lugar le estaría pasando lo mismo a otra persona. Los débiles siempre sufren a manos de los fuertes. No hay modo de evitarlo. Esa gentuza nunca desaparece. ¿Y tú quieres

imitarlos, ponerte de su lado y, de esta forma, dejar de ser débil? ¿Es eso lo que crees que hay que hacer? Pues no es verdad. Esto es una prueba. Y lo importante es superarla. ¿No es eso lo que hemos estado hablando siempre, siempre, nosotros dos?

—Kojima, cálmate.

Al oírme se calló. Sorbió sonoramente por la nariz. De sus ojos seguían brotando una cantidad increíble de lágrimas. Nos quedamos un rato de esta manera. A lo lejos, se oyó la sirena de una ambulancia y, luego, el débil llanto de un niño. No sé cuántos minutos permanecimos allí, de pie en silencio.

—Yo... —dijo un rato después en voz baja—. Yo creía que éramos iguales.

—Es que lo somos —afirmé.

—Pero me equivocaba.

—No te equivocabas.

Kojima negaba despacio con la cabeza.

—Kojima.

—Seguro que te operarás el ojo —dijo Kojima llorando. En la voz se entremezclaban los sollozos.

—Kojima.

—Deja de decir mi nombre —me pidió de manera entrecortada.

Después Kojima cerró los ojos con fuerza y continuó llorando en silencio mientras sus hombros se estremecían. Nunca había visto llorar a nadie con una cara de sufrimiento tan grande. Kojima seguía derramando lágrimas y lágrimas con los dientes muy apretados, los puños cerrados a la altura de los muslos y el cuerpo tenso. De vez en cuando se le escapaba un gemido. Una mezcla de mocos y lágrimas le iba cayendo a grandes goterones, en línea recta, de la cara al suelo. Yo no sabía cómo reaccionar. No podía hacer más que quedarme allí plantado mirándola, incapaz de decirle nada, de moverme incluso.

El tiempo transcurría sin que Kojima dejara de llorar. Y lo único que hacía yo era mirarla, sin saber qué hacer.

Pasó el tiempo, el temblor de sus hombros se detuvo y, cuando ya creía que había parado de llorar, de repente volvieron a

oírse los sollozos. Desesperado, pensé muchas veces en correr junto a ella, pero no lo hice. La rigidez de su cuerpo me indicaba claramente que ella no quería que lo hiciera. No me quedaba otra que seguir allí, mirándola con pasmo. Transcurrió mucho tiempo antes de que Kojima volviera a decir algo. Habló en voz tan baja que apenas se la oía. Dijo:

—En verano.

—¿En verano? —repetí para no dejar escapar su voz.

—En verano... te hablé... de mi madre, ¿no?

—Sí —asentí.

—Sobre... por qué... se había casado con mi padre.

—Sí.

—Lo de que se había casado con él porque le daba pena... Lo que ella me había dicho.

—Sí.

—Que de él le daba pena todo.

—Sí.

—Mi madre dijo que le daba pena por todo. Que todo le daba pena de él.

—Sí —asentí de nuevo.

—Pues lo que no le puedo perdonar a mi madre...

Kojima alzó los ojos y me miró.

Las lágrimas se habían secado en la superficie de su rostro sucio y tenía el blanco de los ojos enrojecido. Sus párpados inferiores estaban muy hinchados y se veían muy blancos. Kojima me clavó la mirada. Unos mechones finos de pelo se le pegaban a las mejillas, pero ella no hacía nada por apartárselos.

—... no es que abandonara a mi padre, no es que se fuera con otro...

Asentí en silencio.

—Sino que...

Asentí otra vez.

—Sino que no continuara dándole pena hasta el final.

Después de decir estas palabras, Kojima bajó las escaleras y se fue.

Desapareció sin mirar atrás. Sin vacilar un instante. Yo no

solo no intenté retenerla, sino que ni siquiera la llamé. Se oyeron sus pasos, resonando por la escalera, hasta que se apagaron. El vacío fue reemplazado por el fuerte rumor de la lluvia. Yo estaba allí solo, abandonado. Sin que me diera cuenta, la llovizna brumosa de antes se había convertido en una lluvia con todas las de la ley. Era el rumor de una lluvia que va empapándolo todo despacio, tomándose su tiempo. Temblaba como la voz de un ser vivo desconocido y llegaba desde algún lugar muy lejano del extenso cielo negro.

8

El fin de semana, mi madre se hizo un corte en el brazo.

Me dijo que le había fallado la mano mientras lavaba los platos y que un cuchillo de cocina le había caído sobre el brazo. Yo estaba leyendo en mi habitación y, al oír el ruido, corrí hacia la cocina y me encontré a mi madre con el brazo izquierdo en alto y la mano derecha presionándolo con fuerza a la altura del codo. Ella se volvió hacia mí y se echó a reír.

—¡Mira! No para sangrar. Llama a una ambulancia —me pidió.

La sangre le corría por el brazo que mantenía en alto hacia el costado, y ya había teñido la blusa, desde la manga arremangada hasta el pecho, de un color rojo intenso. Fui corriendo a telefonear.

—¡Anda! ¡Cómo sale! —dijo mi madre como si bromeara.

Yo me piqué un poco. Le pregunté si podía hacer algo mientras tanto. La ayudé a enrollarse una toalla en el nacimiento del antebrazo y, después, al ver que no podía quedarme quieto, ella me dijo riendo que me tranquilizara. Mientras esperábamos a la ambulancia me di cuenta de que me temblaban un poco las rodillas.

—Espero que no tarde mucho. ¡Uf! El corte..., no sé, pero diría que es bastante profundo. Con un tajo así, no es exagerado llamar a la ambulancia, ¿verdad? Y, además, hoy el hospital está cerrado.

—¿Por qué te estás riendo? —le pregunté.

—Es que a mí, cuando tengo miedo, me da por reír.

—¿Y ahora tienes miedo?

—Sí, claro. Sangrando tanto... Tú dirás. Es normal que tenga miedo, ¿no? Pero no duele. Solo que, si no parara, ¿qué crees que pasaría?

—Pues que te podrías morir —dije tras pensármelo un momento.

—Exactamente —asintió mi madre.

Se oyó la sirena de la ambulancia; algo después sonó el timbre de la puerta, entraron un par de hombres y, tras hacerle una cura de urgencia, se llevaron a mi madre al hospital. Yo quería acompañarla, pero ella me dijo que la esperara en casa, así que me quedé allí.

—No te preocupes. Me darán unos puntos y enseguida estaré de vuelta —me dijo antes de que la puerta del recibidor se cerrara tras ellos.

Tras dudar un instante, corrí a abrir la puerta de nuevo y le pregunté si tenía que avisar a mi padre. Ella se volvió hacia mí, me dijo que no hacía ninguna falta y se despidió agitando la mano derecha.

Estaba tan aturdido que me quedé un rato sentado en el sofá, pero al poco tiempo me levanté, fui al lavabo, cogí un trapo y agua y limpié la sangre esparcida por el suelo de la cocina. Tardé muy poco rato. No había tanta sangre como creía y enseguida desapareció toda sin dejar rastro. Al parecer, la mayor parte de la sangre estaba impregnada en la ropa de mi madre. Estaba demasiado excitado para seguir leyendo, así que me quedé sentado en el sofá sin hacer nada.

Mi madre volvió pasadas las cuatro de la tarde.

—Por lo visto, el corte era bastante profundo —dijo enseñándome el brazo envuelto en vendas blancas.

—¿Te han cosido? —le pregunté.

—Claro. Cinco puntos —respondió mi madre pasando los dedos por encima del vendaje.

Fui yo quien se encargó de la cena. Me había preparado alguna vez algo para mí, pero nunca había cocinado para los demás. Mi madre dijo que podíamos pedir que nos trajeran algo, pero, al final, decidimos comer lo que teníamos en casa. Más que elaborar una cena propiamente dicha, lo que hice fue cocer arroz blanco, preparar sopa de miso y cortar y saltear algunas verduras que había en la nevera siguiendo las indicaciones de mi madre.

Aparte, calenté algunos restos de comida en el microondas y, cuando lo llevé todo junto a la mesa, daba la impresión de ser una cena de verdad.

—Es un poco pronto, pero ¿cenamos? —dijo mi madre encendiendo el televisor.

Comimos en silencio con los ojos fijos en la pantalla, como siempre.

—Al menos, es una suerte que sea la izquierda.

—Pues sí —dije.

—Pero eso de alterarse tanto de repente cansa mucho —dijo mi madre respirando hondo—. Me parece horrible. No lo soporto. Las cosas inesperadas las llevo fatal.

—Ya —contesté.

—Cuando te pasa algo así, se te ponen los nervios de punta, ¿no? Y por más que intentes calmarte, no hay manera. Los nervios van a la suya. Yo, esto, no lo aguanto.

—¿Qué te gustaría ser? ¿Una persona impasible? —le pregunté.

—Puede que sí —dijo mi madre—. No sé, pero siento algo tan violento, ¿sabes?, algo que brota dentro de mí, así, de repente. La mayoría de las cosas no me preocupan demasiado, pero esto no lo soporto.

Sin decir nada, seguí comiendo el salteado de col con arroz blanco. No habría sabido decir si tenía hambre o no, pero me daba la sensación de que podía continuar comiendo indefinidamente. La cena terminó sin más, como de costumbre. Lo habitual era que cada uno llevara sus platos al fregadero, pero aquella noche fui yo quien apiló todos los platos y los cuencos vacíos y los llevó a la cocina. Luego, aunque a mí no me apetecía, como mi madre siempre se tomaba un té después de cenar, fui a calentar el agua, le preparé una taza y se la llevé. Me dio las gracias.

—Oye, hablo solo por si acaso —dijo un poco más tarde mientras se tomaba el té a sorbitos—. Pero, si tu padre y yo nos divorciáramos, ¿qué te parecería a ti?

—¿Os vais a divorciar?

—En realidad, aún no hemos decidido nada.

Permanecí en silencio durante un rato. Mi padre apenas aparecía por casa, pero a mí aquello ya no me importaba. Me acordaba de que en los tiempos en los que empezó a dejar de aparecer, cuando nos veíamos por casualidad, me decía que estaba ocupado, pero de eso ya hacía una eternidad. Lo que sí recordaba muy bien era que, cada vez que yo usaba la palabra *eternidad*, mi padre ponía mala cara y me replicaba: «¿Cómo puedes decir eso tú, si apenas has vivido cuatro días?».

—Todavía no es seguro —añadió mi madre algo después—. No es que esté haciendo lo típico de preguntar la opinión a los hijos justo antes de divorciarnos, vaya. Solo es que creo que puede pasar, siendo sincera.

—Ya —dije.

Seguimos viendo la televisión en silencio. Mientras miraba inadvertidamente la pantalla ruidosa, me dije que, si se divorciaran, seguro que a mí me tocaría ir con mi padre. No podía ni imaginar cómo sería mi vida con él, pero esto era lo habitual. Aunque no tuviera ni idea de qué estaba pensando y apenas le viera la cara, los lazos de sangre eran lo que eran. Eso pensé. Mi madre estaba con la mejilla apoyada en la mano, viendo la televisión en silencio. Había alguien colgado de una grúa por los pies con la cabeza empapada de tinta china como si fuera un pincel.

—Quizá no debería haberte hablado de esto ahora. Lo siento. Es que hoy estoy algo trastornada —dijo, y se rio—. Qué mal, qué mal. Lo siento, ¿eh?

—No pasa nada —contesté.

Luego, aunque no tenía previsto hacerlo, empecé a hablarle de mis ojos. Le conté que, si me operaba, cabía la posibilidad de que me curara. Cuando terminé de hablar, ella se quedó en silencio unos instantes y me preguntó: «¿Qué quieres hacer?». Le respondí que aún no lo sabía.

Mi madre sostenía la taza de té entre las manos y la hacía girar lentamente. Me levanté, fui a la cocina, me serví una taza de té y volví a sentarme.

—Quizá no haga falta que lo decidas enseguida, ¿no? De

momento tal vez sea suficiente saber que, si quieres, puedes hacerlo, ¿no? —dijo mi madre—. Es algo muy importante. Mejor que te lo pienses bien.

Le respondí que sí y esperé a que el té se enfriara un poco para tomármelo mientras contemplaba distraídamente el vapor que se elevaba desde la taza.

No recibí nada más de Kojima.

No me envió ninguna carta y, en la escuela, aparte de no dirigirnos la palabra —lo cual era habitual—, tampoco intercambiamos ni una sola mirada. Cada vez que echaba un vistazo en su dirección, ella no parecía mirar hacia mí. Me acordaba mucho de ella. Cuando llegaba a la escuela antes que los demás, introducía la mano en mi pupitre vacío y me quedaba inmóvil con las manos en su interior. Al recordar que antes sus cartas estaban pegadas allí, me dolía el corazón. Me acordaba también de la única vez que Kojima me había llamado por teléfono. «Entonces era verano —pensé—. Y ahora es otoño.»

En la escuela se hicieron los preparativos de la fiesta de la cultura y de la fiesta del deporte: el ambiente era todos los días muy animado. A mí me daba la sensación de estar oyendo continuamente cosas que no tenían nada que ver conmigo, cosas en las que no me quería mezclar. Y, en aquel día a día, a mí me seguían tratando como siempre, me hacían correr, me golpeaban, se reían de mí. Nadie parecía hartarse de hacerlo. Todo se iba repitiendo, una y otra vez, como si fuera lo normal.

Tampoco Momose cambió lo más mínimo. Me había preguntado si habría alguna represalia después de lo de aquella noche, pero no fue así en absoluto. Por lo visto, nadie sabía que habíamos hablado. Se comportaba de un modo tan natural que parecía que lo hubiera olvidado todo y que no se acordara de nada, o que aquello no hubiera ocurrido jamás.

Dudé mucho, le di muchas vueltas, pero al final le escribí una carta

a Kojima.

Le dije que quería verla y hablar con ella. No había sabido explicarle bien lo de mis ojos y esto había causado un malentendido entre los dos. Yo sabía que mis ojos tenían un gran significado para ella y, por eso, quería contárselo antes que a nadie. Sentía mucho no haber podido expresarme mejor. No tenía la menor intención de herirla.

Pero no me contestó.

Volví a escribirle. Me daba miedo ir enviándole una carta tras otra sin que hubiera respuesta. «Mañana por la tarde te espero a las cinco en la escalera. Ven si puedes. Te estaré esperando.» Pegué esta nota en su pupitre a primera hora de la mañana. Durante todo el día estuve pendiente de su reacción. Al día siguiente la esperé durante dos horas, a partir de las cinco, pero no apareció.

La Kojima que veía en el aula estaba cada día más delgada, lo cual era evidente a ojos de cualquiera. Pensé que no debía de comer nada. Los compañeros de clase también se burlaban de ella por esto. La insultaban con palabras que cuesta pronunciar y se reían. Por su manera de reír parecía que realmente se divirtieran desde el fondo de su corazón.

Volví a escribirle otra carta. Quería hablar con ella otra vez. No teníamos por qué hablar de mis ojos, sino de muchas otras cosas, como antes. Además, todavía no me había enseñado su cuadro, *Heaven*. Me acordaba mucho de aquel día.

Seguí enviándole muchas otras cartas. Le escribía como cuando nos intercambiábamos tantas notas en primavera: sobre mis pensamientos o lo que se me había ocurrido, sobre los libros que leía, sobre cosas que pensaba que podían darle un poco de alegría. Pero Kojima tampoco me respondió.

Un día, entre clases, le dieron un fuerte empujón y fue a parar, dando un traspiés, junto a mi pupitre. En medio de un entrechocar de madera y metal, Kojima cayó al suelo junto con algunas sillas y mesas. Se quedó acurrucada, inmóvil, rodeada de las risas agudas de las chicas que la estaban mirando. Yo me quedé petrificado, incapaz incluso de tenderle la mano. «¡Arriba!», le dijo una de las chicas mientras intentaba ponerla en pie, agarrándola

por el cuello de la chaqueta con el palo de una escoba. Kojima olía a suciedad. Cabizbaja, sin fuerzas, trató de levantarse, sus cabellos tiesos le ocultaban el rostro. Sentado en mi pupitre, la miré. Cuando se irguió, pude ver sus ojos. Hacía mucho tiempo que no veía su cara. Conteniendo el aliento, le lancé una mirada que parecía una súplica. Tenía las mejillas hundidas, el contorno de la boca ennegrecido, los labios, blancos y resecos. En el breve espacio de tiempo que transcurrió entre el momento en que ella se puso en pie y aquel en que las otras chicas empezaron a tirar de ella, Kojima estuvo mirando en mi dirección, pero sus ojos no eran los de la Kojima que yo conocía. «Kojima.» Su nombre se escapó de mis labios. Pero ella no respondió. Y, con aquellos ojos que parecían no ver nada, Kojima le estaba sonriendo claramente a algo.

*

Recibí una carta de Kojima un miércoles.

Después de ver aquella sonrisa, no había podido seguir escribiéndole más. Pero cuando vi su carta, me alegré de corazón. Y la releí muchas veces.

Con su escritura firme y sólida, decía que me esperaba el sábado a las tres en el parque de la ballena. El lugar donde nos habíamos visto por primera vez. El parque de la ballena.

Todavía podía recordar con claridad el olor del atardecer de aquel día de primavera. Me venían a la mente de inmediato la dureza del neumático al sentarme, el tacto del cemento agrietado de la ballena, el olor de la húmeda tierra negruzca. Al ver la firme escritura de Kojima no pude evitar acordarme de los sutiles trazos de la nota que me envió la primera vez. Sentí nostalgia. Y un poco de tristeza. Entonces, tal como había hecho muchas veces antes, puse todas sus cartas encima de mi mesa y las releí. Kojima me hablaba de muchas cosas. Las fui leyendo una tras otra, las fui plegando con cuidado y, al final, las guardé en el estuche del diccionario.

El sábado por la mañana —cosa infrecuente— vino mi padre. Tenía fiesta. Al entrar en la cocina me lo encontré sentado en el sofá viendo la televisión. Al verme, solo dijo: «¡Ah!», y se volvió otra vez hacia la pantalla. Iba pasando con el mando rápidamente de un programa a otro y, a cada salto de canal, cambiaba el tipo de sonido y el volumen.

Luego desayunamos los tres. Comimos, sin decir una sola palabra, lo que había preparado mi madre. El vendaje de mi madre estaba inmaculado. Por alguna extraña razón, tanto el brazo como el vendaje parecían falsos. Pero debajo de las vendas había una herida de verdad y yo había visto cómo sangraba. Solo la televisión charlaba sin parar. Era como si quisiera suplir la parte de conversación que nosotros, como familia, teníamos la obligación de mantener. En ocasiones como aquella, siempre me venía a la cabeza lo mismo.

Mi padre estaba leyendo el periódico. No le veía la cara. El ruido que hacía al doblar las hojas para leerlo con más comodidad, o al volver las páginas, me iba poniendo más y más enfermo hasta el punto de que me dieron ganas de vomitar. Me entraron unos violentos deseos de agarrar el periódico que tenía enfrente y romperlo. Contuve las náuseas masticando lo que tenía en la boca y, dentro de mi cabeza, fui dándole vueltas a lo del periódico e imaginando cómo lo rompía a pedacitos. ¿Qué haría mi padre si se lo hiciera? Pensé que, probablemente, me pegaría un bofetón sin dudar un segundo. Pero a mí me daba igual. No podía pensar en nada más que en cómo iba rasgando el papel y destrozando el periódico. Cuando acabé con mis fantasías, me embutí en la boca todo lo que me quedaba en el plato y me levanté. Mi padre asomó la cara por un lado del periódico y miró mi plato vacío. Di las gracias por la comida y volví a mi habitación.

Me puse a hacer los deberes de matemáticas y, cuando me hartaba, leía un rato y, cuando me cansaba de leer, continuaba con los deberes de matemáticas. El hecho de que mi padre estuviera en casa y de que, justo aquel día, fuera a ver a Kojima después de tanto tiempo hacía que estuviera de un humor algo inestable, y no

podía tranquilizarme de ninguna forma.

Estuve inquieto toda la mañana. A mediodía oí cómo mi padre se marchaba. Poco después, cuando salí de mi cuarto para ir al lavabo, vi que mi madre estaba a punto de salir. Me preguntó, preocupada, si no me importaba que volviera a las siete y que cenáramos más tarde. Le dije que no había problema, regresé a mi habitación y, en cuanto oí que salía del recibidor y echaba la llave, sin poder esperar un minuto más, me saqué el pene y me masturbé. No pude aguantar hasta la cama y empecé a agitar la mano de pie ante la puerta. Era la primera vez que hacía algo parecido. Agité la mano agarrando el pene con más fuerza que de costumbre, comenzaron a fluir con suavidad las sensaciones y las imágenes vagas y, cuando estas alcanzaron cierta intensidad, eyaculé. No tenía un pañuelo de papel preparado, así que eyaculé en mi mano izquierda. Había tanta cantidad de semen que se me escapaba entre los dedos, pero al menos me tranquilicé un poco. Pese a todo, cuando después de lavarme las manos regresé a mi cuarto, me tendí en la cama y empecé a leer de nuevo, mi pene volvió a ponerse duro enseguida. Intenté quedarme tal cual, inmóvil, pero me empezó a doler. La erección palpitaba con tanta fuerza que me hacía daño. Tal vez por impaciencia, inquietud o expectación, toda la energía que había acumulada en mi interior acababa confluyendo en el pene. En aquel momento, mientras me volvía a agarrar el pene, más grande y duro que nunca, pensé en Kojima.

Era algo inconcebible.

Antes, mientras me masturbaba, nunca me había venido la imagen de Kojima a la cabeza. No es que quisiera y no pudiera. Era solo que ni quería ni podía: así de simple. Para mí, las dos cosas pertenecían a mundos completamente diferentes.

Pero aquel día, por razones inexplicables incluso para mí mismo, yo me sentía dentro de un torrente imparable y, sin saber por qué sucedió ni por qué solo pasó aquel día, lo cierto es que... no pude ahuyentar su imagen de mi imaginación. En aquel torrente violento, pero muy natural, Kojima se me apareció y me dirigió una sonrisa. En el banco del museo, yo estaba sentado a su lado, acercaba mi cara a la suya, le chupaba los labios. Luego imaginé

cómo le lamía todo el sudor del rostro. Era una percepción desconocida para mí. Después imaginé cómo le quitaba el uniforme, la desnudaba, la metía en el baño. Yo iba agitando la mano mientras imaginaba cómo le lavaba el pelo con dulzura, le quitaba la suciedad del cuerpo con jabón y, cuando ya tenía la piel limpia, apretaba sus senos con las palmas de las manos, le separaba las piernas y me introducía en su interior. Cuando acababa de lamer hasta el último rincón de su cuerpo, volvía a chuparle los labios. De pronto, Kojima se convertía en aquella alumna que había visto una vez en el aula. Ella no me miraba. Los grandes ojos que aparecían por debajo del flequillo recto y liso se dirigían hacia otra parte y, mientras seguía agitando la mano, imaginé el momento en que penetraba en su interior. Eyaculé enseguida. Al mismo tiempo que el semen se derramaba, retornó la imagen de Kojima. En los ecos de placer de la eyaculación, Kojima me miraba con su cara redonda, con una expresión dulce y algo tímida. Era la Kojima que a mí tanto me gustaba. Cuando terminó de brotar la última gota de esperma, el rostro de Kojima, que hasta poco antes había sido alegre y suave, se fue volviendo claramente más y más frío, y la Kojima que ahora me contemplaba tenía la mirada vaga y vacía, las mejillas, hundidas. «Nosotros somos iguales —decía, y sonreía—. Me gustan tus ojos», decía, y volvía a sonreír. Era aquella sonrisa que había visto el último día. Me incorporé, me apoyé en la pared y me quedé inmóvil. No se oía nada. Era una tarde de sábado muy tranquila. Expulsé el aire pesado que llenaba mis pulmones y me dejé caer de nuevo sobre la cama. Me dije que era un miserable, más sucio de lo que podía expresar en palabras. «¡Pero ¿qué estás haciendo?!», pensé. Tendido boca arriba, tenía la percepción de que mi pecho era blanco y de que, en mi espalda, se abría un agujero negruzco. Cerré los ojos y esperé a que se borrara. Oí que sonaba el teléfono, pero no pude moverme. Sin acabar de secarme el semen, caí dormido.

Corrí, corrí. Loco de impaciencia ante el semáforo en rojo que no cambiaba nunca, aproveché un momento con poco tráfico y

atravesé de un salto la calle, casi me lancé sobre un coche. Tras pisar el freno, el conductor sacó la cabeza por la ventanilla y me gritó enfadado. Hasta entonces ni me había dado cuenta de que estaba corriendo. Aquellos gritos que me dirigían no me afectaron en absoluto. Yo estaba en otro lugar. Aquello no tenía nada que ver conmigo.

El cielo estaba claro, no se veía ni una sola nube, pero, mezclado con el viento, se oía retumbar algún trueno. Cuando llegué al parque de la ballena, Kojima ya estaba allí. Al verla me agaché e intenté recobrar el aliento. A pesar de que estaba sudando y de que me dolía el pecho, no tenía la percepción real de haber corrido hasta allí, ni siquiera la de haber salido de mi habitación. Pero estaba en el borde del parque de la ballena y veía a Kojima, vestida con el uniforme y sentada sobre los neumáticos. «¿Por qué llevará el uniforme si hoy no hay clase?», me pregunté mientras me dirigía hacia ella tras respirar hondo varias veces. Lo veía todo más plano aún que de costumbre y, por más pasos que daba en dirección a Kojima, no sabía si realmente me estaba acercando a ella o no. Tenía la sensación de estar pisando el mismo suelo una y otra vez. Pero, finalmente, me encontré frente a ella. «Kojima», la llamé. Ella tardó un poco en levantar la vista. Con la boca cerrada, me miró a la cara y parpadeó despacio varias veces. Uno tras otro, los parpadeos fueron tan largos que me pareció oír cómo se movían sus pestañas. Luego volvió a dirigir la mirada al suelo. Preocupado aún por el ruido de mi propia respiración, me senté a su lado.

—Has leído mis cartas, ¿verdad? —dije—. Me expliqué mal..., lo del otro día... fue un malentendido.

Hablé a Kojima entre jadeos. Ella tenía los ojos bajos, no hizo ademán de mirarme ni una sola vez. A pesar de encontrarme a su lado, me daba la impresión de que aún estaba durmiendo en mi cuarto. Si quería mover los dedos, podía moverlos sin problemas, pero me quedaba la sensación de que faltaba algo decisivo. Cerré los ojos con fuerza y parpadeé varias veces para aclararme las ideas, pero era como si todos los rincones de mi cabeza estuvieran

llenos de una especie de algodón que ni siquiera sabía si era duro o blando. No podía calibrar la distancia que había entre mí mismo y los demás. Ni siquiera sabía si aquella distancia existía o no. Pensé que debía de estar soñando. Yo me había convertido en mis ojos. Así era como me sentía en aquellos momentos.

Me senté junto a Kojima sin decir nada y me quedé mirando sus rodillas. Luego alargué la mano hacia ellas, hasta la esquina de uno de los pliegues de su falda. Quería saber si podía tocar sin problema las cosas que veía. Mis dedos dormidos se posaron en el borde de la falda. Palpé su mano que descansaba un poco más arriba. Las yemas de mis dedos pudieron percibir el tacto de la mano color piel que estaba allí. No estaba ni fría ni caliente, pero era la mano real de Kojima. A pesar de ello, Kojima no se movió en absoluto. Puse la palma de mi mano encima de la suya y permanecí en silencio. Me quedé contemplando sus zapatillas de deporte sucias.

De pronto noté algo extraño y, al levantar la vista, descubrí la cara de Momose.

A su lado estaba Ninomiya y, alrededor de este, había una ristra de caras conocidas que, sonriendo con sorna, miraban en nuestra dirección. Por un instante resurgió el olor del gimnasio. Mezcladas entre otras, reconocí las caras de tres chicas de clase. Sin comprender qué estaba sucediendo, clavé los ojos en cada una de aquellas caras, una tras otra. En total eran siete. Por más que las miraba, no entendía qué significaba todo aquello. ¿Por qué estaban allí? ¿Qué hacían ellos en el lugar donde estábamos Kojima y yo?

—¡Vamos! ¡Sigue! —dijo riendo uno de los esbirros mientras me daba una patada en una rodilla. Dejó una mancha de barro en mis tejanos.

Una de las chicas lanzó un chillido de excitación y se rio. Fijé el ojo izquierdo en el lugar donde me habían dado la patada. Luego toqué el barro con las yemas de los dedos. Era barro real. Me acababan de dar una patada. Me habían dado una patada en la rodilla. Me lo repetí a mí mismo. No sentía dolor propiamente dicho. Estalló una risa grave y varias voces gritaron a coro: «¡Vamos! ¡Hacedlo, rápido!». Kojima seguía con la mirada baja.

—¡Qué sitio tan sucio! —dijo Ninomiya mirándome—. ¿Siempre lo hacéis aquí?

Una de las chicas celebró sus palabras con risas y alguien volvió a darme una patada en la rodilla. Esta vez noté bien el golpe.

—¿Lo hacéis ahí dentro? ¿O allí?

—¡Vaya! ¡Pero si está sucísimo! —exclamó una de las chicas y de nuevo se oyeron carcajadas.

Momose estaba con los brazos cruzados, como Ninomiya, pero en un lugar algo más apartado.

—Lo sabemos, ¿vale? Lo de vuestro rollo —dijo una voz—. ¿Creíais que no nos enteraríamos?

No comprendía de qué me estaban hablando.

—Oye, tú —me dijo Ninomiya, agachándose y acercando su cara a la mía. Aunque su expresión había cambiado, yo conocía muy bien aquella cara. Recordé que había habido un tiempo, cuando éramos niños, en que la boca que estaba en aquella cara pronunciaba mi nombre con simpatía—. Yo nunca lo he visto hacer en directo, ¿sabes? Vamos. Hazlo y así me lo enseñas.

—¿El qué? —pregunté. Mi voz era tan fina que apenas era perceptible. Pero Ninomiya la oyó perfectamente.

—Pues tener sexo, claro.

A su alrededor, prorrumpieron en carcajadas.

En mi interior se abrió un vacío, como si hubiera dejado de respirar, y reproduje en mi cabeza las palabras de Ninomiya: «Sexo». Había dicho «sexo». Noté cómo los latidos de mi corazón, que había palpitado a un ritmo regular, empezaban a acelerarse y cómo mis hombros se quedaban rígidos. Me acordé de las dos veces que había eyaculado aquella tarde. Al tragar saliva, el sonido resonó nítidamente en mis oídos, se me secó la lengua y sentí que de pronto se calentaba el aliento que se deslizaba por encima de ella. ¿A qué venía que me dijeran eso? ¿Cómo se habían enterado de que Kojima y yo estaríamos allí? ¿Qué pretendían hacer? ¿Qué relación tenían ellos con mis eyaculaciones? No sabía adónde mirar. No sabía qué tenía que pensar. Momose estaba de pie, un poco más lejos. Él no me miraba.

—Pero qué pasada, ¿no? —rio Ninomiya levantándose—. ¿También os lo montáis en la escuela? ¡Qué pasada! ¡Jo! ¡Eso es una pasada! —Sacudió la cabeza como si estuviera admirado—. Vamos. Enseñádmelo.

—No lo hemos hecho —dije en voz baja—. No hemos hecho nunca eso.

Después de decirlo, todos, excepto Momose, soltaron una risotada a la vez, como si les hubieran dado una señal. ¿Qué tenía de cómico aquello? No había hecho más que responder a su pregunta. Nosotros no lo habíamos hecho jamás. Noté cómo el sudor se me deslizaba por la espalda hasta la cintura. Los latidos de mi corazón me resonaban con fuerza en los oídos, parecía como si el mundo entero temblara al compás de sus palpitaciones. Me di cuenta de que mi mano derecha, que antes se había posado sobre la mano de Kojima, ahora se la estaba estrechando con fuerza. Pero ella no mostraba reacción alguna.

—¿Por qué estáis aquí? —pregunté con voz ronca.

—Es que nos hemos enterado de que tenías una cita con Kojima.

—La habéis obligado vosotros a escribirme, ¿verdad?

—Bueeeno, pueees... —dijo Ninomiya riendo—. Vamos, que después tenemos otras cosas que hacer. Así que espabilad. Venga. Enseñádnoslo de una vez.

Uno de los esbirros me pegó una patada en el muslo. Un golpe mil veces más brutal que antes.

—Eso, nosotros —dije sujetándome el muslo— no lo hemos hecho nunca.

—Los perros lo hacen por aquí, ¿no? —soltó Ninomiya con toda naturalidad—. A los perros se la suda, ¿no? Pues eso. Que vosotros también podréis, seguro. ¡Ánimo! —Ninomiya se rio—. Nosotros tenemos otras cosas que hacer, ¿vale? No podemos perder todo el día con esto. Así que poneos al lío deprisita para que podamos hacer nuestros planes. ¿Es que no lo has oído? Sigue. Solo eso. Es muy fácil.

Ninomiya me miraba con una gran alegría pintada en toda la cara. Las arrugas de su sonrisa estaban llenas a rebosar de un vivo

placer. «Esto es un rostro humano», pensé. Las comisuras de los labios se curvaban hacia arriba en una amplia sonrisa y los ojos relucían con un brillo húmedo.

—Estás..., estás loco.

Cuando se lo dije, Ninomiya miró las caras de su alrededor y estalló en una gran carcajada.

—¡Adelante!

A la orden de Ninomiya, uno me agarró por los hombros y me levantó. La mano de Kojima se soltó de la mía. Volví a cogérsela corriendo y se la sujeté con fuerza. Al verlo, estallaron las risas.

—¡Hazlo, te digo!

Negué con la cabeza y me senté sobre los neumáticos. Estreché con fuerza la mano de Kojima. La apreté todavía más fuerte y, aprovechando un descuido de los que teníamos delante, hice un intento de escapar. Pero me agarraron enseguida por la espalda de la camisa, tiraron de mí y me derribaron al suelo. Al caer, arrastré conmigo a Kojima, a quien tenía cogida de la mano. «¿Estás bien?», le pregunté. Ella tenía los ojos abiertos como platos y, unos instantes después, se incorporó a medias y, sin mirarme, afirmó con la cabeza, despacio. Formando un círculo, nuestros compañeros de clase nos observaban desde lo alto, nosotros estábamos acurrucados a sus pies, incapaces de movernos.

—¿No crees que Kojima está demasiado sucia? Desde hace rato apesta que te mueres. ¿O solo me lo parece a mí?

—Esa cerda siempre huele igual —dijo una chica, y frotó la suela del zapato en la espalda de Kojima—. ¡Puaj! Me parece que he pisado una mierda.

—Da lo mismo. Esa cerda ya iba igual de sucia antes.

—Es una amenaza para la salud pública. Una basura. Un desecho.

La chica mantenía el pie sobre la espalda de Kojima y la empujaba con fuerza hacia abajo: Kojima estaba con los ojos bajos y las manos apoyadas en el suelo. Miré a aquella chica a la cara.

—Oye, bizco. No tengo ni idea de adónde estás mirando, así que mejor que mires para abajo —dijo, y se rio—. ¡Vaya par de guarros! El bizco y la cerda.

Kojima y yo permanecimos inmóviles. Aunque el cielo seguía estando despejado, los truenos retumbaban a intervalos cada vez más cortos.

Me pregunté si aquello sería verdad.

¿Era real? Se suponía que, hacía un rato, yo estaba en mi habitación, había salido de casa corriendo y había acudido a ver a Kojima. Había ido a encontrarme con ella como hacía siempre que quedábamos. ¿Por qué pasaban esas cosas en nuestro mundo? Nosotros no le hacíamos nada a nadie. Ni Kojima ni yo hacíamos nada, intentábamos seguir nuestro camino sin hacer nada. Nada en absoluto. Entonces, ¿por qué ocurría aquello? Yo solo quería verla y había ido a encontrarme con ella. ¿Por qué Kojima y yo teníamos que estar acurrucados de aquella manera mientras nos pisaban y nos daban patadas?

Pero..., pensé, aquello no había sido un encuentro ni nada por el estilo. Kojima no había querido verme. Por alguna razón, Ninomiya y los otros habían descubierto lo de las cartas y habían obligado a Kojima a escribirme. A lo mejor era yo quien había metido a Kojima en aquella situación. Sí. Seguro que yo tenía la culpa, por haberle escrito una carta tras otra.

Podía darle tantas vueltas como quisiera, pero las palabras de mi cabeza no tenían ninguna fuerza. Kojima no se movía. Tuve la sensación de que una pequeña gota de lluvia me había caído sobre la nariz. Levanté la vista al cielo. No había ninguna nube de lluvia. Quizá el cielo no estuviera tan despejado como antes, pero tenía un brillo brumoso que coloreaba el aire. Aquel color despertaba en mí la nostalgia, como si ya lo hubiera visto antes en algún momento, en alguna parte, pero, si había sido así, no conseguía recordarlo. En el aire que había sido fresco hasta poco antes empezaron a flotar unas oleadas de viento tibio que fueron llenando poco a poco el espacio alrededor de nosotros. Los truenos retumbaban, ahora lejos, ahora cerca.

—Yo haré todo lo que quieras, pero a Kojima déjala marchar —le dije a Ninomiya—. Por favor. Ella no quería verme. Fui yo, que le escribí una carta tras otra. Todo es cosa mía, solo mía. Kojima no tiene nada que ver. Nunca ha hablado conmigo. He sido

yo quien se lo ha montado todo —dije. Sentí una opresión en el pecho. No pude continuar hablando. Tragué saliva varias veces y contuve la respiración hasta que me sentí algo más tranquilo—. Eso es algo que he hecho yo solo. A ella déjala marchar.

—¡Mentira! No es eso lo que hemos descubierto —dijo uno de los esbirros riendo.

—No es mentira. Es verdad.

—¡Vamos, vamos! —intervino Ninomiya en tono conciliador cruzándose de brazos—. Tanto da una cosa como otra. Vamos, tú, bájate los pantalones, deprisa. Ya te he dicho que no teníamos tiempo, ¿o no te has enterado?

—Deja marchar a Kojima —repetí.

—Y, entonces, ¿con quién te lo vas a montar? —rio Ninomiya.

—Por favor, déjala ir. Te lo pido por favor. —Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, me vi de rodillas rogándole a Ninomiya con la frente en el suelo.

—¡Eh!... —dijo él riendo como si le chocara mucho mi actitud. Me dio un golpecito en la cabeza con el pie—. ¡Eh! No te pongas tan dramático que no te va a servir de nada. ¿Te desnudas tú? ¿O tendrán que desnudarte?

Levanté la cara y miré a Momose. Veía su silueta entre los pegotes de barro negro que tenía pegados a las gafas.

Tal como estaba, de rodillas, lo llamé:

—Momose, tú sí te das cuenta, ¿verdad? Tú te das cuenta de que esto no tiene ningún sentido. Tú sabes muy bien que algo así da lo mismo hacerlo que no hacerlo, ¿verdad? Tú lo sabes, ¿verdad? Momose, por favor, Momose.

Ninomiya me dio una bofetada en la cara. Las gafas se me quedaron colgando de una oreja, sentí cómo las mejillas me ardían y, unos instantes después, entre la saliva noté un ligero sabor a sangre.

—¡Cállate! No abras la boca, ¿me oyes? ¡Desnúdate!

Me debatí pateando con todas mis fuerzas. Hicieron falta dos esbirros para sujetarme por detrás y quitarme el cinturón. Se oyeron los chillidos alborozados de las chicas.

—¡Vete! —le dije a Kojima—. ¡Vete a casa! —grité con todas

mis fuerzas volviéndome hacia ella, que estaba agachada en el suelo.

Pero ella no se movió.

—¡¡¡Corre!!! —me oí decir a mí mismo gritando a voz en cuello mientras me resistía tanto como podía.

A pesar de ello, Kojima no se movió.

Me bajaron los pantalones, me los quitaron volviéndolos del revés.

—¡Desnudadlo también de cintura para arriba! —oí que decía Ninomiya y, siguiendo sus órdenes, me arrancaron la camisa y me dejaron en calzoncillos—. Los zapatos dejádselos puestos. Es más gracioso —dijo con una sonrisa sarcástica.

Mirándome, una de las chicas se retorcía de la risa. Las otras dos, que habían estado charlando entre ellas, al verme, lanzaron chillidos de júbilo y dijeron: «¡Qué asco!». Intenté recuperar mis ropas, pero uno de ellos hizo una bola con ellas y las lanzó encima de la ballena. No podía llegar hasta allí.

Me quedé ahí plantado, sin ropa, entre risotadas graves, risas agudas, voces que parloteaban. No sentía ni frío ni calor. Lo único que notaba era que el aire se había vuelto más denso que antes.

—¡Vamos! Ahora desnuda a Kojima —me ordenó Ninomiya.

No podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero... ¿qué dices? —exclamé. La voz me temblaba—. ¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que desnudes a Kojima —contestó Ninomiya con expresión despreocupada. Abrió la boca de par en par, gesticuló como si hiciera ejercicios de articulación, se acercó a mí y me lo repitió al oído en voz muy clara para que lo entendiera bien —: Te he dicho que desnudes a Kojima.

Noté como un calor intenso me llegaba desde el pecho hasta la garganta.

Retumbó un trueno. Empezaron a caer pesados goterones del cielo claro. Una de las chicas comentó: «Uf. Llueve», con voz de fastidio. Uno dijo: «Esto es aquello de la rata,[1] ¿no?». Otro repuso: «No, que es un zorro».[2] A pesar de la lluvia, la luz del sol era todavía más intensa que antes. ¿Cómo podía estar lloviendo si no

había ni una sola nube en el cielo? Las gotas de lluvia se impregnaban del color del aire y del sol, se teñían de dorado, caían en forma de hilos y, con un rumor sutil, iban humedeciendo tanto la espalda de la ballena y la superficie de los neumáticos como mi propia piel.

—Si tú no la puedes desnudar, alguien tendrá que hacerlo —dijo Ninomiya—. Se ha puesto a llover. ¡Rápido!

No me moví ni tampoco dije nada.

—¿Crees que si nos haces perder el tiempo de esta manera todo va a quedar en nada? ¿Piensas que así te vas a poder librar? —soltó—. Pues de eso nada. Yo, en estas cosas, soy un perfeccionista, ¿sabes? Nunca dejo nada a medias. Ni tampoco para más adelante. Quiero resultados el mismo día, ¡ya! ¿Vale? Vamos, que vas a tener que hacer ahora, sí o sí, lo que te estoy ordenando. No tienes alternativa. ¿Lo has entendido bien? Eso que te quede muy claro.

—No lo haré —dije.

—Si no lo haces tú, lo tendremos que hacer nosotros —rio Ninomiya—. Además, ¿quieres que te diga una cosa? Tú, con esa pinta, no tienes ninguna capacidad de persuasión.

Las chicas empezaron a quejarse de la lluvia y a discutir con los esbirros de Ninomiya. Una incluso renegó: «¡Uf! ¡Qué rollo!». Yo estaba allí de pie, en silencio. Alrededor, las voces fueron aumentando gradualmente de volumen hasta que Ninomiya se volvió hacia las chicas y les dijo que, si se querían ir antes, pues que lo hicieran y listo. Ellas refunfuñaron un rato, pero enseguida se pusieron a hablar de otra cosa y, al final, no se marcharon.

—Pues si no lo haces tú... —dijo Ninomiya con tono irritado, y ordenó a uno de sus esbirros que levantara a Kojima del suelo.

Entonces, casi sin pensar, alargué la mano hacia un pedrusco que había debajo de los neumáticos de un tamaño lo suficientemente grande como para tener que agarrarlo con las dos manos. Palpé las aristas con la yema de los dedos, lo cogí. Pesaba mucho. Clavé la mirada en el objeto que tenía entre mis manos.

—¡Eh, tú! ¡No me vengas ahora con cosas raras! —dijo Ninomiya, que me había visto.

Sin responderle, me quedé mirando la piedra que sostenía entre las manos, veía su contorno desdoblado.

La mitad de la piedra estaba negra por la humedad y aquello me hizo pensar en la sangre. En la parte negra estaban los cantos más agudos. Cogí el pedrusco por la parte seca y fijé la vista en la parte afilada.

Me acordé de lo que me había dicho Momose en las oscuras sombras del banco del hospital. «¿Por qué no puedes hacerlo?» Sí, ¿por qué no podía hacerlo? «Si lo hicieras, es posible que la situación cambiara bastante.» Sí, era posible que hubiese cambiado. «¿No te sientes culpable nunca?» Ahora era yo quien preguntaba. «Pues no. Nunca», había respondido Momose como si fuera lo más natural del mundo. «Solo haces lo que eres capaz de hacer. Ni más, ni menos. Nada tiene sentido.» «¿No tiene sentido?» Momose había sonreído solo con el rabillo del ojo. «Lo correcto, lo erróneo: todo eso no existe. Solo existe la conveniencia de cada uno. Se trata de hasta qué punto puedes arrastrar a los otros a tu conveniencia, a tu propia interpretación de las cosas. Hasta qué punto puedes hacerlos entrar, a la fuerza, quieran o no, dentro de tu propio marco.» «¡Yo ni quiero arrastrar a nadie ni que nadie me arrastre a mí!» Se lo dije gritando a Momose. «Eso es imposible. Las cosas no van así.» Momose se rio. «Te estoy hablando de cómo funciona el mundo. No se trata de ideales ni de nada por el estilo. Estamos hablando de un sistema simple que funciona tal como está establecido de antemano. Y tú, ahora, si así lo quisieras, con esa piedra podrías golpear a Ninomiya en la cabeza. Ahora podrías pillarlo desprevenido y, si le pegaras en la cabeza con decisión, caería al suelo. Luego, antes de que pudiera levantarse, podrías volver a arrearle en la cabeza con todas tus fuerzas. Imagínatelo. Tú te quedarías muy a gusto y protegerías a Kojima. Los tipos que lo rodean, al verlo, se largarían corriendo. Y yo también, por supuesto. Además, piensa: en una situación así, ¿quién no haría lo mismo? Nadie te culparía por ello. Al contrario, despertarías simpatía y compasión. Bien mirado, no está mal, ¿verdad? ¿Por qué no puedes hacerlo? *¿Por qué no puedes hacerlo?*»

La lluvia era más fuerte que antes. Empezó a tronar. De vez

en cuando, un rayo opaco rasgaba el cielo color ocre claro, la lluvia que caía a mares lo hacía relucir todo y empezaban a formarse pequeños charcos en el suelo. Me imaginé a mí mismo con la piedra en las manos, arrojándome sobre Ninomiya, pero mi cuerpo no se movió. ¿No bastaba con la imaginación? Dentro de mi cabeza repetí de nuevo el instante en que dejaba caer la piedra sobre su cabeza. Pero no resultó. Con la piedra en las manos, exhalé una bocanada de aire. Tal como había dicho Momose, si podías, podías. No se trataba del bien o del mal, sino simplemente de ser capaz de hacerlo. Y ahora, si había algo que debía hacer yo, ese algo era luchar, ¿o no? Tenía que coger la piedra y enfrentarme a Ninomiya, ¿o no? ¿Acaso no era esto lo que yo tenía que hacer? Tenía una piedra en las manos. Si me quedaba quieto, nada cambiaría, ¿no era así? ¿Acaso esto no lo sabía yo mejor de lo que hubiese querido? Agarré bien la piedra con las dos manos y reuní fuerzas.

En aquel instante, Kojima se levantó despacio y me sujetó el brazo.

La miré a la cara.

Ella me estaba mirando sin decir nada. La lluvia goteaba por su pelo y brillaba sobre sus cejas. Me soltó el brazo con suavidad. Yo no podía pronunciar palabra. Miré su cara. Y en aquel momento me di cuenta de cuántas miradas me habían dirigido hasta entonces. Miradas que evitaban encontrarse con la mía, miradas de asco, miradas burlonas. Desde que tenía conciencia, multitud de personas a las que no conocía en absoluto habían lanzado sobre mí miradas que yo no había tenido otro remedio que recibir y, aunque no muchas, también había habido miradas cariñosas. Miradas que alguien me había dirigido mientras me decía que le gustaban mis ojos. Miradas que alguien había clavado en mí mientras me cogía la mano. En aquel momento me di cuenta de eso. Porque los ojos de Kojima, que se encontraba frente a mí, estaban desprovistos de expresión. Me había dado cuenta de eso observando sus ojos, unos ojos que no miraban nada.

Entonces Kojima empezó a caminar lentamente y se detuvo delante de Ninomiya.

Ninomiya retrocedió un paso sin decir nada. Sus esbirros murmuraron algo durante unos instantes y después se callaron. Momose, que estaba recostado en la ballena mirando hacia nosotros, descruzó y cruzó los brazos, adelantó el mentón.

Kojima se quitó los zapatos y los calcetines y se quedó descalza sobre la tierra. Luego introdujo los dedos entre la corbata y el cuello de la blusa, se deshizo el nudo de la corbata, hizo una bola con ella y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Sus movimientos eran increíblemente lentos. Después se quitó la chaqueta, la arrojó al suelo y se fue desabrochando desde arriba, por orden, los botones de la blusa. A continuación se abrió los corchetes de la falda y la dejó caer al suelo. A sus pies se formó un círculo azul marino, el dobladillo extendido se fue empapando del agua de un charco y, en un instante, la lluvia oscureció su color. Estaba descalza, con una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones cortos de gimnasia. Entonces se quitó los pantalones azul marino y se quedó solo con unas bragas de color blanco. La lluvia le pegaba la ropa a la piel, por encima de la que se deslizaban una multitud de regueros de agua, formando un dibujo. Nadie decía nada. Kojima tiró de la camiseta hacia arriba, se la pasó por los codos, se la pasó por la cabeza y la lanzó al suelo. Tenía la parte superior del cuerpo desnuda. Le sobresalían las costillas. Su cuerpo era menudo. Luego se quitó las bragas y se quedó completamente desnuda. Nadie decía nada. Solo se oía el rumor de la lluvia. Kojima estaba allí, de pie. Una lluvia del color del oro caía sobre el uniforme que se había quitado y sobre su cuerpo. El agua de los charcos relucía reflejando la luz del sol y las gotas rebotaban, brillantes. La lluvia se hizo aún más intensa.

Kojima, desnuda, enderezó la espalda y se quedó inmóvil ante los ojos de Ninomiya.

Kojima sonreía.

Nadie decía nada.

Desnuda, con una gran sonrisa en la cara, giró lentamente sobre sí misma y volvió a detenerse frente a Ninomiya. Luego extendió los brazos, abrió los ojos como platos y estalló en sonoras carcajadas. Era una risa poderosa que iba discurriendo despacio

desde los tonos más graves hasta los más agudos. Cuando todas las voces de su cuerpo se hubieron convertido en risa, Kojima se dirigió muy despacio, asegurando cada uno de sus pasos, hacia donde estaban los otros alumnos e hizo el gesto de acariciar, como si las envolviera, las mejillas de la chica que estaba más a la izquierda. La chica que había recibido la caricia soltó un pequeño alarido y dio un salto hacia atrás. Fue la señal para que las otras echaran a correr. Todavía con la sonrisa en los labios, Kojima alargó también los brazos hacia los chicos que estaban a un lado. Por un momento fingieron bromear, pero la expresión de su cara se descompuso enseguida y empezaron a retroceder, apartando a Kojima con gestos bruscos de la mano, hasta que, como las chicas, acabaron huyendo. Se fueron todos del parque de la ballena como si se persiguieran los unos a los otros mientras lanzaban gritos extraños. Los únicos que quedaron fueron Ninomiya y Momose.

Bajo una intensa lluvia del color del oro, yo estaba inmóvil, en calzoncillos, solo con los zapatos puestos, contemplando la escena mientras sostenía el pedrusco entre las manos.

Allí había una Kojima que yo no había visto jamás.

Kojima estaba ahí de pie con una fuerza enigmática en el rostro, con algo que no podía compararse a la sonrisa que vi el día que cayó a mis pies en el aula.

A duras penas podía creerlo. Kojima estaba desnuda, azotada por la fuerte lluvia, riéndose a carcajadas. Se volvió hacia Ninomiya, le tendió los brazos abiertos sin dejar de reír. Me dio la sensación de que Kojima decía: «Esto tiene mucho sentido». Era la voz que tanto me gustaba. Me acordé de que le había escrito en una carta que su voz se parecía a una mina del 6B. Kojima me sonreía. «Oye, Kojima —le decía yo—. ¿Todo esto tiene sentido?» «Claro que sí. Nosotros no estamos obedeciendo. Lo asumimos. Además, nosotros sabemos qué es lo correcto. Sabemos que aquí hay una voluntad. Solo que estos aún no entienden muchas cosas. Ya te lo he dicho antes, ¿no es cierto? Que también ellos, algún día, lo comprenderán.» Tras pronunciar estas palabras, Kojima sonreía. Yo sentía nostalgia. Su sonrisa me recordaba muchas cosas. «¿Sabes? La debilidad tiene un sentido. Tiene un sentido

muy claro. —Yo la escuchaba en silencio—. Pero ¿sabes? —me decía Kojima—. Si la debilidad tiene un sentido, también debe de tenerlo la fortaleza. Y no me refiero a ese sentido de bajo nivel que se inventan los tipos débiles para justificar su propia debilidad.» Yo estaba mirando la cara de Kojima. Entonces, de pronto, esta se convertía en la cara de Momose. Y Momose me decía sonriendo: «Si algo tiene sentido, entonces todo tiene sentido. Y si no lo tiene, entonces nada lo tiene. Ya te lo expliqué aquella noche, ¿no? Que, a fin de cuentas, todo es igual. Tú, yo, todos, lo único que hacemos es interpretar el mundo según nos conviene. Solo hay combinaciones. ¿Hay algo más simple? Y es por eso por lo que no tienes más remedio que adquirir fuerza. Para que los demás no se impongan y te arrastren, quieras o no, hacia sus ideas, sus normas, su propio sistema de valores». «¡Esa fuerza yo no la quiero! —le gritaba yo—. ¡Ni quiero que me arrastren ni tampoco quiero ser arrastrado!» «¡Oh, no! No digas eso —me respondía Kojima con dulzura—. Piensa que nosotros sabemos lo que es correcto. Tenemos que demostrar que todo este dolor y este sufrimiento tendrán una recompensa definitiva. Ya te lo dije, ¿recuerdas? Que esto ya no es solo un problema tuyo y mío. Que por esto tú tienes estos ojos y yo tengo mi signo. Que justamente por esto tú y yo hemos podido encontrarnos. Todos los sucesos tienen un sentido. Porque superar el sufrimiento y la tristeza tiene un sentido.» Al hablar, Kojima sonreía. «Por eso hay que arrastrar a todo el mundo dentro de este sentido», añadía Momose con voz grave. Sobresaltado, miraba a Kojima. La cara seguía siendo la suya, pero la voz se había convertido en la de Momose. Y luego, cuando volvía a oírse la voz de Kojima, se me aparecía la cara de Momose. «Esto no son ideales, es la realidad —decía—. No hace falta ni imaginación ni nada. Lo que hay aquí es real.» Se oía resonar su risa. Cada vez me costaba más distinguir la voz de Kojima de la de Momose, ambas se mezclaban, las expresiones de sus rostros se confundían hasta que era imposible reconocer quién era quién. Con los ojos cerrados, yo negaba con la cabeza sin parar.

Ninomiya estaba mirando a Kojima con los ojos muy abiertos, pero no decía nada. Kojima le acarició la mejilla con la mano

derecha. Incluso desde lejos podía ver que Ninomiya estaba petrificado. Sonriendo, Kojima levantó la mano y le acarició la cabeza lentamente. En la cara de Ninomiya se pintó una expresión que yo no le había visto nunca y empezó a ruborizarse de forma patente. Su cara estaba muy roja, a manchas, y apretaba los puños, incapaz de moverse. Cuando acabó de acariciarle la cabeza, Kojima empezó a andar como una sonámbula, pero con pasos firmes, hacia Momose.

En el instante en que Kojima tendía la mano hacia Momose, Ninomiya volvió en sí de pronto, echó a correr, agarró a Kojima por el pelo desde atrás, tiró de ella y la derribó al suelo. Desnuda, cayó con un golpe sordo sobre un charco, de espaldas, levantando salpicaduras de agua. Solté la piedra que sostenía entre las manos y corrí hacia ella. Con el rostro escarlata, Ninomiya nos miraba a Kojima y a mí desde lo alto. Momose se descruzó de brazos y, mientras se acariciaba los labios, clavó los ojos en Kojima. Sonreía, contento, con sus ojos almendrados.

—¡¿Qué estáis haciendo?!

Se oyó un grito que llegaba desde fuera del parque. Me di la vuelta. Vi a una mujer de mediana edad con un paraguas en una mano y unas bolsas colgando de la otra que miraba hacia nosotros alargando el cuello. Ninomiya le dio un golpecito a Momose en el brazo y fue el primero en echar a correr. Poco después Momose desapareció corriendo en dirección contraria.

—¡Eh, vosotros! ¿Qué estáis haciendo? —dijo la mujer dirigiéndose hacia el parque.

Kojima estaba desnuda, riendo, tendida boca arriba, inmóvil. Le pasé un brazo por los hombros, tiré de su uniforme empapado y hecho una masa, y se lo puse encima. La lluvia había amainado. La luz del sol era más intensa que antes y la piel de Kojima relucía con un brillo blanquecino. Kojima se recostó en mí, riendo y llorando. Mientras me miraba entre risas, un torrente de lágrimas brotaba de sus ojos y, mezclado con el barro y con la lluvia, se deslizaba por sus mejillas.

—Te duele, ¿verdad? —le dije—. Kojima, te duele, ¿verdad? Te duele, ¿verdad? —No hacía más que repetírselo una vez tras

otra. Yo también lloraba.

—¡Pero si estás desnudo! ¡Y ella también! Pero ¿qué estáis haciendo? —se oyó de pronto que decía una voz asustada entre el frufrú de unas bolsas de plástico—. ¡Quédate aquí! —me dijo la mujer sacudiéndome por el brazo.

Pero yo no respondí nada.

«Kojima», decía sin parar mientras le pasaba la mano por la espalda.

Sin pronunciar ni una palabra, Kojima seguía riendo y llorando a la vez. Le rodeé el cuello con un brazo. Un torrente de lágrimas imparable brotaba de mis ojos, caía a goterones sobre la cara de Kojima, se mezclaba con sus lágrimas y con la lluvia y desaparecía. No eran lágrimas de tristeza. Probablemente aquellas lágrimas se debieran a que nosotros no teníamos ningún lugar adonde ir y solo podíamos vivir en aquel mundo de aquella manera. Eran lágrimas causadas por el hecho real de que no había ningún otro mundo que elegir. Eran lágrimas por todo, por absolutamente todo lo que existía. Continué llamándola por su nombre: «Kojima». Poco después llegó gente. Hasta que los adultos la envolvieron en una manta y se la llevaron, Kojima me estuvo mirando. Fue la última vez que la vi.

Kojima fue mi queridísima y única amiga.

9

Mi madre y yo estábamos sentados frente a frente como en las comidas. Durante un rato no dijimos nada ninguno de los dos. Mi madre me preparó un té; luego, como si se acordara de repente, se levantó para servirse también ella; después de echar un vistazo a mi taza vacía, volvió a prepararme otro a mí: aquello se fue repitiendo unas cuantas veces.

Habían transcurrido dos días desde el incidente del parque de la ballena.

Yo no había vuelto a la escuela. Habían aparecido en casa, escandalizados, algunos profesores y algunos de los padres de mis compañeros de clase. Mi madre no los había hecho pasar y los había despachado diciendo que ya iría ella al colegio a hablar del asunto. Yo no había salido de mi habitación.

—Ah, lo de la comida... —dijo mi madre—. En la tele, cuando un chico no sale de su cuarto, se la dejan delante de la puerta, ¿no? Pero si está preparándose para los exámenes de ingreso en la universidad, entonces se la llevan hasta el escritorio de la habitación, ¿verdad? Cuando no estudia se la dejan siempre en la puerta, ¿te has dado cuenta? Y un rato después van a recoger los platos vacíos y vuelven a la cocina. Yo estos días lo he hecho por primera vez y, bueno, pues no ha ido mal, ¿eh? —Sonrió con cara de apuro—. No sé expresarlo bien, pero...

—Sí —le respondí.

—Lo que quería decir es que estoy contenta de que te la comieras.

—Sí.

—Ahora voy a ir a la escuela, pero antes querría hablar contigo.

—Sí.

—Porque, en este tipo de asuntos, todo el mundo dice lo que le parece.

—Sí.

—Pero yo solo escucharé lo que me digas tú.

—Sí.

—Puedes contarme lo que sea. Pero si hay algo de lo que no quieres hablar, no lo hagas.

Le hablé de mi acoso en la escuela.

De lo que había ocurrido durante el último año y de todo lo que me habían hecho antes. Pensé que necesitaría horas para contárselo todo, pero en realidad no me llevó mucho tiempo. Aquello, y lo otro, y aquel sentimiento, y aquella sensación: fui traduciéndolo en palabras y, cuando terminé de hablar, me dio la impresión de que todos aquellos hechos habían durado unos pocos minutos. Mi madre me escuchaba en silencio, con la mejilla apoyada en la mano, asintiendo de vez en cuando.

—Yo creo que... —dijo ella tras un largo silencio mientras hacía girar la taza de té entre las manos— no deberías volver más a esa escuela. El instituto será un lugar distinto y, si quieres ir, entre los dos buscaremos la manera de que puedas pasar de curso.

—Sí —respondí.

—Pero nadie volverá a decirte que tienes que ir a la escuela —dijo sonriendo—. Vamos, que no hará falta que vayas —me repitió.

—Sí.

—No tienes por qué seguir. Buscaremos una buena solución. Hay otras posibilidades. Si lo pensamos bien, algo encontraremos —dijo mi madre sin dejar de sonreír.

Luego le hablé de mis ojos.

Que ni yo mismo sabía qué hacer; la promesa que le había hecho a Kojima; que no sabía si la operación saldría bien o no, pero que creía que operarme quizá fuera una especie de

claudicación ante ellos; que mis ojos eran mi propio yo, que me hacían ser quien era: Kojima me lo había repetido una vez tras otra; lo mucho que me habían ayudado sus palabras, lo especiales que habían sido para mí. Se lo conté todo con calma. Mi madre me escuchó en silencio. Después, tras dudar un poco, me habló de mi verdadera madre.

Me dijo que mi verdadera madre también había sido estrábica y que tenía una fotografía de ella.

Sin decir nada, mi madre clavó la mirada en sus dedos, posados sobre la mesa de la cocina, y permaneció inmóvil. Luego cogió las tazas vacías y se levantó a preparar más té. Se oyó cómo el agua llenaba la tetera, cómo se encendía el fuego y, poco después, cómo hervía el agua. Mi madre y yo nos quedamos mucho rato en silencio escuchando aquellos sonidos como si tuvieran un significado trascendental.

—Yo conocía a tu madre de verdad —dijo—. Por eso sé lo de sus ojos.

—¿Erais amigas? —pregunté.

—No. Solo la conocía.

Mi madre empezó a hablar tal como estaba, de pie.

—Pensaba que sabías que tenía los ojos como tú. Que, aunque no te acordaras de ella, habrías visto alguna foto o algo. ¿Te acuerdas del otro día, cuando me pediste consejo sobre lo de tus ojos? Pues no supe qué responderte justamente por eso. Creía que entraban en juego los sentimientos hacia tu madre, que tus ojos eran un lazo con ella. Y yo ahí no podía meterme, ¿entiendes? Y también fue porque yo el estrabismo lo veo como algo muy natural.

Mi madre y yo permanecimos un rato en silencio.

—Pero ¿sabes qué? —me dijo mirándome a la cara—. Opérate. Es algo que tienes que decidir tú, pero yo quiero animarte a que te operes. —Mi madre sonrió—. Unos ojos son solo unos ojos. No van a hacerte perder o estropear nada importante. Lo que tenga que quedar, hagas lo que hagas, quedará. Y lo que no tenga que quedar, no quedará.

—Sí —contesté yo.

—¿Tendrán que hospitalizarte? —me preguntó mi madre sentándose.

—Me dijeron que, a mi edad, como mucho tendría que quedarme un día.

—¡Vaya! Qué operación tan descafeinada —dijo mi madre sonriendo—. Pensaba que sería algo más serio. Puestos a hacer, ya que te operan...

—Pues no sé qué quieres que te diga —reí.

Mi madre también se rio.

—Y tenemos que pensar en el dinero de la operación —dijo mi madre decidida—. Porque, si lo hacemos, debemos acudir al mejor especialista del país. ¿Dónde crees que estará?

—Pues a mí me dijeron que esa operación la hacen los médicos que empiezan —dije.

—¿Ah, sí?

—No sé, pero a mí me dio la impresión de que puede hacerla cualquiera.

—Pero el coste es otro asunto. A fin de cuentas, es una operación de los ojos. —Mi madre frunció el ceño—. ¿Cuánto cuesta, más o menos?

—Pues... quince mil yenes.

—Quince mil yenes —repitió mi madre.

*

—¡Vaya, vaya!

Al verme, el médico levantó la mano hasta la altura de la cara y me sonrió con alegría. Nosotros lo saludamos con una inclinación de cabeza. Era una tarde con el cielo completamente despejado. El vestíbulo estaba, como siempre, lleno a rebosar, y por el aire flotaba, como de costumbre, un olor que solo podía calificar de «olor a hospital». Mi madre le hizo una profunda reverencia al médico y empezó a preguntarle un montón de cosas sobre la operación, hasta que le susurré al oído que aquel no era el doctor que me tenía que operar.

—¿Ah, no? —dijo mi madre avergonzada, y volvió a

inclinarse—: Lo siento mucho, doctor.

—No tiene importancia —rio el médico—. La intervención para corregir el estrabismo es mejor que se haga de joven. Ahora es el momento oportuno —explicó sonriendo.

Nosotros asentimos.

—Tengo un amigo que es un médico excelente. Quizá parezca mentira, pero es especialista en estrabismo. Hay muchas personas que vienen de muy lejos para que las visite o para que las opere.

—Le agradecemos mucho sus atenciones. Gracias por habernos recomendado un doctor de tanto prestigio —dijo mi madre inclinando la cabeza.

El médico sonrió como diciendo que no tenía importancia y, luego, los dos mantuvieron una conversación trivial durante unos instantes. No paraban de llamar a una persona tras otra por el altavoz, se oía la charla de los acompañantes de los pacientes y una enfermera pasó por nuestro lado despacio llevando a un anciano cogido de la mano. Nosotros mirábamos aquellas escenas sin prestar atención. Poco después me llamaron a mí y mi madre fue a la recepción a hacer los trámites para el ingreso hospitalario y la operación. Quedamos en que la esperaría a la salida.

—¿Hoy no tiene visitas? —le pregunté al médico mientras salíamos.

—Los miércoles por la tarde no paso consulta —dijo él reprimiendo un bostezo. Se desperezó—. ¿Al final qué harás? ¿Anestesia local?

—No, he pedido anestesia general.

—¿No serás un poquito miedoso, por casualidad? —rio el doctor.

—¡Es que da miedo! —Yo también me reí.

—Sí, supongo que sí —dijo él bostezando.

—Hoy hace un día muy agradable. Parece mentira, ¿no? Con el frío que hizo hasta ayer.

El aire de diciembre era claro y transparente y, dentro de las horas de la tarde que iban transcurriendo despacio, nosotros estábamos sentados en un banco mirando las idas y venidas de la gente. Al aguzar el oído percibía muchos sonidos distintos. El

timbre de una bicicleta, el llanto de un niño, el ruido de una obra que llegaba desde lejos, el canto de los pájaros justo a nuestro lado. Y, por ligeras que fuesen las ráfagas, el viento soplaba sin cesar: su sonido se introducía por todos los rincones y mecía todas las cosas.

—Ni yo mismo sé por qué voy a operarme —solté sin pensar. Las palabras se me escaparon de los labios—. No sé si hago bien.

El médico dijo:

—Ya.

Luego enmudecimos los dos.

—¿Para qué voy a operarme? —murmuré como si hablara conmigo mismo.

—No hay ningún «para qué» —dijo el médico algo después—. No creo que haya nada de malo en que una persona que tenga estrabismo intente dejar de tenerlo.

Yo callaba.

—Las personas siempre están cambiando. Es lo más normal. Tu nariz es una prueba: antes estaba muy hinchada y ahora ya está completamente bien. Piensa en la operación del ojo como en uno de estos cambios. —El médico se recostó en el banco, alargó los dos brazos y giró la cabeza en círculos—. Todavía eres muy joven, tienes decenas de años por delante. Si la operación sale bien, te acostumbrarás al nuevo ojo en cuatro días. Y llegará un momento en que incluso se te olvidará que fuiste estrábico —dijo, y se rio.

—¿De verdad? —me sorprendí—. ¿Lo olvidaré?

—Exacto —sonrió el médico—. Lo olvidarás hasta el punto de que no te darás cuenta de que lo has olvidado. —Después de decirlo, el médico se frotó la nariz con la punta del dedo y me miró risueño—. Bueno, aunque yo de esto todavía me acuerdo.

Nos reímos los dos.

*

Olía a desinfectante, veía vagamente una cama blanca de hospital, la sensibilidad estaba volviendo a mis brazos y piernas. Comprendí que la operación había terminado y que estaba despertando de la anestesia. «¿Cómo estás?», oí que me decía una

voz y, al girarme, vi que mi madre estaba mirándome con expresión preocupada. Al palparme el ojo derecho, toqué un gran parche y me di cuenta de que debajo de capas y capas de vendas había un globo ocular que giraba. Solo me habían operado el ojo derecho. Notaba algún pequeño espasmo, pero no sentía dolor propiamente dicho.

—Hoy duerme. Mañana volveremos a casa —dijo mi madre.

Aún notaba la cabeza embotada. Tendido tal como estaba en la cama, asentí.

Poco después entró el oftalmólogo y me preguntó si me dolía. Le respondí que no, y me palpé de nuevo el ojo derecho apretando el parche. El oftalmólogo me explicó lo que debía hacer a partir de entonces. Me habló de la anestesia, de que la operación había sido un éxito, de cuántas veces al día debía ponerme las gotas, de que en unos días debería empezar la rehabilitación. Me dijo que mis músculos oculares tenían que fortalecerse y que, durante un tiempo, debería pasarme periódicamente por el hospital. Fui moviendo mi cabeza embotada en ademán afirmativo. Y, antes de darme cuenta, volvía a estar dormido otra vez.

Al día siguiente, mi madre vino a buscarme antes de mediodía. Esperé a que hiciera los trámites del alta y salimos juntos del hospital. Era un día claro y, en el cielo azul que se extendía hasta el infinito, no había ni una nube. En principio no debería haber notado ningún cambio, porque hasta entonces solo había usado el ojo izquierdo, pero lo cierto era que me costaba andar. Quizá fuera culpa del parche en el ojo derecho. Ni mi madre ni yo hablábamos. A medio camino, ella se dio cuenta de que se le había olvidado recoger la cartilla del seguro y regresó al hospital a buscarla. Le dije que la esperaría allí.

Estaba en medio de la alameda.

Con los dos ojos cerrados, me quité el parche del derecho. Luego me puse las gafas y abrí los ojos despacio.

Jamás había imaginado una escena como aquella.

En el aire frío de diciembre, miles, decenas de miles de hojas

relucían con un brillo húmedo de color dorado y parecía que cada una de las hojas, una a una, resonara con su propio resplandor y toda aquella luz fluyese hacia mí. Contuve el aliento y me abandoné a este flujo. Sentía cómo la distancia entre un segundo y el siguiente se dilataba a manos de una fuerza gigantesca. Me olvidé de expulsar el aire de mis pulmones, me olvidé incluso de parpadear, me introduje en la brillante corteza negra de los árboles y pude percibir su tacto contra las partes más suaves de mi cuerpo. Cogí con las puntas de los dedos los granos de luz que vibraban entre la hojarasca de color amarillo y pude penetrar en su interior. Era mediodía, pero el sol aún no se dejaba ver. Todas las cosas brillaban con luz propia. Sin poder creerme la escena que tenía ante los ojos, me quedé con la boca abierta, negando sin parar. Me arrodillé, cogí una hoja y la contemplé. La hoja tenía un peso que yo ignoraba. Poseía una frialdad desconocida, tenía un contorno. Un torrente de lágrimas imparable empezó a brotar de mis ojos y, mezclado con aquellas lágrimas, el mundo que había aparecido ante mis ojos nacía y renacía una vez tras otra.

Todas las cosas eran hermosas. Al final de aquella alameda que había cruzado en tantas ocasiones, yo veía por primera vez un lado opuesto que relucía con luz blanca. Y yo lo sabía. Las lágrimas seguían brotando de mis ojos y, a través de ellas, el mundo tomaba forma por primera vez. En el mundo existía, por primera vez, profundidad. El mundo tenía otra orilla. Me esforcé en abrir mucho los ojos: todo lo que se reflejaba en ellos era hermoso. Lloré allí, de pie, rodeado de tanta belleza. Pero yo no estaba en ninguna parte. Podía oír cómo las lágrimas caían. Todo lo que se reflejaba en mis ojos era hermoso. Pero aquello solo era belleza. Era solo una forma de belleza que no podía enseñar a nadie, que no podía compartir con nadie.

Notas

1. Un *jô* equivale a unos 1,62 m^2. *(N. de la t.)*

2. Literalmente, «teatro de papel». Es una forma de arte escénico, dirigida principalmente a los niños, muy popular en Japón. Consta de una serie de láminas dispuestas sobre un soporte con forma de marco —el escenario— y el intérprete va deslizando los dibujos, uno tras otro, a medida que cuenta la historia. *(N. de la t.)*

3. El Calpis es un refresco de color lechoso muy popular en Japón. *(N. de la t.)*

1. La festividad O-bon, de culto a los antepasados, va del 13 al 15 de agosto. *(N. de la t.)*

2. Equivalente a 7,29 metros cuadrados. *(N. de la t.)*

1. Se refiere al cuento tradicional *Nezumi no yomeiri* («El matrimonio de la rata»). En la historia, un matrimonio de ratas tiene que elegir marido para su hija entre el sol, las nubes, el viento y un muro, para acabar decidiéndose por otra rata. *(N. de la t.)*

2. Hace referencia a la expresión *«Kitsune no yomeiri»* que, en sentido literal, significa «el matrimonio del zorro», pero que se ha convertido en una frase hecha que significa «llover mientras brilla el sol». Al zorro, en la tradición japonesa, se le atribuyen poderes mágicos. *(N. de la t.)*

Heaven
Mieko Kawakami

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Hevun*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Takako Noel

Cita de Céline, Louis-Ferdinand, *Viaje al fin de la noche*, Edhasa, Barcelona, 2011, traducción de Carlos Manzano

© Mieko Kawakami, 2009
Publicado originalmente por Kodansha Ltd.

© de la traducción del japonés, Lourdes Porta, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-322-4200-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!